

Abril 2021 4

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

- ¿Quién nos correrá la primera piedra? 419
- El trabajo: un derecho otorgado por Dios al hombre 422
- Salvar vidas y construir futuro 425
- El amor de Cristo toca y cambia tu corazón 429

HOMILÍAS

- Vigilia de jóvenes 432
- Santa Misa de la Cena del Señor 437
- Celebración de la Pasión y Muerte del Señor 444
- Vigilia Pascual 449
- Santa Misa del Domingo de Resurrección 455
- Ordenación episcopal de Luis Marín, OSA 461
- Misa de la Jornada de Oración por las Vocaciones 468
- Misa preparación para el día de la Caridad 475

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decretos 481
- Defunciones 486
- Sagradas Órdenes 489
- Actividades Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid. Abril 2021 490

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Mensaje de felicitación, en latín, del Santo Padre el Papa Francisco, a Mons. Juan Antonio Reig, con ocasión de sus bodas de plata episcopales y de oro presbiterales 497

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Sagradas órdenes 499
- Actividades Sr. Obispo. Abril 2021 500

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Santa Misa de la Cena del Señor 505
- Celebración de la Pasión y Muerte del Señor 509
- Vigilia Pascual 513

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 518
- Defunciones 519

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXIX - Núm. 2944 - D. Legal: M-5697-1958

Conferencia Episcopal Española

- Monseñor José Ángel Saiz Meneses, nuevo arzobispo de Sevilla 521
- Nota de prensa sobre la aprobación de la Ley contra la violencia a la infancia .. 524
- Asamblea Plenaria. Saludo del nuncio apostólico en España 526
- Asamblea Plenaria. Discurso inaugural del cardenal Juan José Omella 532
- Los obispos españoles felicitan al Papa en su onomástica 548
- José Aumente, premio Ponle Freno a la Trayectoria en Seguridad Vial 550

Iglesia Universal

- Mensaje del Santo Padre Francisco para la 58 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. San José: el sueño de la vocación 553
- Mensaje del Papa Francisco al Congreso Mujer Excepcional sobre Sta. Teresa de Jesús. Comunicado del Papa Francisco a la diócesis de Ávila 558
- Carta apostólica en forma de "Motu Proprio" que establece modificaciones en materia de competencia de los órganos judiciales del Estado de la Ciudad del Vaticano 563
- Carta apostólica en forma de "Motu Proprio" por la que se establecen disposiciones sobre la transparencia en la gestión de las finanzas públicas 566



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

**¿QUIÉN NOS CORRERÁ LA PIEDRA
DE LA ENTRADA?**

7 de abril de 2021

¿Quién da sentido a nuestra vida? ¿Quién nos ayuda a ver ese amanecer que todos necesitamos para vivir con la alegría de saber que tenemos presente y futuro? Estos días estamos celebrando la Resurrección de Jesucristo. Es la fiesta del triunfo de la Vida sobre la muerte: Cristo ha resucitado y vive para siempre.

En esta Pascua me gustaría detenerme en tres expresiones del Evangelio: 1) "¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro" (cfr. Mc 16, 1-7); 2) "El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro y vio la losa quitada del sepulcro" (cfr. Jn 20, 1-20), y 3) "Jesús les salió al encuentro y les dijo: "Alegraos". Ellas se acercaron, se postraron ante Él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: "No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán"" (cfr. Mt 28, 8-15).

Todo ser humano, de una forma u otra, se ha planteado "¿quién nos correrá la piedra del sepulcro?". Es decir, ¿quién da salidas, esperanza, presente y futuro? Es la pregunta que se hacen las mujeres que han tomado la decisión de ir muy temprano al sepulcro para embalsamar a Jesús, pero también la que nos hacemos todos nosotros. Estas mujeres aman a Jesús, van al sepulcro por amor al Señor, con aromas que expresan precisamente el amor que le tienen. Son las primeras en entrar al sepulcro. Su gran preocupación es la misma que tenemos nosotros: la muerte, por muchas explicaciones que busquemos, no tiene respuesta desde nosotros mismos. Ante la muerte (sepulcro), nos encontramos con la piedra enorme que la tapa y que no nos da ninguna explicación. Aquella piedra enorme que ellas habían visto y que no podían mover, resulta que ya no existe; el sepulcro está vacío. Esa piedra, que representa todas las piedras que aplastan la vida del ser humano, ya no está.

¿Quién puede curar las heridas que nos aparecen en la vida? ¿Quién nos puede librar de todas las esclavitudes que tenemos? ¿Quién puede eliminar todos los pesimismo, tristezas, derrotas y desilusiones que tenemos? ¿Quién puede abrirnos en la vida, en todos los momentos, caminos de gozo, de esperanza, de verdadero sentido? Estas son las grandes preguntas que surgen ante las piedras que tenemos, que cierran los caminos de esperanza.

Las mujeres que acuden al sepulcro, temerosas como podemos estar nosotros en esta pandemia, descubren que la piedra del sepulcro está quitada. ¿Quién la ha removido? Jesús que ha resucitado. Él es el único que puede dar sentido a la vida. Él es quien abre todas las tumbas que impiden vivir con sentido la vida humana. Aquella sorpresa que experimentan las mujeres al reconocer a Jesús resucitado es la que necesitamos también nosotros. Nos aporta paz y seguridad; nos da esperanza y luz; nadie está perdido en esta tierra.

Después, la expresión "el primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro y vio la losa quitada del sepulcro", nos recuerda que ella tenía la concepción de que, con la muerte, todo acaba. Va a visitar la tumba de un muerto. Va a buscar a quien es la Vida como si fuese un cadáver. Y encuentra la losa quitada y el sepulcro vacío. Marcha a comunicárselo a Pedro y a Juan: "Se han llevado al Señor". Salen corriendo los discípulos y se nos dice que, cuando Juan entra en el sepulcro vacío, "vio y creyó". Se encuentran con el triunfo de la Vida sobre la muerte, Cristo ha resucitado. La Resurrección de

Cristo es un sí a la vida de todo ser humano. Acércate a ese sí de Cristo y verás todo de una manera absolutamente nueva.

Por último, quiero que acojamos en nuestro corazón las palabras que Jesús dice a las mujeres cuando sale a su encuentro después de la Resurrección: "Alegraos. [...] No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán". La invitación que nos hace el Señor a la alegría cambia nuestra vida; la tristeza, el miedo, las dificultades reales que tengamos, tienen salida.

En este sentido, en esta Pascua que ahora hemos comenzado me gustaría recordaros que:

1. Cristo resucitado rompe todas las ataduras. Alegra el corazón; nos hace cantar de gozo y mantener viva la esperanza. Nos enseña el sendero por el que tenemos que ir y nos sitúa como testigos suyos en este mundo.

2. Cristo resucitado vacía los sepulcros; ya no hay muerte. Cuando Jesús sale a nuestro encuentro y nos dejamos encontrar por Él, produce alegría y nos quita miedos. Nos hace acercar la vida a Él, postrarnos en su presencia y dejarnos abrazar por Él.

3. Cristo resucitado llena nuestras vidas de sentido y de verdad. Elimina la mentira desde la que muy a menudo vivimos, sin querer reconocer la verdad que Cristo nos ha regalado en su Resurrección como aquellos que decían que los discípulos habían robado su cuerpo.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

EL TRABAJO: UN DERECHO OTORGADO POR DIOS AL HOMBRE

14 de abril de 2021

La Iglesia que peregrina en Madrid celebra la Jornada Diocesana contra el Paro este fin de semana, en un momento en el que muchas personas afrontan dificultades en sus puestos, se han quedado en la calle o no consiguen nuevas oportunidades por la pandemia. La Iglesia se muestra solícita con ellas porque el trabajo es un derecho otorgado por Dios al hombre que, en palabras del Papa Francisco en *Fratelli tutti*, "no solo es un modo de ganarse el pan, sino también un cauce para el crecimiento personal, para establecer relaciones sanas, para expresarse a sí mismo, para compartir dones, para sentirse corresponsable en el perfeccionamiento del mundo, y en definitiva para vivir como pueblo" (FT, 162).

Hoy surgen interrogantes, también temores y sufrimientos. Las noticias del paro desbocado, del empleo vergonzante, del cierre de negocios, de la ruina de pequeños comerciantes y de la incertidumbre económica llevan a pensar en la

necesidad de una reorganización y de una revisión de nuestras estructuras. Como Iglesia nos corresponde recordar la dignidad del ser humano y la importancia del trabajo decente, clave en el desarrollo de cada persona y de sus familias. "La dignidad de la persona y las exigencias de la justicia requieren, sobre todo hoy, que las opciones económicas no hagan aumentar de manera excesiva y moralmente inaceptable las desigualdades y que se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos, o lo mantengan", tal y como escribió Benedicto XVI (*Caritas in veritate*, 32).

¿Cómo podemos ayudar los creyentes? ¿Qué debemos hacer? En la vigilia de oración que tendremos este sábado para preparar la jornada diocesana nos plantearemos *¿Acompañar en la esperanza?* En este tiempo de Pascua, esta pregunta nos recuerda que, ante las dificultades, los cristianos hemos de mostrar con palabras y, sobre todo, con obras que el sufrimiento no va a tener la última palabra. Como subraya el Papa Francisco, "ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano". Hoy hacen falta "hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común" (cfr. FT, 67).

Qué belleza tiene la Iglesia cuando aparece en el mundo con la misma cercanía de Jesucristo, cuando da aliento a las personas que peor lo están pasando, cuando apoya iniciativas sociales a favor del trabajo y, de esa forma, a favor de las familias... La Iglesia está convencida de que el trabajo es una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra y tiene que vivirlo así. Los discípulos de Cristo debemos sumar esfuerzos para que ningún elemento de explotación se haga presente y menos en momentos de crisis laboral. Hemos de remarcar siempre que "el hombre como sujeto del trabajo, e independientemente del trabajo que realiza, el hombre, él solo, es una persona" (*Laborem exercens*, 12).

Usando el necesario recordatorio de Cáritas Diocesana de Madrid, Hermandades del Trabajo y Justicia y Paz para este fin de semana, El empleo es cosa de todos y "una sociedad donde el derecho al trabajo sea anulado o sistemáticamente negado y donde las medidas de política económica no permitan a los trabajadores alcanzar niveles satisfactorios de ocupación, no puede conseguir su legitimación ética ni la justa paz social" (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 288).

En este sentido, tengo varias propuestas para cada uno de vosotros:

1. Descubre lo que eres. El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene.

2. Busca el humanismo verdad. Busca más justicia, mayor fraternidad y un planteamiento más humano de todos los problemas sociales, consciente de que esto vale más que los progresos técnicos.

3. Entra en la hondura del evangelio del trabajo. Ahonda en la propuesta del Evangelio y la doctrina social de la Iglesia, en su sentido y en sus implicaciones.

4. Participa en la obra realizada con el Amor de Cristo. Con esfuerzo y con fatiga, el trabajo te ofrece la posibilidad de participar en la obra de Cristo.

5. Pide al Espíritu Santo que purifique y robustezca tu corazón y tus propósitos de generosidad. Harás más llevadera la propia vida.

6. Deja que entre en el mundo la luz de la Resurrección de Cristo. Te hará percibir y hará percibir a otros el anuncio de unos nuevos cielos y una nueva tierra.

7. Distingue entre progreso temporal y crecimiento del Reino de Dios. Es cierto que el primero ayuda a ordenar mejor la sociedad, pero hay que buscar signos reales del Reino aquí y ahora.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

SALVAR VIDAS Y CONSTRUIR FUTURO

21 de abril de 2021

Hace unos domingos estuve celebrando la Eucaristía en una parroquia en un barrio con una gran presencia de migrantes, fundamentalmente de Iberoamérica y algunos de África. Prácticamente la totalidad del templo estaba lleno de cristianos de esos lugares. Al finalizar la Misa, me fijé en una cruz de madera sencilla y, en un acto intenso y repleto de emoción, recordé aquella famosa Cruz de Lampedusa, construida con los maderos de una patera naufragada en el mar Mediterráneo. Pensé que esas buenas personas llegaron buscando un futuro mejor para ellas y sus familias. Vi a padres, hijos y abuelos, con todos los riesgos que corrieron hasta llegar aquí y con tantas personas y recuerdos que dejaron en sus países de origen. Y me vino a la mente aquella imagen del Papa Francisco cuando bendijo la Cruz de Lampedusa y nos pidió que la hiciésemos circular por todo el mundo para recordar a los que han perdido la vida en la aventura migratoria y, sobre todo, como llamamiento urgente para evitar la repetición de estas tragedias inasumibles. Al salir saludé a una familia; estaban los padres y cuatro niños, y les dije: "Haced circular vuestra fe en este nuevo ambiente en el que vivís. Mostrad que estáis entre nosotros para buscar un futuro mejor para toda la familia, pero que lo hacéis integrándoos en la comunidad cristiana y que contáis con la vida que os ha regalado Jesucristo".

Al hilo de este encuentro, quiero proponeros que nos hagamos las mismas preguntas que el Papa Francisco pronunció cuando se dirigía a toda Europa para hablar de los migrantes. Nos interpelaba con estas palabras de la Sagrada Escritura: ""¿Dónde está tu hermano?", la voz de su sangre grita hasta mí, dice Dios. Esta no es una pregunta dirigida a otros, es una pregunta dirigida a mí, a ti, a cada uno de nosotros. Esos hermanos y hermanas nuestras intentaban salir de situaciones difíciles para encontrar un poco de serenidad y de paz; buscaban un puesto mejor para ellos y para sus familias, pero han encontrado la muerte. [...] En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!".

De acuerdo con Naciones Unidas, en 2020 había 280,6 millones de migrantes internacionales. Estos flujos pueden ser una gran oportunidad y riqueza para nuestra sociedad, pero también plantean interrogantes en las relaciones internacionales, en la gestión de la diversidad dentro de nuestras sociedades y en la manera que tenemos de dar una respuesta clara a las situaciones dramáticas de muchas familias que llaman a nuestras puertas. Las migraciones se han convertido en el rostro humano de la globalización, ¿cómo ha de vivir la Iglesia católica esta realidad?

En la Biblia hay experiencias migratorias, de exilio, de acogida y de hospitalidad. Los textos bíblicos nos presentan al Pueblo de Dios como un pueblo en continuo peregrinaje y a Abrahán, padre de grandes religiones, como un "arameo errante". Desde el comienzo de su pontificado, con palabras y hechos persuasivos, el Papa Francisco ha animado a la Iglesia a acompañar a todas las personas que se ven obligadas a huir de su hogar: estableció la Sección de Migrantes y Refugiados dentro del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, profundamente conmovido por el sufrimiento que la movilidad humana causa, y decidió guiar personalmente esta sección. En España, la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana no cesa de sensibilizarnos, y está la Red Migrantes con Derechos, una respuesta global y coordinada de Iglesia a la realidad de las migraciones y el refugio en nuestro país. En Madrid instauré la Mesa por la Hospitalidad como órgano de coordinación y de concienciación eclesial y social.

En este sentido, es bueno recordar que el Papa Francisco nos pide a toda la Iglesia conjugar cuatro verbos, de los que en otras ocasiones os he hablado: acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes y refugiados.

1. Acoger: abramos nuevos canales humanitarios seguros y legales para los migrantes y los refugiados. Cada uno de nosotros podríamos ser un emigrante. La decisión de migrar debería ser voluntaria. La migración misma debería ser segura, legal y ordenada. En ese sentido, los estados deberían prohibir cualquier forma de expulsión arbitraria y colectiva. Es necesario respetar el principio de no devolución. La Iglesia anima a los estados a adoptar una perspectiva de seguridad nacional que otorgue prioridad a la seguridad de las personas y a los derechos de todas las personas desplazadas que entran en su territorio, asegurándoles el acceso a los servicios básicos, facilitando procesos ágiles de identificación y de admisión a los solicitantes de asilo, y favoreciendo alternativas al internamiento de los extranjeros que intentan entrar en el territorio.

2. Proteger: garanticemos los derechos y la dignidad de los migrantes y de los refugiados. La Iglesia insiste en la necesidad de adoptar un enfoque integral e integrado, que sitúe a la persona humana en el centro, en todas sus dimensiones, con pleno respeto de su dignidad y sus derechos. El enfoque integral sigue siendo, sin lugar a dudas, la mejor manera de identificar y de superar los estereotipos peligrosos, evitando así estigmatizar a un individuo sobre la base de algunos elementos específicos y, en su lugar, tener en cuenta todos los aspectos y las dimensiones fundamentales de la persona entendida en su conjunto. Los migrantes, los solicitantes de asilo y los refugiados deben ser acogidos como seres humanos, respetando plenamente su dignidad y sus derechos, independientemente de su condición migratoria.

3. Promover: favorezcamos el desarrollo humano integral de los migrantes y de los refugiados. La Iglesia desea que los estados promuevan y preserven la integridad y el bienestar de la familia, así como de las personas con necesidades especiales, discapacidad o vulnerabilidad, independientemente de su condición migratoria; al tiempo que se adoptan leyes que faciliten la reunificación familiar, el acceso a la educación especial y a programas específicos para colectivos vulnerables. Animamos a adoptar políticas y prácticas que garanticen la libertad religiosa, en términos de profesión y de práctica, a todos los migrantes y refugiados.

4. Integrar: enriquezcamos a las comunidades mediante una mayor participación de los migrantes y los refugiados. La presencia de migrantes y de refugiados es una oportunidad para ampliar el horizonte humano en clave de integración e interculturalidad. Esto se aplica tanto a quienes son aceptados, que

tienen la responsabilidad de respetar los valores, las tradiciones y las leyes de la comunidad que los acoge, como a la población autóctona, que está llamada a reconocer la contribución positiva que cada migrante puede hacer a toda la comunidad. Ambas partes se enriquecen mutuamente gracias a un proceso continuo de interacción y permeabilidad. Se pretende alcanzar la igualdad fundamental desde el respeto a la diferencia. Los desafíos que nos plantea nuestro mundo complejo e interconectado necesitan, hoy más que nunca, respuestas creativas, sostenibles y transformadoras. Desde esta pasión por el ser humano, fecundada por la Pasión del Señor Jesús, visibilizada en la cruz, con el Papa Francisco os digo que no nos dejemos llevar por "la civilización de la indiferencia". No perdamos "la gracia de llorar por la crueldad que hay en el mundo"; salvemos el valor supremo de la hospitalidad, que es fraternidad y que es decir con el Papa Francisco "todos hermanos".

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

EL AMOR DE CRISTO TOCA Y CAMBIA TU CORAZÓN

28 de abril de 2021

Esta semana hemos celebrado el Consejo General de Cáritas Diocesana de Madrid, una ocasión propicia para adentrarnos, una vez más, en lo profundo de nuestro corazón y plantearnos cómo está siendo nuestra vida de discípulos de Cristo en este tiempo de pandemia. Surge así una pregunta necesaria: ¿hacemos la vida con las medidas del corazón de Cristo o con nuestras medidas? El discípulo de Cristo debe ser un hombre o una mujer que confiesa a Jesús con su vida. Da la vida, sabe muy bien que ha de estar siempre disponible para arder en el amor y por el amor. En este tiempo de Pascua, estamos escuchando la Palabra que nos invita a seguir a Jesús hasta dar la vida por Él. ¡Qué fuerza tiene el testimonio de los apóstoles después de haberse encontrado con el Resucitado! Nacen a una vida nueva, una vida llena de alegría sin importar las dificultades; ellos saben que tienen con ellos al Señor.

En la reunión de Cáritas Diocesana hemos revisado cómo estamos caminando la Iglesia en Madrid en la lógica del amor, conscientes de que servir a Dios y al prójimo no es algo abstracto o teórico. No se trata de hacer planes o

discursos, sino de encontrar el rostro de Cristo en los demás y, por ello, servirlos en concreto. Cuando haya sufrimiento, acerquemos el amor de Cristo. Como hacen los trabajadores y voluntarios de Cáritas, hay que salir al encuentro de quien tiene alguna dificultad y necesita ayuda. No se trata solo de dar, que también se hace y en abundancia, sino de enseñar a salir de la dificultad misma.

Al contemplar la labor de Cáritas, veo una luminosa transparencia del amor de Dios: veo donación, agradecimiento y rostros que vuelven a sonreír, que recuperan la esperanza. Y lo más bello es que el rostro de Dios se hace visible: un Dios bueno, un Dios cuyo atractivo es su amor hacia todos los hombres, sin distinciones de ningún tipo. Como pide el Papa en *Fratelli tutti*, se convierte el mundo en una casa abierta y se propicia la mística del don, esa gratuidad de la que nos habla el Evangelio: "Gratis habéis recibido; dad gratis" (Mt 10, 8).

Siempre me ha impresionado la llamada e invitación de Jesús a los discípulos para que saciasen a la multitud de gentes que habían acudido a escucharlo (cfr. Mc 6, 34-44). Allí se dan dos realidades: por una parte, se va haciendo tarde y hay una multitud para la que no hay cobijo; por otra parte, no hay alimento para tanta gente. ¿Dónde ponen el punto de mira los discípulos? En que cada uno se las arregle como pueda, que cada uno se ocupe de sí mismo y, por eso, ha de marcharse aquella multitud. Sin embargo, Jesús tiene un planteamiento muy diferente, que es el que nosotros en el seguimiento de su vida tenemos que tener. Él dice y nos dice: "Dadles vosotros de comer". ¿Veis la diferencia? Hemos de cambiar nuestra mirada: no es que cada uno se las arregle como pueda, ni tampoco desentendernos de situaciones. ¿Cuántas veces viene alguien a nosotros pidiendo ayuda, se la damos al momento, pero no volvemos a saber más de esa persona? Hemos salido de la situación embarazosa, pero hemos perdido la oportunidad de hacer verdad esas palabras de Jesús: "Dadles vosotros de comer". Es verdad que entre aquella multitud había solamente unos pocos panes, muy pocos para tantos, pero en manos de Dios aquello se multiplicó y pudo comer la multitud. Dios nos hace compartir, nos pide devolver la dignidad.

¡Qué bien nos viene contemplar el camino que eligió el Señor para entrar en este mundo! Ciertamente es un camino de pequeñez, de humildad, de servicio. Hizo una elección muy clara: se hace hombre, se hace servidor de todos, siervo de todos hasta la muerte en la cruz. Y este es el camino del amor. Por mucho que busquemos para hacer un camino de amor, hay que entrar por el que Jesús eligió en su vida. Quizá desde aquí entendemos lo que ha de ser la caridad. No puede ser un camino

de puro asistencialismo, pues eso no es amar. Entrar por el camino del amor es una opción de vida como mostró Dios mismo; es un camino que implica una manera de ser, de estar junto a los demás, de verificar lo que significa amar a Dios y al prójimo. El camino de Jesús ha de ser nuestro camino.

Detengámonos en estas palabras de Jesús: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). Los amigos de Dios son todos los hombres; por todos y para todos se encarnó, padeció la cruz y ha resucitado. Toda su vida es un reflejo claro y evidente del amor mismo de Dios. Qué bueno es sentir la llamada, el golpe en el corazón, para descubrir, en nuestra vida, ese amor que derrama el Señor en nosotros y, sobre todo, cómo hacemos posible que ese amor derramado se comunique. En este sentido, quiero haceros tres invitaciones:

1. Tened siempre en vuestra vida una academia práctica donde aprender a vivir la caridad. ¿Qué quiero decir con esto? La caridad se aprende junto a Jesucristo y se vive en concreto. Tenemos muchas instituciones de la Iglesia en las que podemos vivir el encuentro con el otro: comedores, residencias... Se trata de meditar de nuevo el pasaje de Mateo 25 y buscar los lugares donde se da de comer al hambriento y de beber al sediento, se viste al desnudo, se acoge al forastero, o se atiende al enfermo o al preso.

2. Escuchad y estad atentos a la llamada, concretando en la vida lo que invocamos en la oración y profesamos en la fe. Qué bueno es comprender que no hay alternativa a la caridad. Solamente quienes se ponen al servicio de los hermanos, aunque no lo sepan, son quienes aman a Dios.

3. Recordad que la persona no es nada sin caridad. ¿Cómo vivo el dinamismo de apertura y de unión hacia las personas? Ese dinamismo lo da Dios, aunque quizá muchos no se den cuenta de ello. Como subraya el Papa en su última encíclica, "la altura espiritual de una vida humana está marcada por el amor, que es el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana" (FT 92).

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

5 de abril de 2021

Esta página del Evangelio que acabamos de proclamar, después de haber escuchado también las últimas palabras de Jesús en este mundo, nos ayuda a entender algo que creo que es fundamental. Todos vosotros sabéis que lo que nos hace a los seres humanos estar en pie son precisamente nuestros pies. Nos hacen, dan la posibilidad de permanecer en pie, porque son fundamento también de nuestra vida para relacionarnos, para caminar, para estar junto a otros, para trasladarnos. A Jesús no le pudieron quebrar las piernas. No le quitaron el que Él, aun en la cruz, pudiese sostenerse con sus pies. Y es que Dios es el fundamento de nuestra vida. Dios nos sostiene. Dios nos lanza a los caminos. Dios nos invita a estar con los demás. Dios hace posible que nuestra vida no la vivamos solamente de cara a nosotros mismos, sino a Él. Qué importante es que en este Viernes Santo nosotros, no solamente hayamos podido escuchar las últimas palabras de Jesús, que tienen un contenido especial, sino ver cómo el Señor nos pide que le tengamos a Él como fundamento de nuestra vida, lo mismo que tenemos nuestros pies. Pero que Él sea fundamento para poder hacer algo en esta tierra y en este mundo. Para arreglar de alguna forma esta historia.

En segundo lugar, si os habéis dado cuenta, Jesús, nos dice el Evangelio, que no le traspasaron las piernas, o no se las quebraron. Pero un soldado, con la lanza, le traspasó el costado, se la clavó en el corazón. Salió agua. Sangre. La sangre es signo de vida. Es signo de vida. Como el agua. Es signo de vida. Y es que Jesús no solamente nos quiere decir que el fundamento de nuestra existencia está en Dios, sino que Él es la vida. La vida de todos los hombres.

Pero Jesús, desde el principio, y en tercer lugar, necesitó de testigos. Necesita de testigos que evidencien que esto es cierto. Por eso el Evangelio, si os habéis dado cuenta, nos ha dicho: "El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero". Dar testimonio. Eso nos pide el Señor. Él es el que nos sostiene. Él es la vida de los hombres. Y tenemos que testificar esto en medio de este mundo. ¿Cómo lo tenemos que hacer? Hay tres realidades que aparecen en las siete últimas palabras que pronunció Jesús.

"Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Acojamos la belleza del perdón. El Papa Francisco, como os dije también el mes pasado, en la encíclica última *Fratelli tutti*, Hermanos todos, nos habla que precisamente para verificar que somos hermanos tenemos que perdonar. La belleza del perdón es clara. El mundo puede hacerse cada vez más humano si es que introducimos el perdón. Pero si no introducimos el rostro del perdón, que es esencial en el Evangelio, no haremos un mundo más humano. Y el perdón tiene que manifestarse en el mundo. Tiene que estar presente. Porque tiene que estar presente el amor, que es más fuerte que el pecado. El perdón siempre rehabilita. El perdón hace un nosotros, no el otro. Cuando no perdonamos, el otro. Cuando perdonamos, nos situamos en el nosotros. Qué preciosa es esta palabra de Jesús: el perdón.

En segundo lugar, la segunda palabra de Jesús: "Yo te aseguro, hoy estarás conmigo en el Paraíso". Qué importante es para nuestra vida precisamente el dar en todas las situaciones que vivamos respuestas de amor, como la de Jesús. Aquel hombre que pide que tenga compasión de él, que tenga pasión. "Acuérdate de mí". Qué respuesta más preciosa la de Jesús. Respuesta de amor. Sabemos que ha sido Dios quien nos ha amado primero. Qué maravilla hacer de la vida una entrega personal para manifestar precisamente este amor.

El Señor nos hace también un regalo: a su madre. "Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre". Palabras bellas. Palabras que nos hacen sentir que

María, la madre de Jesús, es nuestra madre y camina con nosotros. Que nos hace descubrir que hay que caminar como María. Como hizo Ella, que marchó a dar la noticia a su prima Isabel e hizo saltar de gozo a un niño que Isabel llevaba en su vientre, Juan Bautista, e hizo y provocó a Isabel que prorrumiese en aquellas palabras: "Dichosa tú que has creído, que lo que ha dicho el Señor se cumplirá". A esta mujer la necesitamos. Para que nuestra madre nos enseñe esto: a confesar, a confesar a Dios. Se es testigo del Señor cuando se le confiesa con nuestra vida. Y María quiere enseñarnos a realizar esta confesión. Dejémonos siempre sorprender por Dios, como lo hizo María nuestra madre. Dejemos que nos acompañe. Yo os quiero decir a vosotros, jóvenes, que no es retrógrado ni es no sé qué otra cosa el tener cercanía a la Virgen. Vendréis muchas veces por Madrid, por el centro, por aquí. No os olvidéis de este gesto: venir y subir esas escaleras, y acercaros a María simplemente para decirle: "Aquí estoy. Ayúdame, madre". Seguro que algo recibís de Ella. Esto no es una niñería. Esta es una decisión de nuestra vida, de tenerla como madre, y de expresarlo de alguna manera -ya sabemos que no hay que venir aquí necesariamente, pero es una manera de expresarlo. Esta catedral es el santuario de nuestra madre, la patrona de Madrid. Que además tiene en sus manos a su Hijo, que está como tirándolo para echárnoslo a nosotros, y que lo acogamos.

Otra palabra de Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Qué importante es darnos cuenta a veces que tenemos una experiencia grande de un abandono. Grande. ¿Os imagináis a nuestra humanidad, en estos momentos de la pandemia, cómo está viviendo? Siente abandono. Siente abandono. Y, sin embargo, Jesús nuestro Señor está a nuestro lado. ¿Y cómo hacer ver que Dios no ha abandonado a los hombres? Pues pensando de querer construir una convivencia entre nosotros sin principios a construirla con principios. Dad y se os dará. No condenéis. Perdonad siempre. Ciertamente, ese abandono Jesús lo dice, pero siente que Dios está con Él. Ser imagen y semejanza de Dios, ser retrato de Dios cada uno de nosotros, nos hace no sentirnos abandonados. Nunca. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Cuando yo era arzobispo de Valencia, sabía que los fines de semana había muchos jóvenes que querían terminar con su vida. Pregunté un día por qué no..., qué datos había. La respuesta que me dieron era que si los daban, creaban una turbación en la sociedad. He vuelto a preguntarlo. Y es verdad: hay jóvenes que sienten abandono. Ojalá nosotros seamos capaces de vivir esa bienaventuranza. Esa bienaventuranza de saber acoger, de saber hacer visible cada día ese amor

incondicional, para que todos encuentren un camino con el mismo amor que nosotros lo hemos encontrado, para reconocer que Jesucristo es nuestro Señor y nuestro camino. El que se siente abandonado, quizá a veces no encuentra el sentido que tiene su vida.

"Tengo sed", dijo el Señor también. "Tengo sed". Sed de entregar la verdad y el verdadero amor. Sed de comprometerme a engendrar en vosotros, diría el Señor, el amor a la verdad. Porque el amor tiene origen en Dios. Y siempre mueve y remueve a la persona, y la compromete con valentía a construir la vida de uno mismo y de los demás, dando rostro a Jesús. "Tengo sed", dijo el Señor. Tengo sed de vosotros, para que en medio de las dificultades seamos capaces de pasear por este mundo recogiendo a todo el que está gritando, como el ciego Bartimeo, del que os hablaba yo el año pasado en la carta pastoral que escribía al inicio de curso. La respuesta de Jesús: "¿Qué quieres que haga por ti?". ¿Qué quieres? ¿Qué deseas? "Tengo sed".

"Todo está cumplido". El Señor nos habla con esta expresión. Al final de la vida todo pasa: tu honor, tus esperanzas, tus luchas. "Todo está cumplido". Todo. Y, sin embargo, cuando estamos hablando hoy de que tenemos que construir la cultura del encuentro, esa cultura alcanza su plenitud en este Viernes Santo, en estas palabras de Jesús: "Todo está cumplido". Ojalá hagamos posible que tengamos lugares que se conviertan en verdaderas escuelas de encuentro. En estas palabras de Jesús, "todo está cumplido", hay un deseo tremendo de haber realizado todo por que los hombres se encontraran con Dios y descubrieran de verdad lo que es ser humano, lo que es ser persona. "Todo está cumplido". Él lo ha hecho. Ha paseado por este mundo, ha tomado rostro humano, ha paseado con los hombres, nos ha dado la vida, nos ha manifestado dónde está el "quid" verdadero para engrandecer nuestra vida. Entremos a construir la cultura del encuentro, que comienza por encontrarnos con Dios para encontrarnos de verdad con los hermanos. No nos encontraremos con los demás de verdad, en la profundidad que tenemos que encontrarnos, si nos encontramos con los hermanos.

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". ¿Quien nos arrastra? ¿Quién? ¿Quién nos da de verdad a nosotros el verdadero sentido que tiene nuestra vida? Yo os invito a que descubramos lo esencial para vivir. No caigamos en el desierto espiritual. No caigamos en ese construir una vida sin Dios. Eso elimina la alegría y somete al ser humano a una experiencia terrible de desierto, de vacío, de lo que es

el valor esencial para vivir. El Papa Francisco nos lo ha dicho, y os lo ha dicho a vosotros, los jóvenes, cuando os propone que seáis personas "cántaros", es decir, personas que estéis llamadas a dar de beber a los demás, porque tenéis contenido en vuestra existencia. Personas que os reveláis ante una cultura de lo provisional, que nos cree incapaces de amar y de ser felices desde el fondo de nuestro ser. Hagamos felices a los demás. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Seamos artesanos, queridos amigos, de futuro. Seamos profetas de la bondad de Dios. Y ello con los valores de la belleza, de la bondad, de la verdad. Hay que ser valientes para hacer cosas grandes y para no caer en la mediocridad. Cuando hacéis música, cuando hacéis teatro, cuando cantáis, en el fondo está el deseo de belleza. Y eso lo hacéis muy bien los jóvenes, porque tenéis deseo de belleza. El mundo desde luego parece como relativo, donde se predica que lo importante es disfrutar el momento y no comprometerse con las personas y con opciones definitivas. No aceptéis esto. ¡Sed revolucionaros en esto!. Pero no "de pandereta". No revolucionarios "de pandereta", que los hay también. Sino entregando misericordia, que es la manera de ser de Dios, y que nos ha revelado Jesús. "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu".

Hoy, en este Viernes Santo, el Señor nos ha convocado a todos nosotros. Nos convoca a vivir la misericordia. A regalar la misericordia. ¿Y qué es la misericordia? Recoged el capítulo 25 del evangelio de Mateo: ""Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". "¿Pero, cuándo te hemos visto, Señor?". "Cuando se lo habéis hecho a alguno de mis hermanos, a mí me lo estábais haciendo"". Ponerse en manos de Dios, como Jesús, es lo que el Señor nos pide a nosotros en esta noche del Viernes Santo. Pero para esto, remitíos al Evangelio que hemos proclamado. Hay que estar con fundamentos. Sin piernas quebradas, como Jesús. Con un corazón lleno en vida, del cual sale sangre y agua. ¡La vida! Y queremos entregársela así a los demás.

Que el Señor nos bendiga a todos. Y que sepamos regalar esto a todos los jóvenes de Madrid. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA SANTA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

(1-04-2021)

Queridos obispos auxiliares don Juan Antonio, don Santos, don José y don Jesús. Vicarios episcopales, rectores de nuestro Seminario metropolitano y del Seminario Misionero Redemptoris Mater, cabildo catedral, seminaristas. Queridos hermanos y hermanas que estáis aquí, en la catedral, y quienes a través de la 2TVE estáis asistiendo también y siguiendo esta celebración del Jueves Santo.

Para nosotros también es esta pregunta que el salmista nos decía hace un instante: "¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?" En este día celebramos la institución de la Eucaristía, celebramos la institución del ministerio sacerdotal y celebramos el día del amor fraterno, el día en que expresamos lo que el Señor desea de todos nosotros y que el Papa Francisco, en la última encíclica que nos ha regalado a la Iglesia, nos dice: hermanos todos. *Fratelli tutti*. "Señor, rompiste mis cadenas. Señor, en presencia de todos los hombres, yo quiero hacer ver a todos que me amas y que me pides a que ame a todos los hombres".

Hoy, en primer lugar, es un día memorable, como habéis escuchado en la primera lectura que hemos proclamado, donde se nos recordaba cómo el Señor dijo a Moisés en tierra de Egipto: "Este mes será para nosotros el principal". Y así se inicia la Pascua judía.

Esta mañana pude hablar en horas diversas con misioneros que tenemos en todos los continentes. Sencillamente, para expresarles también la cercanía de la Iglesia que camina en Madrid, pero sobre todo para verificar la grandeza que tiene, y poder así decíroslo a vosotros, este pueblo de Dios que camina por toda la tierra; este pueblo de Dios que se nutre de la Eucaristía; este pueblo de Dios que penetra en su misterio a través del ministerio sacerdotal; este pueblo de Dios que intenta por todos los medios hacer posible que en esta tierra se oiga, se organice, precisamente ese arte de amar a todos los hombres que nos enseñó nuestro Señor Jesucristo.

Hoy es un día memorable, queridos hermanos. Sí. Es un día en el que hay que seguir proclamando, en segundo lugar, la muerte del Señor hasta que vuelva. Un día grande. "Haced esto en memoria mía". Hemos escuchado la segunda lectura. San Pablo nos ha dicho: "Yo he recibido una tradición que procede del Señor, y que os he transmitido. Que Jesús, en la noche en la que iba a ser entregado, tomó pan, pronunció la acción de gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía"". Y esto es lo que estamos viviendo, queridos hermanos, nosotros aquí. Un día grande donde hacemos memoria de nuestro Señor. Donde aquello que se vivió en el cenáculo lo vivimos también aquí, nosotros, y en todas las partes de la tierra.

Y, en tercer lugar, es un día para apostar por el amor y la solidaridad. Lo habéis escuchado en el Evangelio que hemos proclamado, queridos hermanos. Jesús se levanta de la cena, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe y echa agua en una jofaina, este gesto que en este año, por motivo de la pandemia y de los contagios, no hacemos, pero que está en nuestro corazón. Este gesto provoca un shock en los discípulos. Como lo provoca en todos nosotros y en toda la tierra, queridos hermanos. Sabéis que lavar los pies en aquella cultura era un trabajo de esclavos. Y lo que hace Jesús solo lo hacían los esclavos. Por eso, con este gesto Jesús quiere provocar un desconcierto en los discípulos. Él, que preside la mesa, el maestro, el Señor, el Mesías, se pone a lavar los pies.

Es incomprensible para los discípulos, como a veces está siendo también incomprensible para nosotros, queridos hermanos. ¿Cómo puede ser que el Señor se ponga a lavar los pies? ¿Cómo puede ser que lo veamos inclinado y arrodillado como un esclavo, lavando los pies? Pensad en esto, queridos hermanos: Jesús se arrodilla ante cada uno de nosotros. Pensad esto en este año precisamente en el que no podemos hacer el gesto aquí. Pero pensadlo por un momento. Un segundo. Jesús está arrodillado ante ti. Y te lava. Te lava los pies, como un esclavo. Se arrodilla ante cada uno de nosotros. Desempeña el servicio de esclavo. Sí. Imaginémonos que Él está arrodillado a nuestros pies. También podemos imaginar también con qué ternura Jesús toca los pies de los discípulos. Los pies son los que hacen posible que nos sustentemos en pie. Los pies sustentan nuestro cuerpo. El Señor con qué ternura toca los pies. Pero con ello nos quiere decir que esos pies que sustentan la vida, que sostienen nuestra existencia, que nos hacen caminar por todos los caminos, tienen que estar limpios. El Señor toca nuestros pies sucios para hacernos dignos de sentarnos a la mesa y de hacer de esta tierra y este mundo una mesa en la que puedan sentarse todos los hombres, y sentirse hermanos.

Solo el amor de Dios, manifestado en Cristo nos limpia. Él es permanentemente el amor arrodillado en nuestros pies. Jesús, arrodillado a nuestros pies. Necesitamos todos un lavatorio radical. Sí, hermanos. Un lavatorio de corazón. Necesitamos lavar el corazón. Limpiar el corazón. Necesitamos acoger el corazón de Cristo. Y esto solo es posible en un encuentro vital con el Señor. Imagínate. Imaginaos, hermanos, cada uno de vosotros también, a Jesús de rodillas, pidiéndote a ti y a mí que le dejes lavar tus pies. Déjase los lavar. ¿Qué sientes? ¿Qué sientes cuando te lava los pies Dios mismo? ¿Qué dices? ¿O te quedas en silencio?.

Recordáis que Pedro, tal y como nos ha dicho el Evangelio, se enfada, y le dice: "Señor, ¿pero tú a mí lavarme los pies? Tú no me lavarás los pies jamás". Es una negativa. Pedro no admite la igualdad. Pedro tiene una forma de pensar de la cultura dominante. Cree que la desigual es legítima y es necesaria. Pedro no se deja amar. Porque el que ama siente al otro igual, e incluso más grande que él.

Queridos hermanos: todos somos un poco Pedro. Todos. Todos tenemos algo de Pedro. ¿Tú lavarme a mí los pies? ¿Me hago consciente de la suciedad que hay en mí, en todas las zonas contaminadas que hay en mi vida: sentimientos, pensamientos, acciones, relaciones?. No son mis pies lo que Jesús toma en sus manos. Jesús quiere tomar mi vida en sus manos. Pero lava lo que sustenta mi vida.

Yo puedo estar ahora de pie porque mis pies me sustentan. Jesús quiere tomar mi vida entera. Y quiere limpiarla. Quiere lavarla. Y lo quiere hacer en este momento de la historia concreta que vivimos, donde está la humanidad padeciendo esta pandemia terrible. Donde hay tantos sufrimientos, tantas muertes, tantos cambios de todo tipo....

El Señor quiere lavarme los pies. ¿Sabéis para qué? Para que comience a vivir desde otro paradigma distinto. No desde el poder. No. Desde el servicio, desde la entrega, desde el dedicarme a cuidar a los demás. Con este gesto, no son mis pies lo que Jesús toma. Es mi vida entera la que quiere tomar Jesús. Y nos lo dice con este gesto. Nos dice: "Mira, yo te amo. Déjame ser tu amigo. Déjame ser tu servidor. Déjame ser el fundamento de tu vida". Y esto, queridos hermanos, hay que decírselo a todos los hombres hoy, en todas las latitudes de la tierra. Hay que decírselo a los jóvenes. Hay que transmitírselo a los niños. Hay que transmitírselo a las familias, a los esposos. Hay que acoger los consejos de los ancianos, que por edad están de vuelta de tantas y tantas cosas, y ellos sí quieren que se les laven los pies.

Pedro no acepta ver a Jesús arrodillado. No acepta que Jesús sea un esclavo dispuesto a lavarle los pies. Es como si dijera: "Pero mira, Señor, tú eres mi maestro, no eres mi esclavo. ¿Cómo me voy a dejar lavar los pies por ti?". Pedro está nervioso. Tenso. No le gusta ver a Jesús como esclavo. En el fondo, en el fondo, Pedro no acepta dejarse amar, y menos acoger un amor que es gratuito: el que nos ofrece a todos nosotros el Señor. Sí, queridos hermanos: un amor gratuito.

En esta tarde, donde el Señor instituye la Eucaristía; donde el Señor se va hacer presente aquí, en el altar, dentro de un momento; donde el Señor quiere entrar en nuestra vida, quiere entrar y ocuparla entera; que sean sus sentimientos nuestros sentimientos, sus pensamientos los nuestros, nuestra vida que sea una imitación y un seguimiento de sus pasos y sus huellas... Y eso lo podemos hacer, no por nuestras fuerzas, sino con la fuerza y la gracia que nos entrega nuestro Señor Jesucristo.

Pedro está nervioso. ¡Cuántas resistencia tenemos a dejarnos amar por el Señor, queridos hermanos!. También a nosotros nos cuesta acoger su amor. Nos cuesta dejar que Él toque nuestros pies. Por eso, esta pregunta que os hago esta tarde: ¿Estoy dispuesto a dejarme lavar los pies?. Es decir, ¿estoy dispuesto a

acoger el amor de Jesús que me purifica realmente?. Yo os diría a los que estáis aquí porque queréis: hacedlo. Pero a quienes me estáis escuchando, y que a lo mejor tenéis dudas, tenéis reticencias: dejaos por un momento abrazar por Jesús; dejaos por un instante; dejaos abrazar; dejaos querer por quien quiere de verdad; dejaos querer por quien nos impulsa a salir de nosotros mismos y a cambiar este mundo y esta tierra, en la que a veces lo que hacemos es dividirla, romperla, enfrentarla.

¿Estoy disponible? ¿O me resisto? ¿O acaso sí le digo: Señor, no soy digno de que laves mis pies? Pero Jesús hoy nos dice a todos nosotros, como a Pedro: mira, si no te lavo los pies no tienes parte conmigo; serás otra cosa; no serás discípulo mío. Si no cambias tu vida, si no cambias los fundamentos de tu existencia, es decir, no puedes entrar en comunión conmigo. ¡Cuánto nos cuesta dejarnos amar, queridos hermanos, y acoger el amor del Señor! Es fácil. Es fácil. Es gratuito. No te cuesta nada. Te lo da Él.

Al terminar de lavar los pies, recordad lo que Jesús decía: ¿Habéis comprendido lo que he hecho con vosotros?. Yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies. Pues vosotros debéis lavaros los pies unos a otros". Es decir: Jesús reconoce que es Señor, no porque se imponga nadie, sino porque manifiesta su amor hasta el extremo. Y el amor verdadero es lo que nos ayuda a ser plenamente nosotros mismos. "¿Habéis visto lo que he hecho con vosotros?".

Queridos hermanos: ante tantas divisiones que hay en nuestro mundo, ante tantas rupturas, enfrentamientos de unos pueblos contra otros, o dentro de los mismos pueblos, ante tantos egoísmos, ¿es que no merece la pena, en esta tarde de solemne del Jueves Santo, el día que el Señor instituye la Eucaristía, decir esto?: "Si no te lavo los pies, no solamente no tienes que ver nada conmigo, sino que seguirás dividiendo, rompiendo, enfrentando, seguirás igual, porque regalarás tu amor propio, no el mío, que busca siempre el bien". El amor verdadero es el que te ayuda a ser tú. Plenamente, tu mismo.

Por eso, Jesús termina diciendo, como nos ha dicho: "Debéis lavaros los pies unos a otros". Es decir: debéis amaros los unos a los otros. No es una cuestión de deducciones de no sé qué tipo, queridos hermanos. El Señor quiere tocar el corazón del ser humano. Dejemos que toque nuestro corazón. No pretendamos dominar a los demás. No pretendamos derribar los muros del resentimiento o de la soledad, de tantas soledades que hay en estos momentos, de las indiferencias por

las que pasamos por la vida. No tengáis miedo a poneros los últimos. No tengáis miedo de poneros a servir a los demás. Esta pandemia nos ha dado la oportunidad de servir a los demás. De querer a los demás. De entregarnos a los demás.

Hoy, Jueves Santo, es el día del amor fraterno. Jesús, en su despedida a los discípulos, les dijo esta expresión que yo quiero regalaros a vosotros: "Como el Padre me ha amado, así, así os he amado yo". Pues, que os améis unos a otros como yo os he amado. Ese "como yo" queridos hermanos es lo más importante. Es lo más importante. Y, por eso, encontrarnos con Jesucristo es aprender el "yo", el "como yo", aprender a amar como Él.

Esta herida que hay en el mundo de falta de amor: las desigualdades en nuestro mundo aumentan cada día más; los países más pobres empobrecen cada día más; millones de seres humanos fallecen de hambre mientras unos cuantos especulan... Esta herida no cesa de crecer. Crece. Mientras tanto, la cultura presente acentúa el afán obsesivo de producir y de consumir.

Queridos hermanos: no os dejéis despojar del sentido profundo que tiene la vida humana, que solo la da Dios. No os dejéis despojar. Cuando la vida humana se despoja, se buscan ídolos. Ídolos de recambio: el poder, la fiebre del consumo, el dinero, nos hacemos dioses a nuestra medida... Solo hay una manera de superarla. Solo hay una manera de crecer en el verdadero humanismo, que es el que nos entrega Cristo: es el perdón, es la entrega, es el servicio. Perdonar no es ignorar: es transformar. Y la fuente de ese amor está en la Eucaristía, que estamos celebrando. Es aquí donde aprendemos a amar: junto a Jesucristo. Dejando entrar a Jesucristo en nuestra vida, y diciéndole al Señor: "Señor que yo ame de lo que me alimento. Que no entregue un amor raquítico, sino el tuyo. Dar la vida".

Este Jueves Santo, queridos hermanos, yo os invito a que apostéis todos por el amor y la solidaridad. La colecta que hacemos hoy en todas las iglesias de nuestra archidiócesis de Madrid, y en toda la Iglesia en España, va destinada íntegra a Cáritas, que admirablemente está aportando todo para paliar el sufrimiento de tantas familias en esta crisis que padecemos. Ya veis las colas y las necesidades que hay en nuestra archidiócesis de Madrid. Es evidente para todos. No necesitamos salir precisamente en los periódicos. Pero, ciertamente, hay colas para poder subsistir: niños, jóvenes, ancianos, familias... No ignoremos esto. Apostemos por esa solidaridad, aportando lo que podamos para paliar el sufrimiento.

Hoy es el día del sacerdocio ministerial. Que no es un poder, queridos hermanos. Es un servicio. Y yo quiero agradecer a todos los sacerdotes, pero perdonadme porque yo conozco a los de Madrid, cómo han estado permanentemente, arriesgando todo por estar al servicio de los demás en esta pandemia. No han dejado de estar en los hospitales... en los lugares más difíciles, ahí había un sacerdote. Es verdad que no hacemos nada de más. Hacemos lo que tenemos que hacer, que es servir. Que es servir la alegría del Evangelio, que es Jesucristo.

Esta tarde, todos nosotros, queridos hermanos, vamos a volvernos hacia Cristo y decirle: Señor, compartimos contigo esta cena, en la que nos revelas todo tu amor. Qué amor más grande que el de Jesús, que se quiere hacerse presente aquí. Quiere alimentarnos de Él. Y quiere que demos de Él. Aquella expresión de san Agustín que yo repito, me la habéis oído muchas veces: cuando terminaba la Eucaristía, les decía a los cristianos del norte de África, siendo obispo: "De lo que habéis recibido, dad". Dad de lo que habéis recibido. Dad el amor del Señor. Que podamos comprender, Señor, que eres amigo nuestro siempre. Que la alegría que tú nos das no hay nadie, nadie, nadie que nos la pueda regalar, más que tú.

Hermanos, termino con la misma expresión y pregunta que comenzaba: "¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?". ¿Cómo? Dejándole entrar en mi vida. Dejando que transforme mi existencia. Haciéndonos un pueblo que camina por este mundo, anunciando la verdad y la vida, que tiene un nombre y que tiene un rostro: Jesucristo, que se hace presente aquí, en el altar, dentro de un momento. Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN Y MUERTE DEL SEÑOR

(2-04-2021)

Queridos obispos auxiliares, don Santos, don Juan Antonio, don José, don Jesús. Queridos vicarios episcopales. Deán de la catedral. Cabildo. Queridos seminaristas. Hermanos y hermanas que estáis aquí en este templo, y quienes estáis siguiendo estos Oficios por televisión, TVE2.

Juntos acabamos de decir las mismas palabras que Jesús: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". "A ti, Señor, me acojo". "Tú, que eres el Dios leal, el que puedes todo. Tú me librarás". "Confío en ti". "Tú eres mi Dios". "Tú vas a hacer posible brillar tu rostro sobre tu siervo". Y el Señor, desde la cruz, nos estaba diciendo a todos nosotros: "Sed fuertes y valientes de corazón. Esperad siempre en el Señor".

La Palabra que hemos proclamado, queridos hermanos, nos ayuda a entender y a acercarnos más a este misterio que Jesucristo hoy nos regala: Él expuso

su vida hasta darla. No la guardó para sí mismo. Él es el autor de la salvación eterna. Nos decía la carta a los Hebreos: "Mantengamos firmes la fe que profesamos. [...] Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia". Él, solo Jesús, es autor de esta salvación eterna.

Y hemos escuchado una historia santa que nos hace santos a todos nosotros, queridos hermanos. Una historia que tantas veces hemos oído. Hoy ha sido la Pasión que nos relata san Juan. Una historia santa que nos hace santos. El evangelista que la escuchó nos cuenta, como habéis escuchado: "Sabíendo que estaba cumplido, para que se cumpliera la escritura, exclamó: "Tengo sed"". No se refería el Señor a la sed indecible de un cuerpo que estaba desangrado, que estaba cubierto de heridas, que estaba abrasado, que estaba expuesto al sol implacable de un mediodía de Oriente. La sed de Jesús se refiere a algo diferente. Sí. La sed de Jesús revela el deseo de Dios de derribar los muros que nos separan de Él, que separan al hombre de Él. Esos muros que nos cierran en nosotros mismos, que nos amurallan en nuestra autosuficiencia, y que nos impiden estar plenamente vivos.

Nosotros también tenemos sed de vida y de sentido, queridos hermanos. Es más, en estos momentos de la historia que vivimos, los seres humanos, en todas las partes de la tierra, motivados también por la situación que estamos viviendo en esta pandemia, experimentan que hay sed de vida, que hay sed de sentido. "Tengo sed". Lo acabamos de escuchar de labios de Jesús. Tú tienes sed, Señor. Tú, que eres la fuente de agua viva, tienes sed. Y todos los humanos bebemos en ti. En ti. Cuando la luz se nos apaga, tú nos das luz. Cuando el amor no existe, tú nos das amor. Porque la sed del amor que no tenemos nos lo regalas tú. Tú, Señor, has sufrido sed de mí, y lo estás sufriendo: sed de mi amor, sed de mi vida. Y yo, por otro sitio.

Si os habéis dado cuenta, hay una expresión bellísima en la Pasión de san Juan. Y es cuando Pilato pregunta al Señor, y se lo repite en varias ocasiones: "¿Tú eres Jesús?". "Yo soy". Frente a un Pedro que, situado allí en un rincón, le preguntan: "¿Tú eres compañero? ¿Eres discípulo?". "Yo no lo soy".

"Tengo sed". Tiene sed de amor. Tú, Señor, has sufrido sed de mí. Sed de mi amor y sed de mi vida. Y mi alma tiene sed de ti. Y hay un vacío en la existencia del hombre cuando vive desde sí mismo que a veces no se puede resistir, queridos hermanos. O nos distraemos con otras cosas diferentes. A la sed física de este Jesús

en la cruz hay que añadir siempre la otra sed, la sed mayor: la sed de amor, la sed de vida, la sed de fraternidad, la sed de justicia, la sed de paz, la sed de saber quién soy yo, a quién me debo; la sed de su gran deseo de dar la vida al mundo que manifiesta Jesús. Jesús tiene sed de agua, sí, pero tiene más sed de justicia, de reconciliación, de amor, y quiere entregárselo a este mundo.

Nos ha dicho el Evangelio que había un jarro de agua, pero estaba lleno de vinagre. Lo habían llenado de vinagre. Y Jesús, cuando lo tomó, dijo: "Está cumplido". Tomar vinagre significa aceptar su muerte causada por el odio. Y, así, Jesús muestra su amor hasta el extremo. "Está cumplido". Sí, Señor. El fin de tu vida, de tu honor, de tus esperanzas humanas, de tu lucha, de tus fatigas: todo ha pasado. ¿Y qué es lo que se ha cumplido? ¿Qué es lo que está cumplido? Pues, queridos hermanos: el amor incondicional de Dios. En Jesús se manifiesta el amor incondicional de Dios. El amor sin cálculo ni medida. La desmedida del amor. Se ha cumplido el amor hasta el extremo. "Todo ha terminado". Jesús ha llevado a cabo su misión. "Está cumplido". "Os he amado hasta dar la vida".

De nuestra parte, nos falta aún ese largo día a día de cada historia humana, de toda la humanidad. Tú, Señor, ya lo has hecho todo. Tú lo has hecho todo. En este día, en que nos cerca a nosotros a veces el lucro, el egoísmo, el miedo, la mentira, los odios, las guerras, qué bien nos viene escuchar de ti: "Está cumplido. ¡Te he dado todo. Soy Dios. Te he dado todo!".

Nos dice el Evangelio, la Pasión que hemos proclamado: "Inclinando la cabeza, entregó su espíritu". Sus ojos se cerraron, su cabeza se inclinó, y su último acto fue entregarnos su espíritu. Nos dio el aliento de su vida. Queridos hermanos: ante la muerte de Cristo, ¿qué nos sucede? ¿Qué nos sucede? Quedamos en silencio. Guardamos silencio. Quizá lo podemos contemplar, quizá no entendemos esto, pero oramos. Los que creemos, oramos. Señor, tu Pasión está presente en la historia de toda la humanidad. Tu Pasión está presente en la historia de los humillados, de los agredidos, de los pisoteados, de los que están sufriendo en estos momentos. Hoy, Cristo prolonga la Pasión en los pobres, en los que están sin trabajo, en los inmigrantes, en los que viven en las cárceles, en los enfermos por la COVID-19, en los ancianos que se sienten solos, en todos los que viven en el desamor y en la angustia, en todos los seres humanos en este tiempo. Hoy Jesús prolonga su Pasión. Pero no nos deja solos: nos regala su amor.

Esta pandemia nos ha despertado bruscamente del delirio de la omnipotencia del ser humano: un pequeño virus ha bastado para recordarnos, hermanos, que somos mortales; que nosotros no podemos nada; que solo si acogemos el amor de Dios podemos, trabajamos, damos presente y damos futuro, vivimos para aquellos que están padeciendo más, esos que como os decía hace un instante sufren y prolongan la Pasión de Cristo. Sí. Todos ellos: los pobres, los que están sin trabajo, los emigrantes, los que están en las cárceles, los enfermos, los ancianos... Todos. En el rostro de Jesús muerto en la cruz se nos manifiesta todo el amor de Dios al mundo. ¿Qué hemos hecho nosotros, queridos hermanos, de ese rostro de amor de Jesús? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho de ese rostro de amor que se manifiesta en Cristo crucificado? ¿En este Jesús que nos han relatado sus palabras? ¿Qué hago yo ante este rostro de amor?

Pues, queridos hermanos, en el Viernes Santo se nos invita a mirar la cruz. A mirarla. Recordad esas palabras que vamos a decir después: "Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo". Miradla. "Venid a adorarlo", respondemos nosotros. ¿Qué significa ir hacia Él? ¿Qué significa inclinarnos ante la cruz? ¿Besar la cruz? Mirad: significa que besamos las heridas del mundo, que besamos todas las heridas de la humanidad. Todas. Más aún: besando a Cristo acogemos nuestras propias heridas, nuestras penas íntimas, nuestras soledades, nuestros sinsentidos, todo lo que nos agobia, todo lo que nos angustia... Esto es lo que besamos, queridos hermanos. "Mirad el árbol de la cruz -vamos a decir dentro de un momento-, donde estuvo clavada la salvación del mundo". "Venid a adorarlo". Y cuando lo adoremos, adoremos la cruz, ahí estamos nosotros inclinados también, besando a Cristo en la cruz. Ahí está, acogiendo todas nuestras heridas, el Señor. Es más: al besar la cruz, dejaos besar por Jesucristo; dejaos besar por el beso de su amor que nos reconcilia; que nos reconcilia con cada uno de nosotros; que nos hace revivir. Cristo nos dice a cada uno hoy: "Entrégame todo lo que te pesa. Entrégame todo lo que te esclaviza. Entrégame todo lo que te agobia. Entrégame todo lo que te entristece. Entrégamelo de verdad". Y cada uno de nosotros podríamos decirle al Señor: "Señor, en ti deposito mi vida entera".

Hoy, Viernes Santo, miramos tu cruz levantada en lo alto del monte y podemos decirte todos nosotros: "Señor, todo lo tuyo nos habla de amor. Tus brazos extendidos, tu cabeza inclinada, tu abandono en manos del Padre. Nos amas sin lógica. Nos amas sin medida. Nos amas sin nada a cambio. Nos amas como amaste a aquellos que te quitaron las ropas, se las repartieron. Se reían. Se mofaban de ti....

Allí había una mujer excepcional: nuestra madre, la Virgen María. Sí que ella te entendió. Sí que ella sabía de ese amor de Dios. Lo había experimentado en su propia vida. Ella sabía la elección que había tenido de parte de Dios para dar rostro humano a Jesús en este mundo. Y porque sabía tanto de ese amor de Dios, entre otras cosas, Jesús nos la regaló como madre nuestra, en san Juan: "Ahí tienes a tu madre". Ahí estábamos nosotros. Nos da a nuestra madre para que experimentemos también junto a ella lo que es el amor de Dios.

Queridos hermanos: ¿qué hago yo ante este rostro de amor? ¿Qué hago? ¿Qué he hecho de ese amor que Dios me da y que no me lo quita nunca, aunque yo le dé la espalda? ¿Qué puedo hacer yo, con ese amor de Jesús, por los demás? Has colmado, Jesús, al mundo de la ternura de Dios. Tú eres el rostro de bondad y el rostro de la gran misericordia. Sobre cada uno de nosotros, y sobre toda criatura humana, esa ternura llega. Haz posible que nosotros nos abramos a la ternura de Dios. Haz posible, Señor, que nosotros, junto a ti, descubramos en esta historia santa que nos hace santos, en este momento de confusión, donde quizá tenemos la tentación de decir, como Pedro, "no lo soy, no lo soy", que descubramos la misión que tú nos entregas. "Mi reino no es de este mundo". "¿Con que tú eres rey?", le dijo Pilato. "Para esto he nacido, para esto he venido al mundo". Y nosotros, queridos hermanos, queremos tener a este Jesús como rey, porque nos da todo lo que nos falta: el amor. Para poder establecer una relación en esta tierra ya, entre nosotros, diferente, nueva, distinta. Una relación con Dios y con los hermanos. Pero fruto de la relación con Dios. Que nos lleva a darnos siempre a los demás.

Esta revelación es la que nos hace Jesús, queridos hermanos. Y nos ha dado en testamento una gran riqueza: a su propia madre. Acoged este testamento. En esta catedral, que es santuario de la Santísima Virgen María patrona de Madrid, Nuestra Señora la Real de la Almudena, siempre podemos encontrarnos con Ella. Los que podáis, siempre, subid esas escaleras. Acercaos a María. El amor de Jesús en Ella se os regala. Se nos regala. Se nos da. "Ahí tienes a tu madre". San Juan la recibió en su casa, porque es la gran maestra del amor de Dios. La gran maestra.

Que el Señor os bendiga y os guarde siempre. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA VIGILIA PASCUAL

(3-04-2021)

Querido hermano Su Eminencia Besarión metropolitano de España y Portugal del Patriarcado ecuménico de Constantinopla. Gracias, querido hermano, por su presencia. Queridos obispos auxiliares don Santos, don Juan Antonio, don José y don Jesús. Queridos vicarios episcopales. Rectores del seminario, formadores, seminaristas. Queridos hermanos y hermanas todos.

¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro? Esta es la pregunta que se hicieron las mujeres que iban al sepulcro muy temprano para embalsamar el cuerpo de Jesús. Es también nuestra pregunta en esta noche santa, los que estamos aquí reunidos en la catedral, y quienes a través de televisión, de TVE2, estáis viviendo también esta celebración de la Vigilia Pascual. ¿Quién nos correrá la piedra? Queridos hermanos: ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo nuestro Señor ha resucitado!. Y esto es lo que celebramos nosotros en esta noche santa. Como habéis escuchado en la Palabra de Dios, Cristo ha vuelto a crear nuevas todas las cosas. Hay nueva

creación. El hombre puede ver y descubrir la verdad: que está hecho a imagen y semejanza de Dios. Que la identidad del ser humano está precisamente ahí. Ahí está su dignidad. Y esta dignidad la queremos llevar, hacérsela ver a todos los hombres de la tierra. Los discípulos de Cristo anunciamos esta nueva creación, y especialmente decimos a todos los hombres: "¡Cuántas son tus obras, Señor. Cuánta es tu sabiduría. Cuántas tus criaturas, que están llenas de tu presencia, y especialmente el ser humano, que está hecho a imagen y semejanza tuya!. Te bendecimos, Señor. Sí. Nosotros te bendecimos".

Y lo hacemos con la fe de Abrahán, como hemos escuchado en la segunda lectura que hemos proclamado. Tú, Señor, también en estos momentos de la historia de la humanidad, estás poniendo a prueba nuestra fe. En esta pandemia que estamos viviendo, y que asola a toda la tierra. En todos los continentes hay situaciones de dolor precisamente por esta pandemia. Pero tú, Señor, lo mismo que hiciste con Abrahán, nos llevas también al monte, a la montaña; y nos llevas también para hacernos descubrir que la grandeza de la fe hace posible que se aparte todo aquello que es malo para los hombres.

El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: "Por haber hecho esto, por no haberte reservado a tu hijo, te bendeciré". Queridos hermanos, el Señor nos bendice. Sí. Nos enseña el sendero de la vida. Nos sacia de gozo con su presencia. Nos da la alegría perpetua que esta noche nosotros podemos vivir junto a nuestro Señor Jesucristo. ¡Cristo ha resucitado! ¡Vida nueva existe en esta tierra porque la ha venido a traer Jesús nuestro Señor! Miembros vivos somos de su pueblo y, ayudados por el Señor, caminamos como caminaba el pueblo de Israel. Caminamos y sabemos que el Señor nos ayuda; aparta las dificultades como apartó las aguas del Mar Rojo, para que el pueblo de Israel lo cruzase. Por eso, cantamos al Señor lo que decíamos antes: "Sublime es su victoria. Mi fuerza y mi poder es el Señor".

Esta es nuestra fuerza, queridos hermanos. Esta. Y nos fiamos del Señor, como nos decía hace un instante el profeta Isaías en la lectura que hemos proclamado: somos un pueblo, reunido de todos los pueblos, de todos los países. Pero es cierto que el Señor nos ha dado un pueblo nuevo. Nos ha regalado una manera de vivir absolutamente nueva con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Esta noche, nosotros le decimos al Señor: "Envía tu luz y tu verdad. Que sea esta luz la que nos guíe en nuestra vida. Que tu verdad nos conduzca hasta tu morada". Hermanos, al Dios de

nuestra alegría le damos gracias de corazón en nuestra vida. Por eso, es el Señor quien ha hecho este milagro. Es el Señor el que nos regala esta noche la alegría de pasar de lo viejo a lo nuevo.

¿Quién nos correrá la piedra? Tres mujeres, lo hemos escuchado en el Evangelio, se dirigían al sepulcro muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol. Estas mujeres iban al sepulcro. No pensaban en la Resurrección. Pero amaban a Jesús. Querían a Jesús. Habían visto junto a Jesús lo que Él hacía por los hombres. No habían previsto quién les quitaría la piedra del sepulcro, pero amaban al que estaba detrás de ella. Estas mujeres amaban por encima de todo. El amor, simbolizado en los aromas que ellas llevaban para poner al Señor. Las mujeres fueron las primeras que entraron en el sepulcro, y se preguntaban por el camino: "¿Quién nos correrá la piedra del sepulcro?". Aquella piedra enorme que las mujeres no tenían fuerzas suficientes para removerla, y representa lo definitivo; de alguna manera, esa piedra representa lo definitivo, que es la muerte. Esa piedra era la muerte. Y no la podemos quitar nosotros.

Pero, queridos hermanos, es verdad que el sepulcro estaba bien cerrado, con una piedra enorme. Pero esa piedra ha sido eliminada. Esa piedra que paraliza ha sido eliminada por Cristo. Cristo ha triunfado, y esto lo teneos que anunciar, queridos hermanos, a todos los hombres, en todas las partes de la tierra. Tenemos que anunciárselo. Sí. Las mujeres preguntaban: ¿Quién nos correrá la piedra? ¿Quién curará nuestras heridas? ¿Quién nos liberará de nuestras esclavitudes? ¿Quién nos hará superar nuestros miedos? ¿Quién nos sacará de nuestros pesimismos, de nuestras tristezas? ¿Quién nos abrirá caminos de gozo, de esperanza, de un verdadero sentido de nuestra vida? ¿Quién? Queridos hermanos: solamente Jesucristo nuestro Señor. Creedme. Y si no me creéis a mí, creed la Palabra que el Señor nos dirige. Estas mujeres, incapaces de quitar la piedra, incapaces de dar un sentido nuevo a la vida... Pero se lo dio Jesucristo, con su Resurrección.

Él cura heridas. Él libera. Él quita esclavitudes. Él quita miedos. Él quita pesimismos y tristezas. Él abre caminos de gozo y esperanza. Esta humanidad necesita de Jesucristo, queridos hermanos. Necesita de Jesucristo. No tengamos miedo de anunciarlo. Es la única respuesta a las piedras que existen en esta tierra y en este mundo. Es la única respuesta: Cristo, que ha resucitado; que sigue siendo escándalo para unos, pero es salvación para todos los hombres. En este camino, resulta que estas mujeres vieron que la piedra estaba quitada. Y era muy grande: había hueco

para entrar en el sepulcro. Esta es la primera sorpresa que tienen: la piedra estaba corrida. El poder de la muerte se quebraba. No lo olvidemos. La piedra. La tumba abierta para siempre. Para siempre. ¿Quién la abrió? ¿Quién ha abierto la tumba? ¿Quién da horizontes a la vida? ¿Quién da vida verdadera? ¿Quién da hondura a la existencia humana? ¿Quién garantiza la dignidad del ser humano? Cristo, que ha resucitado. Porque la fuerza del Resucitado puede remover absolutamente todo. Puede abrir tumbas que nos impiden vivir con sentido nuestra vida humana. Puede abrir esas tumbas que a veces existen cuando los hombres somos incapaces de darnos la mano, de darnos un abrazo, siendo diferentes. Queridos hermanos: al quitar la piedra, Cristo nos ha hecho descubrir una vez más que no podemos decir "esos son otros". ¡No! Somos nosotros. Todos nosotros. Todos. La fuerza del Resucitado puede remover, puede abrir tumbas, puede dar un sentido absolutamente nuevo a la vida. Esta es la primera sorpresa.

Pero la segunda sorpresa es que estas mujeres encontraron también a un joven vestido de blanco. El vestido blanco es el color de la vida. Ellas no le reconocen. Es Jesús resucitado quien les dice: "no tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno? ¿Buscáis al crucificado? Ha resucitado. No está aquí". También para nosotros hoy esta es una gran noticia, queridos hermanos. ¡Ha resucitado! Nosotros no estamos reunidos aquí por un hombre famoso que vivió hace 21 siglos, que hizo cosas extraordinarias. ¡No! Estamos resucitados en nombre de Dios que en Cristo se hizo presente en esta tierra. Es Dios mismo. Es el Hijo de Dios, que ha triunfado sobre la muerte, que ha quitado las piedras, que ha roto las tumbas, que ha resucitado. Sí. Tú, Señor resucitado, has vencido a la muerte, y nos has dado tu paz. Que en esta noche de tu triunfo sobre la muerte, la humanidad entera encuentre en ti la luz y la fuerza para oponerse a todo lo que niega la vida en nuestro mundo.

Queridos hermanos: esta tarde, antes de venir a esta celebración, hablaba con diversos obispos y arzobispos, sobre todo de América Latina, y alguno de Europa. Hablaba con algunos otros misioneros. Esta tarde. Y es verdad que les decía que en esta noche todos íbamos a estar juntos. Ellos y nosotros. Porque somos nosotros, que celebramos en esta noche el triunfo sobre la muerte que ha encontrado la humanidad en Cristo. Él es la luz. Él es la fuerza. Él se opone a todo lo que niega la vida en nuestro mundo. Con la Resurrección del Señor, la vida empieza a tener un nuevo sentido. Y esto es lo que estamos celebrando en esta Pascua. El Resucitado está con nosotros, y en nosotros. Y está para siempre. Ningún ser humano está solo. Nadie está perdido. Nadie, queridos hermanos. Nadie está

perdido en esta tierra. Ningún grito deja de ser escuchado por este Jesús que ha resucitado. El Resucitado es una presencia que aporta paz y esperanza a nuestra vida, y que nos busca salidas. Salidas de hermanos, búsquedas de la fraternidad. Hay esperanza esta noche con la Resurrección de Cristo para los pobres, para los marginados, para los crucificados de la tierra. Porque los que tienen esta experiencia de que Cristo ha vencido a la muerte, de que Cristo nos ha dado una vida nueva, estamos dispuestos a comunicárselo a los demás.

Que podamos abrimos a ti, Señor, que eres la vida; que eres la fuente de la verdadera vida; que eres el colmo de la alegría que nadie nunca podrá arrebatarlos. Queridos hermanos: el joven vestido de blanco les está recordando a las mujeres que Él va por delante. A Galilea. Que "allí lo veréis". Para ver al Resucitado, queridos hermanos, hay que volver a Galilea. Sí. Al Resucitado no se le puede ver sin volver a la Galilea. A la Galilea de nuestra realidad, del día a día, de la cotidianidad que tenemos todos nosotros. En esta noche, cada uno de nosotros podemos preguntarnos: "¿Y cuál es mi Galilea? ¿Dónde está mi Galilea?". Para recibir al Resucitado en medio de nosotros necesitamos la vuelta a nuestra vida ordinaria; a la vida, a nuestras relaciones, a nuestros trabajos, a nuestras familias, a ver las situaciones que viven otros, que a veces están sin ese trabajo, que viven sufrimientos diversos... Pero, siempre, para llevar una esperanza renovada en nuestro corazón. Esa que Jesús nos da con su Resurrección. Que podamos acoger su presencia, queridos hermanos. Que podamos decirle al Señor: "Tu presencia, Señor, elimina nuestra soledad. Llena de sentido toda nuestra vida". "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?", queridos hermanos. ¿Por qué buscáis soluciones a quien no da ninguna solución? ¿Por qué? ¿Por qué no tenemos el atrevimiento de abrimos a esta experiencia que nos entrega Cristo resucitado?

Esta noche, en honor del Señor, en esta vigilia, estamos conmemorando la Resurrección de Cristo. Y debemos de considerar esta noche, como nos decía san Agustín, la madre de todas las santas vigiliass. Qué don y qué alegría poder celebrar esta noche santa. En esta noche también nos dicen a nosotros, desde la Palabra de Dios, lo que hace un instante proclamábamos: "No busquéis entre los muertos al que vive: ha resucitado. Buscadle a Él. Encontraréis sentido en vuestra existencia". Desde esta catedral, que tiene y es tesoro del santuario de la Santísima Virgen patrona de Madrid, Nuestra Señora la Real de la Almudena, que nos habla permanentemente cuando la miramos con la fuerza del amor de Dios, y hasta dónde entra Dios en el hombre y en la vida; desde esta catedral, queridos hermanos,

nosotros, acogiéndonos a la Virgen María, como la vemos, cogiendo en sus brazos a Cristo, el mismo que entró en este mundo para cambiar el mal en bien, porque la fuerza de Dios es la única que puede con todo. Ese mismo que tiene María en sus brazos es el Resucitado. Es el Resucitado. El que nos entrega a nosotros el verdadero sentido de nuestra existencia.

Que aparezca en nuestro modo de vivir esta realidad: ¡Cristo ha resucitado! Este es el gran grito de nuestra fe. Este es el testimonio y una verdad que va a llenar el mundo de gloria. Ya la tiene, pero tenemos que entregarla con mucha más fuerza. Tu Resurrección, Señor, nos llena de luz y esperanza. Eres el principio de una vida nueva, de una regeneración de la humanidad que nosotros estamos dispuestos a seguir regalando en este mundo a los hombres. Y, por eso, cuando nos encontramos con todos los hombres, quienes sean y quieren fueren, les decimos: "La paz esté con vosotros". Esa paz es Jesucristo nuestro Señor.

Queridos hermanos: con la intercesión de Santa María, yo le pido que Ella nos haga sentir lo que sintió esa santa española, Teresa de Ávila: "Solo Dios basta". Que nos haga sentir como a san Francisco Javier, recordando las palabras que José María Pemán, en El divino impaciente, pone en su boca, en boca de san Francisco: "Soy más amigo del viento que de la brisa, y hay que hacer el bien aprisa, que el mal no pierde momento". Anunciemos a Jesucristo. Como san Pablo, caminemos en el amor.

Queridos hermanos: ¡Feliz Pascua de Resurrección!. Que el Señor nos bendiga a todos, queridos hermanos. Gracias a la presencia de las Comunidades Neocatecumenales, que hoy tenéis también una celebración especial. Sé que Kiko está mejor, gracias a Dios.

Celebremos todos juntos esta Resurrección de Cristo. Que el Señor os bendiga y os guarde a todos, a los que estáis aquí y a quienes estáis viendo y siguiendo esta celebración desde vuestras casas.

Cristo ha resucitado. Resucitemos con Él.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA SANTA MISA DEL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(4-04-2021)

Queridos hermanos obispos auxiliares, don Santos y don Jesús. Queridos deán de la catedral y Cabildo catedral. Rectores de nuestros seminarios. Seminaristas. Excelentísimo señor alcalde de Madrid. Queridos hermanos y hermanas. Hermanos y hermanas que estáis siguiendo esta celebración a través de Telemadrid, a quien además doy las gracias por esta deferencia que durante todo este tiempo de pandemia ha tenido para realizar estas transmisiones y esta cercanía de nuestro Señor a todas las gentes de Madrid.

Damos gracias al Señor. ¡Qué hazañas más maravillosas las de Dios con nosotros!. Es verdad que ha sido un milagro patente. Quizá el resumen de estas lecturas que hemos proclamado se podría hacer en tres palabras: testigos, buscadores y promotores. Promotores de un Sí a la vida, como nos ha dicho el Evangelio.

Sí. Somos testigos. Prolongamos en la vida, queridos hermanos, en todas las partes de la tierra, los discípulos de Cristo, aquella experiencia del apóstol Pedro. Hoy lo hacemos junto a Pedro, que se llama Francisco, porque conocemos también lo que sucedió en ese país de los judíos, como nos decía la primera lectura, cuando Juan predicaba el bautismo. Este Jesús ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo. Decía Pedro: "nosotros somos testigos de lo que hizo en Judea y en Jerusalén, y somos testigos de que ha resucitado". Testigos que Él ha signado. A los que han comido y bebido con Él. Y nos lo han transmitido a nosotros, que deseamos también ser testigos en este momento de la historia y dar testimonio de que Dios ha estado junto a nosotros. Ha vencido a la muerte. Ha resucitado.

Testigos. Pero al mismo tiempo, queridos hermanos, como nos decía el apóstol Pablo, somos buscadores. E invitamos a buscar a todos los hombres los bienes buenos, los bienes que vienen de Dios, los bienes que vienen de arriba. Nos ha dicho el apóstol Pablo: aspirad a los bienes de arriba. Queridos hermanos: buscadores de bienes. Ese bien supremo, que es Jesucristo. No es una idea, queridos hermanos, la que nos reúne aquí. Es Cristo mismo. El Resucitado. El que da vida. El que nos impulsa a caminar. El que nos impulsa a decir a los hombres: sois hermanos, sois hijos de Dios, sois una misma familia, no estáis peleados, no estéis rotos los unos con los otros o los unos contra los otros. Dios ha venido junto a nosotros. Es vencedor. Y vence las miserias humanas. Y nos da parte en su victoria santa.

Y, en tercer lugar, no solamente somos testigos y buscadores de los bienes que vienen de Dios, sino promotores. Promotores, como nos ha dicho el Evangelio que hemos proclamado: "El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro, al amanecer, cuando aun estaba oscuro, y vio la losa quitada". Amanecer, hermanos y hermanas, indica el momento en el que hay luz. Pero este dato es difícil de conciliar también con lo que nos decía el Evangelio: que aún estaba oscuro. Quiere decir que María va al sepulcro poseída por una falsa concepción de la muerte. Es decir, con la muerte se acaba todo. Todo. Y no se da cuenta que precisamente el día ha comenzado. El día ha comenzado, queridos hermanos. Cristo ha vencido a la muerte. Cristo ha venido a dar la vida a los hombres. Y la prueba es, hermanos, que cuando se acoge a Cristo en el corazón, se da la vida. Sí. Y lo han experimentado todos los pueblos de la tierra donde se han hecho presentes los cristianos. Queridos hermanos: tenemos ejemplos recientes entre nosotros, que los hemos conocido. San Pablo VI, la madre Teresa de Calcuta, san Juan Pablo II... Testigos del Señor que nos indicaban que había luz. Que la oscuridad había terminado.

Que hay que buscar a Aquel que es la vida. Sí, queridos hermanos. No es un cadáver. Qué equivocación.

María vio la losa quitada del sepulcro. Y vio el sepulcro vacío. El sepulcro vacío es el triunfo de la vida, queridos hermanos. No hay nada en el sepulcro. No existe nada. Cristo ha resucitado. Y vive para siempre. Y esa vida nos la ha dado a nosotros. Como se la dio a los primeros discípulos, para que marchasen y anunciaran el Evangelio a toda la tierra. María Magdalena capta bien la realidad. Y su reacción es de alarma. Y va a avisar a los discípulos, como hemos escuchado en el Evangelio, para decirles: pero, oye, se han llevado al Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y Pedro, y el otro discípulo a quien tanto quiso Jesús, salieron. Corrieron. El más joven, Juan, corría más que Pedro. Se adelantó. Llegó al sepulcro. Y aquel discípulo que tanto Jesús amaba, que avanza más rápido en su vida, sin embargo espera a que llegue Pedro para que entre él primero. Porque es el que ha elegido el Señor. Como hoy el Papa Francisco, queridos hermanos. Es Pedro. Es Pedro. Y tiene el atrevimiento y la valentía de decirnos con fuerza que es un momento de la historia nuevo, donde es urgente anunciar la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. De ser testigos del Señor.

Salieron. Pedro, queridos hermanos, avanzaba. Pero no había hecho experiencia del amor en su propia vida, como Juan. El apóstol Juan había hecho experiencia de ese amor. Pedro había negado a Jesús tres veces. No lo conozco. Por eso va más lento. Y es que la lentitud en nuestra vida, queridos hermanos, depende también de si creemos en la fuerza del Resucitado. Si nos dejamos invadir por la fuerza del Resucitado. Si tenemos la valentía de la Resurrección de Jesucristo para anunciar y decir que no existe muerte. Existe vida. Y que no podemos nosotros ser portadores de muerte, sino de vida. Siempre.

Juan, que había hecho esta experiencia del amor de Dios en Cristo, es el que tiene además la deferencia de dejar pasar a Pedro el primero. El amor no es egoísta. El amor no mira para sí mismo. El amor de Dios mira para los demás. Y esta experiencia Juan la vive. Deja a Pedro que pase delante al sepulcro. Él es como si le dijese a Pedro: pasa tu primero. Podemos ver en este gesto, el gesto de la reconciliación con Pedro. Porque el amor es capaz de tener gestos siempre de reconciliación. Y esta reconciliación se manifiesta esperando a Pedro y cediéndole el paso para que entre el primero al sepulcro. Se manifiesta reconociendo siempre al otro: en el respeto, en la delicadeza, en ponerle en primer lugar.

Nos dice el Evangelio que entró él al sepulcro, vio y creyó. Qué palabras más maravillosas: vio y creyó. Es decir, el discípulo, Juan, es modelo de todo discípulo de Jesús. Es modelo de todos nosotros, que queremos ser discípulos. Es el que ha acogido el amor de Dios mismo. Es el que ha hecho experiencia de sentirse amado. Y, por eso, ve y cree. El verbo ver indica que tiene experiencia de la VIDA. Y cree significa que da su adhesión al Resucitado. Que le da su confianza.

Queridos hermanos: hagamos esta experiencia nosotros en este día en el que celebramos la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. En esta Pascua de Resurrección, hagamos esta experiencia. Vio y creyó. ¿Quién ha venido a este mundo que nos haya dado más seguridades, más razones, para construir un mundo diferente, nuevo, distinto, donde reine la fuerza del amor, que es reconocer al otro y, por tanto hacer un nosotros, siempre, en toda la tierra? ¿Quién nos lo ha dicho? ¿Y quién nos lo ha hecho experimentar mejor que Jesucristo? En general, nosotros hablamos de "el otro", "los otros". Jesús habla de "nosotros". Vio y creyó. La experiencia de sentirnos amados es decirle al Señor: Señor, yo quisiera entregarte toda mi vida. Hoy quisiera entregarte toda mi vida. Porque, si Cristo ha resucitado, Cristo vive. Y Cristo nos hace vivir.

Aquel cuerpo roto y ensangrentado, aquel que fue despreciado, que fue desechado por los hombres, que fue colgado en una cruz, queridos hermanos, este mismo ha resucitado. Pero no basta decir: Cristo ha resucitado. No nos basta a nosotros, en esta Pascua, decir: Cristo ha resucitado. Ahora Cristo nos invita a participar en su Resurrección. Nos invita a que resucitemos cada día. A que vivamos como resucitados. Y, ¿qué es vivir como resucitados?. Entrar por el camino de Jesús. Acoger la vida de Jesús. Acoger la verdad de Jesús, que no una teoría: es una persona. Por eso Jesús nos dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". No es una teoría: es una persona. Es Dios mismo que vino y está entre nosotros. Y sigue con nosotros, resucitado. Y nos invita a estar dispuestos nosotros a expresar lo que es la Resurrección de Cristo.

La Resurrección de nuestro Señor nos compromete a defender la vida. Nos compromete a defender todo lo creado. El ser humano participa de la Resurrección. Y está llamado a ser el mejor, el que más cuida todo lo que existe: al otro, a los demás; el que cuida la vida; es el mejor; el ser humano, si participa de la Resurrección, es el mejor ecologista, porque respeta todo y a todos.

La Resurrección de Cristo nos invita a combatir las causas de la pobreza. También las estructuras opresoras e insolidarias. Nos invita a eliminar el egoísmo que siempre anida en nuestro corazón. Estamos llamados a defender la libertad verdadera contra toda situación que esclavice al ser humano. La Resurrección del Señor, la Pascua, es fiesta de la liberación.

Queridos hermanos, aquí sí que tienen sentido las palabras del apóstol Pablo cuando dice en la carta a los Gálatas: "Para ser libres nos libertó Cristo". Queridos hermanos: cojamos la libertad de Cristo. Nos hace cuidadores de todos los demás, de todos los hombres. Y si esto ha sido necesario siempre, en esta pandemia estamos descubriendo que el paradigma de la humanidad tiene que cambiar. No puede ser solamente buscar el bienestar a costa de lo que fuere. El paradigma tiene que ser cuidarnos los unos a los otros. Cuidarnos. Y estar dispuestos todos a hacerlo. Para eso nos libertó Cristo. Para cuidarnos. Para amarnos. Para defendernos. Para ayudarnos. Para reconciliarnos. Para entregarnos libertad. Para regalarnos su propio amor, que no es un amor egoísta: busca siempre el bien de los demás.

No es una idea, hermanos. No es una idea, Jesucristo. Es una persona que vive y quiere entrar en tu vida.

Necesitamos trabajar también por la paz, que es un don de la Pascua. Si vivimos la verdad de la Pascua, necesitamos irradiar paz. Construir paz donde se sienta amenazada. A partir de ahora, nadie está solo. Nadie. Nadie está perdido en esta tierra. Como dice la antífona de este domingo: "He resucitado, y aún estoy contigo".

Hermanos y hermanas: hoy volvemos nuestra mirada a Jesucristo nuestro Señor. En esta Pascua. Y le decimos: "Cristo resucitado, que el viento de la noche no apague el fuego vivo que nos ha dejado tu paso en la mañana, cuando nos diste luz". Es mañana. Hay luz. Y queremos entregarla.

Hermanos y hermanas que creéis y sois discípulos del Señor; que sois miembros vivos de la Iglesia; hermanos y hermanas de buena voluntad, que quizá podáis tener dudas en vuestra vida: os invito a acercaros a la persona de Jesucristo. A todos. Os aseguro que os acompañaré en todas las circunstancias que tengáis. Sencillamente. Sí os pido que abráis vuestro corazón. Que no vivamos para nosotros mismos. Y el único que hace que salgamos de nosotros mismos es

Jesucristo. Lo hemos visto en su propia vida. Es Dios, que no se quedó encerrado. Vino a esta tierra, para que hagamos nosotros lo mismo. Y le digamos a quien tenemos al lado: eres mi hermano. Eres mi hermano. Por ti doy la vida. Esto es vivir como resucitados.

Que el Señor, queridos hermanos, os bendiga y os guarde. Este Jesús, que se va hacer presente aquí, en el altar, en unos momentos. El Resucitado. El que nos alienta y da nueva vida. El que ha hecho posible que haya amanecido. Hay luz: no hay oscuridad. Este Jesús venga a vuestras vidas, y entre en todos los lugares donde estáis: en vuestras casas, en vuestras familias, en vuestros lugares de trabajo, en las relaciones que tengáis, en todas las actividades que podáis tener en vuestra vida. El Resucitado entra y nos da un aliento nuevo, diferente: su amor mismo, que hace posible que no nos sobre nadie, porque todos nos necesitamos, unos a otros.

Feliz Pascua. Cristo ha resucitado.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO
EN LA ORDENACIÓN EPISCOPAL
DE LUIS MARÍN, OSA

(11-04-2021)

Queridos hermanos cardenal Amigo, arzobispo emérito de Sevilla; Manuel Herrero OSA, obispo de Palencia; cardenal Omella; arzobispos y obispos; superior general de los Agustinos, padre Alejandro; provincial de España, padre Domingo; hermanos sacerdotes, religiosos de la Orden de San Agustín; miembros de la vida consagrada...

Deseo tener un recuerdo especial hacia el cardenal Mario Grech, secretario general del Sínodo de los Obispos, que hubiera querido estar aquí entre nosotros presidiendo esta ordenación episcopal.

Querida familia de monseñor Luis Marín de San Martín.

Hermanos y hermanas:

Querido Luis Marín: el Santo Padre, Papa Francisco, te nombró el pasado 6 de febrero obispo titular de Suliana y subsecretario del Sínodo de Obispos. Agradezco al Señor que te ordenes obispo en la Iglesia particular de Madrid, a la que de diversos modos estás vinculado. En esta Iglesia que camina en Madrid naciste un 21 de agosto de 1961 y aquí creciste y te formaste. Estudiaste en el Colegio de San Agustín de esta ciudad y allí conociste a la Orden de San Agustín. El Señor te llamó a ser sacerdote y miembro de los Agustinos. Emitiste los votos solemnes el 1 de noviembre de 1985 y el 4 de junio de 1988 fuiste ordenado sacerdote.

En esta Iglesia diocesana trabajaste entre 1988 y 1990 en los diversos servicios que los obispos pidieron a la Orden de San Agustín. Fuiste destinado a la parroquia de Nuestra Señora de la Vid en San Sebastián de los Reyes, párroco *in solidum* de las parroquias de la zona de Montejo de la Sierra y párroco de la Santa Ana y la Esperanza de Madrid.

Como a san Agustín entre los años 391 y 395, te llegó una etapa de grandes sorpresas. Él era conocido como un gran converso, como profesor ilustre, pero en el año 391, en una celebración dominical, el anciano bispo Valerio anunció la necesidad de ayuda para desempeñar su ministerio. Los fieles de común acuerdo convencieron a Agustín para ser ordenado sacerdote. Él tenía otros proyectos, como establecerse en su monasterio de Tagaste. Pero recordó las palabras del apóstol san Pablo y aceptó: "No vivas para ti mismo sino para aquel que murió por todos" (Cor 5, 15). A ti el Papa Francisco te ha llamado para que seas obispo y asumas la tarea de ser subsecretario del Sínodo de Obispos. Viene bien recordar aquí las palabras de san Agustín en uno de sus sermones: "Yo hice todo lo posible por asegurar mi salvación en una posición humilde para no incurrir en el grave riesgo de una más elevada. Pero como ya os dije, el siervo no debe oponerse a su Señor" (Sermones 355, 2). "El Señor me ha dado un cargo que me impone una estricta rendición de cuentas, un cargo basado en la grandeza del Señor y no en el mérito mío" (Sermones 46, 2).

La Palabra de Dios que se proclama en toda la Iglesia este segundo Domingo de Pascua nos ayuda a entender aún mejor tu llamada y el encargo que el Papa Francisco te entrega como Sucesor de Pedro. Hay tres aspectos fundamentales: el Señor te invita a comenzar un camino, obispo y pueblo; el Señor te manda que repares su casa, y el Señor propone la sinodalidad.

1. Hagamos camino: el Señor hoy te pide e invita a comenzar un camino como obispo con el pueblo real. "El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma" (cfr. Hch 4, 32-35).

Querido Luis, serás obispo junto a pueblo de Dios. Un pueblo que está en camino, que se pone en camino siempre para dar la Buena Noticia, pues este es el mandato del Señor. Es un pueblo al que Dios no abandona. Y no hay identidad plena del ser humano sin esta pertenencia a la que hemos de invitar los que formamos parte del mismo. Qué bien viene escuchar estas palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles: "Los hermanos constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común en la fracción del pan y en las oraciones [...] vivían unidos y lo tenían todo en común, [...] repartían según la necesidad de cada uno". Hay que vivir la primacía de la caridad. No es un sueño, no.

Unidos y convocados a la oración, a celebrar la misma Eucaristía, a alabar, viviendo en la alegría de la Resurrección, compartiendo lo que somos y tenemos según las necesidades de cada uno... Esto fue lo que retomó el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium*. La primacía de la caridad: es así cómo se ha de reflejar la catolicidad y así hemos de recuperar para la Iglesia la noción de *communio*, de la unidad en la diversidad de las iglesias locales. De ahí que obispo y pueblo están unidos, son inseparables. Es urgente recordar que orar por el pastor no es algo anecdótico, es esencial. Como también lo es recordar que el sacerdocio común de todos los bautizados ha de estar en el centro de nuestro modo de vivir la Iglesia. ¡Qué belleza adquiere la Iglesia cuando nos sentimos todos parte del pueblo santo! Para ello el Señor nos da tres tareas: escuchar con constancia la enseñanza de los apóstoles, vivir con intensidad la vida en común, y celebrar la Eucaristía alimentándonos del mismo Señor y firmes en la oración. En estas tareas ha de estar el obispo con el pueblo, con el rostro que este tenga. El Señor nos invita hoy a ti, Luis, y a todos nosotros a asumir la tarea de comprender a nuestro pueblo, sus valores, su corazón, su trabajo, su historia, sus tradiciones.

2. Trabajemos reparando. El Señor te manda que repares su casa: "Conocemos que amamos a los hijos de Dios, si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos" (cfr. 1 Jn 5, 1-6).

Querido monseñor Luis Marín, el Papa Francisco ha puesto en el centro de su ministerio la apasionada unión que hemos de tener y vivir con Jesucristo; una unión que lleva además al amor a los más pobres, a los últimos de la sociedad. Es imposible asumir la tarea de reparar sin este encuentro con el Señor. Lo cual supone hacer propia la espiritualidad del samaritano que, como muy bien explicaba el Papa san Pablo VI, produce "una oleada de simpatía amorosa hacia el mundo". El Papa te entrega una misión como obispo y recuerda que él mismo, cuando asumió su misión como Obispo de Roma, recurrió a las palabras de Jesús a Pedro sobre el amor. Deja que el Señor te las diga a ti hoy y a todos nosotros: "¿Me amas?", "¿me quieres?", "apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". Como subrayaba san Agustín, que nos conozcamos como el Señor nos conoce y que queramos lo que Él quiere.

Además, el Santo Padre te ha dado la misión de ser subsecretario del Sínodo de los Obispos y trabajar junto al cardenal Grech. Como señaló el Concilio Vaticano II, la Iglesia siempre encuentra caminos nuevos para acercarse a todos los hombres y para hacerles descubrir la respuesta a la pregunta del apóstol san Juan: "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?". ¿Qué fuerza ha de tener para ti como obispo trabajar en la Secretaría del Sínodo de los Obispos el tema de la sinodalidad! Desde esa óptica de la sinodalidad, el perfil y la manera de vivir la misión del obispo en la Iglesia local, la misión del presbítero en el corazón de las comunidades parroquiales y la misma formación de los candidatos al ministerio sacerdotal adquieren nuevas perspectivas. El Papa Francisco nos dice que la sinodalidad lleva a la Iglesia unida a crecer en armonía con el servicio del primado. La sinodalidad es el marco interpretativo más adecuado para comprender el ejercicio del ministerio jerárquico en todos los niveles de la vida eclesial. Debemos caminar juntos, laicos, pastores y Papa. Y esto tiene que predicar la Iglesia.

El Papa Francisco, después de imponer los palios a varios obispos del mundo en junio de 2013, habló al hilo del lema Confirmar en la fe, en el amor y en la unidad. Entre otras cosas dijo que confirmar en la fe es un servicio del Sucesor de Pedro y está fundado en la confesión de fe en Jesucristo; que confirmar en el amor

es esa misión de haber sido llamado a dejarse consumir por el Evangelio al servicio del santo pueblo fiel de Dios, y que el palio es signo de la comunión de la Iglesia, una comunión que no significa uniformidad. "Debemos andar por la vía de la sinodalidad, crecer en armonía con el servicio del primado. Debemos permanecer unidos en la diferencia. Este es el espíritu católico, el espíritu cristiano: unimos en las diferencias" (Cfr. EG 117).

Es necesario que asumamos en nuestra vida y misión que la visibilidad y la sacramentalidad de la Iglesia pertenecen a todo el pueblo de Dios (cfr. LG II, 9-14). Qué belleza tienen las palabras del Papa Francisco cuando nos dice que el santo pueblo fiel de Dios es aquel al que, como pastores, estamos continuamente invitados a mirar, proteger, acompañar, sostener y servir.

3. Realicemos una terapia: la sinodalidad. El Señor nos propone una línea de acción a los discípulos: "Paz a vosotros, como el Padre me ha enviado, así os envío yo" (cfr. Jn 20, 19-31).

La sinodalidad es un concepto lleno de significado en el lenguaje teológico, que el Papa ha convertido en santo y seña de la reforma eclesial y misionera de la Iglesia. La Comisión Teológica Internacional nos dio a conocer en el año 2018 un documento importante, La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia. La Iglesia es constitutivamente sinodal: hay que caminar juntos. El camino sinodal comienza escuchando al pueblo, prosigue escuchando a los pastores y culmina escuchando al Obispo de Roma. Una Iglesia en salida es una Iglesia sinodal. El 17 de octubre de 2015, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la institución del Sínodo de Obispos por Pablo VI, el Papa Francisco nos dijo: "El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio".

Para entrar en el camino sinodal es necesario un encuentro radical con Jesucristo. El Papa Benedicto XVI nos recordó que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva". Caminemos juntos para encontrarnos con Jesucristo y entreguemos a Jesucristo. Esto es lo que el Señor nos dice hoy también en el Evangelio (Jn 20, 19-31):

3. A. Acojamos la paz del Señor. El Señor se acerca y nos dice: "Paz a vosotros". Estas son las primeras palabras de Jesús Resucitado a sus discípulos y también a nosotros para hacer un camino sinodal. Estamos necesitados de abrirnos a esa paz que el Señor Resucitado nos ofrece en un mundo en el que hay múltiples conflictos y tremendas violencias. Sin esta paz estamos de noche, tenemos oscuridad. "Al anochecer de aquel día estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo". El miedo inundaba a los seguidores de Jesús. ¡Qué desilusión sentían! El miedo les hizo cerrar las puertas, atrancar puertas. El miedo cierra al Resucitado, que es el que ofrece siempre Vida. El miedo nos cierra a una verdadera transformación y nos hace buscar sistemas defensivos.

3. B. Acojamos su presencia en medio de nosotros. "Y en esto entró Jesús y se puso en medio". Se puso en medio de la comunidad. Toda la comunidad se hace en referencia a Jesús. La noche se convirtió en día. Jesús libera del miedo, de la angustia. Ante su presencia los desencantados recuperan la esperanza. De ahí la urgencia de salir juntos para dar esperanza a todos los hombres. Nos dice "paz a vosotros", que es como si nos dijera: deja tus miedos, deja de dar vuelta a tus debilidades, deja tus tristezas, mantén viva la certeza de que Jesús está en tu presencia...

Les enseñó las manos, que representan la actividad liberadora de Jesús, y el costado abierto, que es símbolo del amor sin límites. Y ellos se llenaron de alegría al ver al Señor. Siempre nos tenemos que preguntar: ¿dónde está la alegría del Evangelio que llena la vida y el corazón de los que se encuentran con Él? (EG). ¿Qué me queda de esa alegría? Solo Él puede llenar nuestro corazón de alegría.

3. C. Acojamos su misión y su envío. Nos dice el Señor: "Como el Padre me ha enviado, así os envío yo". La misión es la tarea urgente de todo discípulo de Cristo; estamos llamados a ser presencia de Jesús en el mundo y a liberar a todos los que encontremos por el camino de las barreras del miedo y del desamor. Y para ello no nos deja solos: "Exhaló su aliento sobre ellos. [...] Recibid el Espíritu Santo"; nos da la fuerza de la Vida, nos impulsa a salir y anunciar esta Vida, el perdón, la paz para el mundo...

3. D. Resolvamos todo con señales evidentes. Hay un caso difícil y problemático: es el caso de Tomás que andaba frustrado y se había apartado de la comunidad. Había puesto en marcha un mecanismo de huida, de evasión ante la frustración. Cuando vuelve al grupo y le dicen que "hemos visto al Señor", la respuesta de quien se había encerrado en un funcionamiento racionalista y se resistía a confiar, fue: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no lo creo". Con Tomás, Jesús hace una terapia de choque: "Aquí tienes mis manos [...] y trae tu mano y métela en mi costado". Así superó todas sus dudas y sus actitudes pragmáticas y racionalistas. Y balbuceó de rodillas: "Señor mío y Dios mío".

Hermanos, Jesús, el mismo que se apareció a los discípulos, se hace presente en el misterio de la Eucaristía. Lo acogemos con alegría y le pedimos que vuelque su gracia y su amor en monseñor Luis Marín. Que su ministerio sea fecundo y que se hagan realidad en su vida los mismos deseos de san Agustín: "Oh, Dios, te he buscado con todo mi corazón, con toda la energía que tú me has dado y he deseado entender todo lo que creo. Oh, Señor, mi Dios, mi única esperanza, escúchame, no permitas que mis afanes sean obstáculo a mi deseo de buscarte y seguir buscando siempre tu rostro. Tú me hiciste para que te encontrara y me diste ánimo para buscarte. Mi fuerza y mi debilidad están en tus manos: preserva mi fuerza y ayuda a mi debilidad. Donde tú has abierto una puerta, déjame entrar, donde esté cerrada, abre cuando yo llame. Ayúdame a progresar recordándote siempre, conociéndote y amándote, hasta que me transformes según tu voluntad" (*De Trinitate* XV, 6, 51).

VIGILIA DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

(25-04-2021)

Querido don José, obispo auxiliar. Queridos vicarios episcopales. Rectores de nuestros seminarios Metropolitano y Redemptoris Mater, misionero. Querido don Antonio que, con la delegada de Juventud de nuestra diócesis, Laura, habéis preparado la Jornada de Oración por las Vocaciones. Queridos jóvenes que nos acompañáis hoy, en nombre de los jóvenes de Madrid, en esta celebración. Hermanos y hermanas todos.

Quiero empezar dando gracias a Dios por esta Jornada que hemos vivido, la 58 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, con ese lema que es una pregunta: «¿Para quién soy yo?». Lo hemos intentado celebrar. Y vosotros, los jóvenes, habéis sido unos protagonistas especiales. Y también los jóvenes que estáis en las diversas comunidades y familias religiosas y carismas trabajando, que no solamente habéis participado en la vigilia de la oración del viernes, sino que habéis estado durante esa noche, y el día siguiente entero, en oración permanente en la capilla de nuestra casa del curso Propedéutico del Seminario.

Yo quiero daros las gracias a todos por esta Jornada. Porque, como discípulos de Cristo, todos necesariamente tenemos que preguntarnos: ¿para quién soy yo?

La vida cristiana es una vocación. Siempre es una llamada. Es una llamada del Señor a una pertenencia: a la Iglesia. Y es una llamada del Señor de hacernos presentes en medio de este mundo, y como miembros de la Iglesia, cada uno, del modo singular en que el Señor nos llama: a la vida consagrada, en la diversidad de carismas que existen y se dan en la Iglesia; a la vida y al ministerio sacerdotal; a crear una familia y, por tanto, al matrimonio... Es una llamada a protagonizar la vida, permaneciendo en esta pregunta: ¿para quién soy yo?

Queridos hermanos: «La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular». Lo hemos recitado juntos en el salmo 117. Lo hemos cantado. Y esa piedra angular es Jesucristo nuestro Señor, que sostiene todo el edificio. Nos sostiene a todos. Y a cada uno de nosotros nos llama a situarnos en la vida con una llamada singular y especial. Esta mañana, todos nosotros le decimos al Señor: te doy gracias, Señor. Eres bueno. Es eterna tu misericordia. Te doy gracias porque tú nos escuchas. Porque eres mi salvación. Y porque además tú me pides también a mí que escuche tu llamada. Todo cristiano tiene una llamada. Una llamada a vivir como laico: unos en la vida del matrimonio; otros de otras maneras; otros radicalizando el misterio de la encarnación y viviendo en una entrega absoluta y total como laicos a Jesucristo nuestro Señor; otros desde un carisma determinado que vamos conociendo, y el Señor nos llama a integrarnos en la vida y en la prolongación de ese carisma; otros al misterio sacerdotal. Tú eres mi Dios. Te doy gracias Señor.

Tres palabras nos ayudan a entender lo que el Señor, en este día, en este domingo, nos dice. Y en esta Jornada. Curaros, identificaros y cuidaros.

Curaros. Cristo es quien nos cura. Y cuando hay este convencimiento de que Cristo es quien nos cura, escuchamos su voz. Escuchamos su llamada. Recordad la primera lectura que hemos proclamado, en la que los apóstoles han hecho un favor a un enfermo: le han curado en nombre de Jesucristo. Aquellas gentes no lo entienden, pero los apóstoles quieren afirmar que es Jesucristo nuestro Señor, el crucificado, el que ha resucitado, por cuyo nombre somos curados. En esta convicción que vivimos todos los que formamos parte de la Iglesia, nos sentimos llamados a

curar, a sanar a todos los hombres; a curar situaciones, a curar personas, a manifestar la presencia del Señor como lo hizo Pedro que, en nombre de todos, y lleno del Espíritu Santo, pudo decir a aquella gente: «¿Porque hemos hecho un favor a un enfermo nos interrogáis? Quede bien claro que ha sido en nombre de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, a quien vosotros matasteis. En su nombre lo hemos curado». Esta es la versión, queridos hermanos y hermanas, que la iglesia, en todas las partes de la tierra, tiene que seguir dando. La versión misma de Jesucristo. La curación y la sanación que entrega el Señor.

En segundo lugar, otra palabra: identificaros. No lo podemos hacer de cualquier manera. Somos hijos de Dios. Qué título más hermoso. Qué título más bello. Somos hijos de Dios. Y nos llamamos y decidimos vivir en esta tierra como hijos de Dios y como hermanos de todos los hombres.

Qué bien nos lo ha recordado el Papa Francisco en la última encíclica que nos ha regalado, *Fratelli tutti*. Hermanos todos. Pero somos hermanos porque somos hijos de Dios. Este es el gran título que nos da. Y el hijo de Dios camina por este mundo y va situándose según la llamada que Él va escuchando de nuestro Señor Jesucristo. Somos hijos de Dios. Y no se ha manifestado lo que seremos. Seremos semejantes a Cristo. Y esa semejanza a Cristo, queridos hermanos, la vamos buscando y la vamos intentando realizar en esta tierra y en este mundo ya: escuchando su palabra, viviendo en comunión con Él, realizando y sintiéndonos Iglesia de Jesucristo. Una Iglesia en la que hay diversidad de carismas, diversidad de funciones, pero todos llamados por nuestro Señor a vivir de una manera determinada. Lo importante es que nos situemos en la vida curando. Y nos situemos en la vida identificados con este título bello que es ser hijos de Dios.

Y, en tercer lugar, la otra palabra es cuidaros. Qué página esta del Evangelio más bella: «Yo soy el buen pastor. Y doy la vida por vosotros». Qué página, queridos hermanos, para meditar. Jesús afirma abiertamente: yo soy el buen pastor. No es un pastor más. Es el pastor verdadero. Hoy quizá nosotros apenas sabemos lo que es un pastor, y mucho menos lo que sería un buen pastor. En tiempos de Jesús, en Palestina, el pastor era casi siempre el dueño de un pequeño rebaño de ovejas, a las que cuidaba como si fueran de su misma familia, y a las que llamaba por su propio

nombre. Todavía hoy, los pastores, cuando salen con el rebaño, llaman a las ovejas por su nombre, y viene la oveja.

En el texto griego de esta página del Evangelio aparece la palabra «kalós», que significa literalmente: hermoso, bueno, verdadero. Jesús es el verdadero pastor. Yo soy. «Kalós» El buen pastor.

Este pastor de la humanidad, esta voz de Jesús, no se ha apagado todavía. El eco sigue golpeando la conciencia de todos los hombres: hombres y mujeres, creyentes y no creyentes. Jesús es el buen pastor. Él ha resucitado. Él es el que puede conducir hasta el redil, hasta la meta, a los hombres. Él es el único capaz de orientar y llenar la vida de sentido. De ahí, queridos hermanos, qué importante es escuchar la llamada del Señor. Qué importante es esta Jornada en la que hemos orado y pedido por las vocaciones. De todo tipo. Porque, como os he dicho: ¿para quién soy yo? Se lo tiene que preguntar todo cristiano. El que va a contraer matrimonio: ¿para quién soy yo? Y ¿qué llamada me hace?

Jesús es el buen pastor. El único que orienta la vida. El único que llena la vida de sentido. Esta fe en Jesús resucitado, como el buen pastor, toma relieve en una sociedad como la nuestra. Como la que estamos viviendo. Donde la persona corre el riesgo de quedar aturdida ante tantas voces y ante tantos reclamos y, sin embargo, los cristianos creemos que solo Jesús puede ser nuestra referencia definitiva, nuestra guía, nuestro pastor.

Hay muchas experiencias educativas en estos momentos. Pero, queridos hermanos, en el abanico que hay, en todas las experiencias, se manifiesta que educamos cuando ponemos en relación al otro con los demás. ¿Y quién es el mejor educador? ¿Quién es el que me abre a mí a todas las perspectivas de la vida? ¿Quién es el que me abre a mí a ayudar? ¿A dar la vida por los demás? ¿A saber pedir perdón? ¿A reconciliarme? ¿Quién es el que me abre a mí a las necesidades más imperiosas que tiene esta sociedad en la que estamos viviendo?. Sin duda, queridos hermanos, es Jesucristo nuestro Señor.

La fe en el resucitado como el buen pastor toma relieve precisamente en esta sociedad en la que estamos. Los cristianos creemos que solo Jesús puede ser solo la referencia definitiva. El guía. El pastor. Porque la relación con Él agranda

nuestro corazón. Nos abre las manos. Damos las manos a todos. Somos hijos de Dios. Somos hermanos.

La cultura en la que estamos inmersos rechaza con el desdén el papel de la oveja y el papel del redil. Sin embargo, nos dejamos guiar fácilmente por todo tipo de manipulación. En esta cultura de la posverdad, hay quienes crean modelos de bienestar y de comportamientos que nosotros seguimos. Vamos tras ellos. Temerosos de no estar al día y de no ser como los otros. Acosados por la publicidad que llega a nuestro corazón y a nuestra vida. Y, sin embargo, queridos hermanos, el buen pastor, que es Jesús, nos propone hacer con Él una experiencia de liberación profunda. ¿Cómo ofrecer esta experiencia de liberación profunda a todos los hombres, queridos hermanos?. Esta es la gran preocupación que tiene que tener la Iglesia: no quedarnos en dimes y diretes, y en cuestiones secundarias, que no nos llevan a ninguna parte. Nos llevan a encerrarnos y a no descubrir la grandeza a la que el Señor nos abre. El buen pastor. Que es Jesús. Que nos propone tener una experiencia de liberación en nuestra propia vida. Pertenecer a un redil no es caer en la alienación. Es entrar en el camino de la libertad y en el camino de la felicidad profunda. Ser miembros de la Iglesia no es un redil cerrado. Entramos todos. Entramos todos para encontrarnos con Jesucristo, que es liberador; que es felicidad; que alcanza las raíces más hondas del corazón del ser humano. Y este buen pastor, como nos decía el Evangelio, da la vida por las ovejas. Es decir, esa manera de hablar del Evangelio expresa el amor incondicional hacia todo ser humano. Y el amor incondicional que los discípulos de Jesús, si entramos en este encuentro con Él, tenemos que tener hacia todo ser humano. Son mis hermanos.

Esto lo ha vivido siempre la Iglesia. Y ha marchado a lugares desconocidos. Para hablarles precisamente a los hombres de que somos hermanos. Da la vida por sus ovejas. ¿La amenaza más profunda de los seres humanos, sabéis cuál es? Siempre, pero más en estos momentos: la ausencia de amor. Y Jesús viene a regalarnos su amor. Quien no se siente amado, se desprecia a sí mismo. Se juzga a sí mismo. Se vuelve duro, consigo mismo y con los demás. Sin embargo, Jesús nos ha dicho: no he venido a juzgar; he venido a servirlos, a quereros, a abrazaros, a amaros. Y os envío a vosotros para que hagáis lo mismo.

El buen pastor conoce a las ovejas. Y las ovejas lo conocen. Esta expresión, «conozco», indica la relación de amor entre Jesús y los discípulos. Conocer quiere decir amar. Es aquel que nos ama a todos. Nos conoce. Nos ama. Y con esta

seguridad tenemos que vivir siempre en la vida. Pero vamos a vivir en este domingo donde el Señor tan claramente nos lo ha dicho a todos nosotros: conozco a las mías, y las mías me conocen. Yo querría haceros esta pregunta, queridos hermanos, que es importante: ¿me siento conocido, es decir, amado, por Jesús? Jesús os quiere. No sois un número. No.

Esta relación de conocimiento-amor es tan profunda que la compara a la que existe entre Él y el Padre. «Lo mismo que mi Padre me conoce y yo le conozco a Él, así hago yo con vosotros». Nos ama como alguien que somos únicos. Su amor está siempre presente en nuestra vida. Ahora que quizá yo pueda poner resistencias a dejarme amar por el Señor. Dejaos querer por Dios. Tened un rato, a ver si podéis. Y, en la soledad de vuestra vida, pensad: Dios nuestro Señor me ama; cuenta conmigo; soy discípulo suyo; me entrega su vida; me la ha dado libremente; me ha dado el verdadero amor, que me libera, y además me envía a buscar a otros. «Tengo además otras ovejas, que no son de este redil». Su amor no excluye a nadie. Y esto a veces esto no lo entendemos los cristianos, ¿lo entendéis? Hacemos apartes: con este no, no es de los míos. Pero, ¿cómo? Pero, ¿no escucháis el Evangelio? Tengo otras ovejas. Y, por muy raras que sean, yo quiero alcanzarlas con el amor de Jesús. A los marginados. A los perdidos. A los indiferentes. A los que incluso están en oposición, e incluso a la propia vida de la Iglesia...

Pastoreamos con Cristo, queridos hermanos. Es verdad. Nos tenemos que preguntar: ¿para quién soy yo? Pero, es verdad: pastoreamos. Pastorear es cuidar. Cuidar la vida de los más vulnerables, cuidar la vida de los hombres. Pastorear es paliar las necesidades de los hombres. Y las necesidades que más tienen los hombres es que se sientan amados, queridos hermanos.

Hoy todos nosotros renovamos esta llamada que el Señor nos hace. Y hoy también pedimos por las vocaciones de especial consagración. Porque necesitamos gente que, dejando todo, sea en la vida laical, sea en la vida consagrada, dejando todo, y haciendo una opción absoluta por el seguimiento del Señor y por mostrar el amor del Señor, se ponen al servicio de los demás para entregar el amor mismo de Dios.

Queridos hermanos: este Jesús no es un teórico. Viene aquí. Se hace presente realmente en el misterio de la Eucaristía. Viene junto a nosotros. Quiere celebrar la

vida. Y quiere celebrar que el amor no es una teoría: es alguien que nos lo quiere entregar a nosotros. Alimentarnos de Jesucristo es alimentarnos precisamente de ese amor. Pero no para retenerlo, sino para darlo. Para entregarlo.

Pidamos por nuestra Iglesia diocesana, desde este templo primero de la diócesis: para que toda la Iglesia que camina en Madrid tomemos hoy conciencia de este buen pastor que nos ama, que se ocupa de nosotros y que quiere alcanzar nuestro corazón para que nosotros alcancemos el corazón de todos los hombres.

Que así sea.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA PREPARACIÓN PARA EL DÍA DE LA CARIDAD

(28-04-2021)

Querido vicario episcopal de Desarrollo Integral, don José Luis. Querido vicario general, vicarios episcopales, deán de la catedral, hermanos sacerdotes.... Queridos diáconos. Querido director de Cáritas, Luis, y equipo de Cáritas que estáis aquí presentes. Hermanos todos que trabajáis en Caritas Diocesana de maneras diversas: las realidades parroquiales y en otros lugares. Me complace con toda sinceridad daros esta tarde la bienvenida y saludos de todo corazón. A todos y cada uno de vosotros y vosotras os agradezco el apoyo que expresáis y manifestáis en esta entrega por hacer visible y cercano el amor de nuestro Señor Jesucristo.

Hemos vivido durante todo este tiempo, ya casi dos años, la pandemia y su tragedia, durante la cual vosotros habéis visto lo que significa la destrucción, no solamente de las vidas de mucha gente, la muerte de mucha gente, sino los sufrimientos diversos que esto trae también, o que ha traído y sigue trayendo la pandemia.

Habéis dado un mensaje a la gente con vuestra vida que yo os agradezco. Un mensaje a toda la gente, porque frente a la tragedia es necesario volver siempre a empezar desde Dios y desde la solidaridad fraterna. Yo os doy las gracias por esto, porque no se puede separar el comienzo siempre desde Dios, y la solidaridad fraterna o la fraternidad. Os lo agradezco de todo corazón. De verdad. No os canséis nunca, queridos hermanos y hermanas, de ser una presencia del amor de Dios: orante, porque esa presencia se hace también desde un diálogo con nuestro Señor, y consoladora también, por apoyar a los hermanos. Os animo a que lo sigáis haciendo. Que el ejemplo también de nuestro Señor Jesucristo, que es el que nos manifiesta en su palabra y nos va a manifestar con su presencia real entre nosotros, nos ayude siempre a ser pobres y necesitados de Dios, a acercarnos a los pobres, a vivir con alegría el amor de Cristo y a Cristo, viviendo nuestra vida en una adhesión sincera y constante al Evangelio de Cristo.

Queridos hermanos, hemos escuchado el salmo que hemos cantado: "Que te alaben los pueblos. Que todos los pueblos te alaben". Y este salmo nos invita a hacernos creíbles. Tenemos que hacernos creíbles ante todos los hombres. Y la credibilidad no viene dada por muchas palabras que demos, sino por la entrega de nuestra vida. Si de verdad estamos entregando la vida, o si guardamos muchas cosas para nosotros mismos. Se trata de hacer de nuestra vida un cántico nuevo. Un cántico que llegue a todos los pueblos. Y con el lenguaje de Dios, que es el amor, que ciertamente lo entienden todos los hombres.

Recordad que en el inicio mismo de la Iglesia se nos habla de que los discípulos se llenaron del Espíritu Santo y Pedro bajó a la plaza, donde había gentes de todos los lugares, modos de hablar distintos, costumbres diferentes... Nos señala el libro de los Hechos diciendo que había partos, medos, elamitas... venidos de Mesopotamia, de Capadocia, de Panfilia, de Cirene... Es decir, a todos había que hacer llegar este amor de Dios. Y lo expresa esa página del libro de los Hechos de una manera bellísima, diciendo que los entendían en su propia lengua. Es esa lengua de la que vosotros sois expertos, queridos hermanos: el lenguaje del amor. De acercar el amor de Dios a todos los hombres. Es un lenguaje que entienden todos los hombres. No importa el idioma en el que hablemos. Ese está inscrito por Dios mismo en el corazón del ser humano, y lo entienden todas las personas.

Esta mañana veía una fotografía de cuando era arzobispo de Oviedo. Me pidieron si podía recibir en mi casa a un obispo y a un imán, porque les iban a

operar de corazón en el Hospital Central de Oviedo, pero tenían que estar 15 días antes de la operación y después otros 15 días también. Yo no tengo ni idea de árabe. Para nada. Pero, queridos hermanos, allí a veces bajaba un médico que era árabe, y era el que hablaba con ellos y nos traducía. Pero todos los días, mientras estuvieron allí, desayunábamos, comíamos y cenábamos. Y llegó un momento en el que nos entendíamos, no digo por señas, pero hasta por la sonrisa, por cómo estábamos... Y hablábamos, pero de otra manera. Es donde yo entendí algo más esta página del Evangelio. Esta página del libro de los Hechos. Es decir: cuando tú te unes a las personas porque las quieres, y las valoras como las valora Jesucristo, ahí nos entendemos todos. Es más: es un lenguaje que además como que lo necesitamos para comunicarnos. Es una necesidad: cuando pruebas ese lenguaje, no lo dejas. Queridos hermanos: yo recuerdo que años después, este obispo, no sé si os acordáis, pero salió en el periódico porque lo habían enterrado vivo en su país, en Asia Menor, y el imán, en un bombardeo, cayó la Mezquita y murió también. Yo sigo teniendo relación con los hijos.

"¡Oh Dios, que te alaben los pueblos". Esto es lo que hace alabar a los hombres.

La palabra de Dios que acabamos de proclamar nos ha hablado de tres aspectos que son especialmente importantes en nuestra vida: la comunión y la misión van unidas; creer e iluminar van juntos también; y no juzgar y salvar es lo más importante y lo más urgente. Así podríamos resumir la palabra que el Señor, en este día, entrega a la Iglesia.

Comunión y misión. Nos lo decía esa primera lectura del libro de los Hechos, donde la palabra de Dios cundía y se propagaba. Y cómo el Espíritu Santo, que trabaja y guía a la Iglesia, y apuesta por mantener viva la misión de la iglesia, dijo: apartadme a Bernabé y a Saulo para la misión que os mando. Una misión de comunión y misión, que es la que tenemos todos nosotros también como discípulos de Cristo. Vivir en comunión. Que no se hace por las ideas, que pueden ser diferentes, opiniones distintas, sobre la misma realidad. Pero lo que sí es verdad es que cuando la comunión se hace en la vida de Cristo mismo, que nos ha sido dada a cada uno de nosotros por el Bautismo, y nos dejamos guiar por la fuerza del Espíritu Santo, naturalmente que salimos rápidamente a la misión. Y salimos a la misión, no para entregar baratijas, sino para entregar el amor del Señor. Y salimos además creativamente. Somos capaces de afrontar situaciones

diversas, diferentes, en momentos distintos. Como habéis sido capaces vosotros de afrontarlo en este tiempo de la pandemia, los que estáis trabajando en Cáritas, en las parroquias, en Cáritas Diocesana... Habéis vivido la creatividad. Porque el amor es creativo. Porque no mira para sí mismo. Mira para los demás. Y mira para la misión, porque mira para hacer creíble la persona de nuestro señor Jesucristo. Gracias, queridos hermanos, por unir comunión con Cristo y misión: son inseparables. No hay misión sin comunión, y no hay comunión verdadera si no se manifiesta en la misión, en la vida, en la realidad de cada persona.

Y para todo esto es necesario, en segundo lugar, creer en el Señor. Para tener luz. Creer e iluminar. Nos lo ha dicho el Señor en esta página que acabamos de proclamar: "El que cree en mí, no cree en mí. Cree en el que me ha enviado". Qué bien nos lo explica el Papa Francisco en la última encíclica que nos ha regalado, *Fratelli tutti*. Creer en Dios. En el Padre. Y precisamente cuando esto se cree, uno descubre que todos los demás son hermanos míos. Todos. Sin excepción. Yo no puedo hacer distinciones: es que este piensa lo contrario... Es tu hermano. Es tu hermano. No le des lo que tú piensas: dale tu amor, que será el amor de Dios. Y cambiaremos este mundo. Dale la luz que viene del Señor. Dale esa luz y esa fuerza que viene de Jesucristo. "El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Estoy en el mundo como luz". Esta es la gran realidad. Haremos la misión, queridos hermanos, y realizaremos la misión, si de verdad creemos en el Señor y tenemos su luz. Si iluminamos. Tenemos que estar como luz en esta tierra en la que aparecen muchas oscuridades. Donde la presencia de los discípulos de Jesús es un signo evidente, o tiene que ser un signo evidente, de la cercanía de Dios a todos los hombres.

No nos movemos por cualquier palabra. Nos movemos por la palabra del Señor. No nos dejamos dirigir por cualquier opinión. Nos queremos dejar dirigir por la opinión que Jesucristo nos da en el Evangelio. Por la palabra que el Señor nos regala en esas páginas maravillosas del Evangelio, que es palabra de Dios. No es palabra de hombre. Que son las realidades mismas de Dios, vividas y experimentadas en este mundo y en esta tierra, y que nos pide a nosotros también que las vivamos y las prolonguemos. "Al que oiga mis palabras y las cumpla, yo no lo juzgo".

Y, en tercer lugar, queridos hermanos, es verdad: hacemos la misión viviendo esa comunión con Jesús, creyendo en Él y dejándonos iluminar por Él. Y lo hacemos,

no viviendo en el juicio, sino en la atmosfera de la salvación. En la atmósfera del amor de Dios. Y esto es importante. No vivir en el juicio. "No he venido para juzgar al mundo", habéis escuchado hace un momento, "sino para salvar al mundo. No he venido para juzgarlo. La palabra que yo he pronunciado: esta es la que juzga". La que nos juzga precisamente es esta que nos dice el Señor: "He venido para salvar". ¿Y cómo ha querido salvar el Señor este mundo? Amándonos. Amando a este mundo. Amando a los hombres. Dando la vida por los hombres. ¿Cómo quiere que prolonguemos esta salvación en este mundo? Amando. Sí. De tal manera, que Cáritas ha de ser una expresión viva, permanente en la vida de la iglesia, de lo que está ofreciendo: el amor mismo de Dios. Nosotros no queremos detenernos en diatribas de no sé qué tipo. Queremos acercar ese amor de Dios especialmente a quienes más lo necesitan, a los que más vulnerabilidad tienen en la vida. Queremos darlo de primera mano. Y esto es lo que estáis haciendo vosotros. No sois unos teóricos del amor de Dios, sino que queréis aproximarlos, organizadamente, como tiene que hacerlo la Iglesia siempre.

"Yo, nos decía el Señor, no he hablado por cuenta mía. No. Hablo porque el Padre me ha ordenado lo que he de decir, y cómo lo he de hablar". Es precioso ese capítulo que tiene el Papa en *Fratelli tutti*, cuando coge la parábola del Buen Samaritano. Como esa pedagogía que nosotros tenemos que tener en la vida para estar en este mundo. Es la pedagogía del amor de Dios. Es la pedagogía que yo, en este curso, os he querido entregar en la carta pastoral *Quiero entrar en tu casa*. Es decir: quiero entrar en tus caminos. Pero quiero entrar en tus caminos, no de cualquier manera. Quiero entrar como entró el samaritano. No pasando de largo, sino deteniéndome en aquellos que están sufriendo más. Como aquel que estaba tirado y a quien nadie hacía caso, y que pasaban de largo. Este momento que hemos vivido, y que estamos aún viviendo de la pandemia, es un momento especialmente precioso para no pasar de largo. Para detenernos ante aquellos que más estaban padeciendo esta situación. Y, entrando en esos caminos, atendiendo a todos los que las consecuencias de esta pandemia está afectando: en su vida familiar, en su trabajo, en su... en tantas cosas que afectan. Nos detenemos, nos acercamos, lo miramos, lo curamos, lo vendamos, lo tomamos en brazos, le prestamos nuestra cabalgadura, lo llevamos a un lugar donde pueda ser curado, donde reciba ese amor de Dios que es el que cura, donde experimente que no está solo en la vida sino que está con alguien que tiene un interés especial por él. Expresando, a través de nosotros, el interés, la cercanía y el amor que Dios tiene por todos los hombres.

Queridos hermanos: yo quiero daros las gracias de verdad. Con sinceridad. Y animaros también a seguir creciendo en nuestra iglesia diocesana en ese regalo del amor mismo de Dios; en ese estar cerca de los que más necesitan; en ese contagiar la alegría de ese amor de Cristo. Porque esto es responder con generosidad al deseo de Dios. Y esto supone tener una adhesión sincera al Evangelio. Yo quiero esta tarde invocar sobre todos vosotros, sobre nuestra Cáritas Diocesana, sobre todo lo que significa Cáritas: sus obras, las personas... sobre todos, invocar la luz y la fuerza del Espíritu. Sí. Invocar esa luz que viene del Señor. Esa luz que vamos a encontrar dentro de un momento con Cristo, que se hace presente aquí. Esa luz que entra en nuestra vida cuando nos alimentamos de Él y yo puedo decir: "No soy yo, es Cristo quien vive en mí". Esa luz que yo encuentro también en cada persona que me encuentro en la vida, y que necesita de esa luz que yo tengo para seguir caminando. Que quizás es simplemente mi cercanía. Pero que puede ser también prestarle lo que necesite para seguir viviendo y caminando.

Esa es la luz que pedimos al Señor. Y eso es entender de verdad lo que significa lo que hace pocos días aquí escuchábamos: "Yo soy el Buen Pastor". No es un pastor más, Jesús. Y todos los discípulos de Jesús pastoreamos: nos pastoreamos los unos a los otros. Sí. El texto griego dice la palabra "kalós", que significa "hermoso", "bueno", "verdadero". Jesús es el verdadero pastor. Y acercar la presencia de Jesús es acercar a ese buen pastor. A ese buen pastor que quiere quitar todos los golpes que hoy sienten personas, hombres y mujeres, creyentes y no. Esos golpes que sienten en sus vidas, y que necesitan la cercanía del Resucitado. De ese que puede conducir a ese redil del que nos habla el Evangelio. Este Jesús que aporta la alegría. Este Jesús en la cultura en la que estamos inmersos, que a veces es una cultura que pasa de mucha gente. Hay modelos de bienestar y comportamientos que no son del Buen Pastor. Los comportamientos del Buen Pastor son: acercarse y regalar la vida. Detenerse. Hacerse hermano. Dar la mano. Poner el corazón. Que todo esto nos lo conceda el Señor a toda nuestra Cáritas Diocesana.

Os doy las gracias, de verdad. Porque hay motivos para dar gracias a Dios, porque vosotros manifestáis esa cercanía de Jesús en medio de todo nuestro territorio, de nuestra diócesis. Y, además, no hacéis distinciones: se lo acercáis a quien lo necesita. No preguntáis: simplemente, creéis que el ser humano es hijo de Dios. Y es mi hermano. Que así sea.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETO

***CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid***

Transcurridos los tres años de duración del cargo de Arcipreste, según los Estatutos de los Arciprestazgos de la Archidiócesis de Madrid (art. 7), y teniendo en cuenta la importancia que el Arciprestazgo tiene en el desarrollo pastoral y canónico de la Diócesis, puesto que favorece la participación en la vida de la misma, y es instrumento de coordinación de las actividades pastorales diocesanas, por el presente Decreto

CONVOCO

a las preceptivas votaciones para la elaboración de las ternas de candidatos al oficio de Arcipreste, que se han de regir por las normas establecidas en el Derecho

Canónico (cc. 158 § 2 y 165 - 179 CIC), los Estatutos de los Arciprestazgos de la Archidiócesis de Madrid (arts. 4 y 6, B.O.A. año 2004, pp. 481-497) y por las siguientes disposiciones:

1. En cada uno de los Arciprestazgos de la Archidiócesis, mediante votación, se elaborará la terna preceptiva para la posterior designación de nuevo Arcipreste por parte del Sr. Arzobispo (art. 4 de los Estatutos).
2. Las votaciones tendrán lugar antes del próximo día 21 de mayo.
3. La Presidencia de la mesa de votación corresponde al Vicario Episcopal respectivo o a un delegado suyo, el cual será ayudado por dos sacerdotes escrutadores y un secretario (art. 6 § 2 de los Estatutos).
4. Tienen derecho a voto:
 - a. Todos los sacerdotes diocesanos o extradiocesanos que, con nombramiento oficial, desempeñen un oficio parroquial en el arciprestazgo.
 - b. Los sacerdotes que, con licencias en la archidiócesis o con oficio diocesano, residan en el arciprestazgo, siempre que asistan habitualmente a las reuniones arciprestales y no voten en ningún otro arciprestazgo (art. 6 § 3 de los Estatutos).
5. Podrán ser elegidos para formar parte de la terna los sacerdotes comprendidos en el número anterior, excluidos los que no tengan oficio parroquial o diocesano en el arciprestazgo (art. 6 § 4 de los Estatutos) y los que sean arciprestes por tres trienios consecutivos (art. 7 de los Estatutos).
6. Para la formación de la terna se votará por separado cada uno de sus miembros, según lo establecido en el canon 119, 1º (art. 6 § 5 de los Estatutos).

7. Los Vicarios episcopales convocarán a los sacerdotes con derecho a voto para que lo ejerzan en el ámbito del Arciprestazgo respectivo, de acuerdo con las normas citadas en el presente Decreto.
8. Los sacerdotes que se encuentren impedidos podrán enviar su voto en sobre cerrado al Presidente de la mesa de votación. En el exterior de cada uno de los sobres se hará constar "primera votación", "segunda votación" y "tercera votación", en referencia a las tres votaciones necesarias para elegir por separado a cada miembro de la terna. Si en alguna de las votaciones fuese necesario más de un escrutinio para alcanzar el número de votos requerido, el voto por correo sólo se admitirá para el primer escrutinio. Los sobres con el voto se introducirán en otro en el que conste el nombre del elector (art. 6 § 6 de los Estatutos).
9. Delego en el Vicario General Moderador de Curia para que coordine, interprete la legislación existente al efecto y ponga en marcha todo lo necesario para la realización de las citadas votaciones.
10. Una vez finalizada la votación, el acta con los nombres que forman la terna y los votos obtenidos por cada uno será enviada inmediatamente al Canciller-Secretario de la Archidiócesis, firmada por los miembros de la mesa, para los trámites correspondientes (art. 6 § 7 de los Estatutos).

Dado en Madrid, a veintisiete de abril de dos mil veintiuno.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DECRETO

***CARLOS, del título de Santa María in Trastevere,
Cardenal OSORO SIERRA,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica,
Arzobispo Metropolitano de Madrid***

Vista la solicitud del P. José Granados García, Superior General del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María*, con sede principal en la diócesis de Cuenca, en la que pide el traslado de dicha Sede a la Archidiócesis de Madrid.

Habida cuenta de que es en esta Archidiócesis donde la vida y a actividad apostólica de este Instituto se ha concentrado y que es aquí donde tiene su sede principal la Asociación Pública de Fieles *Familias de Betania*, asociada al Instituto; que es aquí donde tienen su sede los colegios *Stella Maris* y *Stella Maris College*, que atiende y dirige este Instituto; que es aquí donde tiene encomendada la parroquia de *Santa Josefa del Sagrado Corazón* y donde colaboran como capellanes de la

Comunidad de Formación de la Compañía del Salvador y de la Congregación Mariana Mater Salvatoris.

Teniendo presente que el pasado 18 de febrero de 2021, en sesión extraordinaria del Consejo General de los *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María*, se aprobó por unanimidad solicitar el traslado en cuestión.

Obrando en mi poder el Decreto del Sr. Obispo de Cuenca, de fecha 16 de marzo de 2021, en el que autoriza el traslado de la sede principal del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María* de la Diócesis de Cuenca a la Archidiócesis de Madrid, por el presente

DECRETO

la autorización del traslado de la sede principal del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María* de la Diócesis de Cuenca a la Archidiócesis de Madrid.

Ordeno comunicar este Decreto al Sr. Obispo de Cuenca y al Presidente del Instituto Religioso de derecho diocesano *Discípulos de los Corazones de Jesús y de María*.

Consérvese copia en el archivo de la Curia diocesana y publíquese en el Boletín Oficial de la Archidiócesis.

Dado en Madrid a diecinueve de abril de dos mil veintiuno.

† Carlos Card. Osoro Sierra,
Arzobispo de Madrid

Por mandato de Su Emcia. Rvdma.
Alberto Andrés Domínguez
Canciller-Secretario

DEFUNCIONES

– El domingo 28 de febrero falleció en Madrid el hermano capuchino JOSÉ MANUEL TEJA FERNÁNDEZ. Natural de Noja (Cantabria), hizo la profesión temporal en Bilbao en 1950. Después de pasar por varios conventos de la Provincia de Castilla, en 1960 pidió a los superiores marchar a Venezuela. Desde 1961 al año 2000 permanece en el Vicariato Apostólico de Tucupita, en los caños del río Orinoco, trabajando por el desarrollo humano y cristiano de los indígenas. Después de hacer el curso de Formación Misionera en Madrid, en 2001 marcha al Vicariato Apostólico de Caroní, en la Gran Sabana (Venezuela). Aquejado por enfermedades, ingresa en San Antonio de Cuatro Caminos, donde permanece hasta su fallecimiento.

– El jueves 15 de abril falleció en Madrid el sacerdote P. JUAN VELASCO ROBLA, religioso paúl, a los 71 años. Natural de Bienvenida (Badajoz), ingresó en la Congregación de la Misión el 27 de septiembre de 1966, en Cuenca.

Ordenado sacerdote el 19 de diciembre de 1975 en Écija (Sevilla), en la actualidad era vicario parroquial de la basílica de La Milagrosa. Además, llevaba unos años residiendo en la comunidad de los paúles de García de Paredes, donde ejerció los servicios de asesor de Juventudes Marianas Vicencianas y delegado de Pastoral Vocacional, entre otros.

– El sábado 17 de abril falleció en Madrid D. ANTONIO ARDILA, padre de D. Francisco Javier Ardila, párroco de Nuestra Señora del Pino.

– El lunes 19 de abril falleció en Madrid D. BERNARDO NOGUERO MARTÍNEZ, a los 69 años de edad, padre del sacerdote Alberto Nogueru López, vicario parroquial de la parroquia del Espíritu Santo, que anteriormente trabajó en el Arzobispado de Madrid como adjunto a la Asesoría Canónica y posteriormente como notario en el Tribunal Eclesiástico de Madrid.

– El lunes 26 de abril falleció en Madrid el sacerdote D. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ MARTÍNEZ, a los 76 años de edad. Ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1968 en Sigüenza, era diocesano de Madrid. Fue vicario parroquial de Nuestra Señora de la Soledad, de Torrejón de Ardoz (1979-1990); vicario parroquial de María Mediadora (1990-1991); párroco de Patrocinio de San José (1991-2004); arcipreste de San Pablo (1997-2000); profesor de Religión en IES Cardenal Herrera Oria (2000-2010), y vicario parroquial de María Reina y San Buenaventura (2004-2016).

– El viernes 30 de abril falleció el sacerdote D. JULIÁN MANUEL ARIAS SERRANO, a los 73 años de edad. Natural de Medina del Campo, fue ordenado sacerdote el 3 de julio de 1974 en el Valle de los Caídos. Diocesano de Madrid, fue vicario parroquial de María Madre del Amor Hermoso (1985-1996); vicario parroquial de San Sebastián Mártir, de Carabanchel (1996-1998); vicario parroquial de Nuestra Señora de Valvanera, de San Sebastián de los Reyes (1998-2000), y capellán de las cistercienses calatravas de Moralarzal (2002-2010). En la actualidad era capellán de la residencia Fundación Santísima Virgen y San Celedonio, desde 2010.

– El viernes 30 de abril falleció el sacerdote D. LUIS ALBERTO HERNÁNDEZ MENA, a los 76 años de edad. Natural de Linares, fue ordenado sacerdote el 27 de febrero de 1982 en La Laguna (Tenerife). Diocesano de Madrid, fue capellán del Hospital Clínico San Carlos (1997-2014); colaborador de Nuestra Señora del Buen Suceso (2000-2001), y vicario parroquial de Nuestra Señora de la Luz (2001-2005). Desde 2014, estaba adscrito a San Miguel Arcángel de Moralarzal.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él, la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

– El día 17 de abril de 2021, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzbispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado, a los religiosos

- **Carlos Alfonso Diego Gutiérrez, C.SS.R.**
- **Joaquín García-Romanillos Henríquez de Luna, C.SS.R.**
- **Álvaro Ortiz Jiménez de Cisneros, C.SS.R. y**
- **Guillermo Javier Rejas Thomas, C.SS.R.**

– El día 24 de abril de 2021, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzbispo de Madrid, confirió, en la Parroquia de Santa María de Caná, de Pozuelo de Alarcón (Madrid), el Sagrado Orden del Presbiterado, al **Rvdo. P. Ignacio María Rubio Hípola, L.C.**

ACTIVIDADES CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

ABRIL 2021

Día 1, jueves.

- Celebra el Jueves Santo con los presos en la cárcel de Soto del Real.
- Celebra en la catedral de la Almudena la Misa de la Cena del Señor, emitida por la 2 de TVE.
- Visita la Hermandad de Jesús el Pobre, en la parroquia San Pedro el Viejo, Jesús del Gran Poder y María Santísima de la Esperanza Macarena, en la Colegiata de San Isidro, el Santo Entierro y María Santísima de los Siete Dolores, en la parroquia de Santa Cruz.

Día 2, viernes.

- Por la mañana visita la Hermandad del Silencio, Cofradía Santísimo Cristo de la Fe, en la Iglesia del Santísimo Cristo de la Fe, Ntra. Sra. de la Soledad y del Desamparo, en la Iglesia de la Concepción Calatrava, y el Cristo de Medinaceli en la Basílica de Jesús de Medinaceli
- A continuación, imparte el Sermón de las Siete Palabras desde la Basílica de Jesús de Medinaceli, retransmitido por Telemadrid.

- Por la tarde celebra en la catedral de la Almudena la ceremonia de los Oficios de la Pasión, emitidos por la 2 de TVE.
- Visita la Hermandad del Divino Cautivo, en la parroquia de San Sebastián, y la Real Congregación del Santísimo Cristo de la Fe, el Cristo de los Alabarderos, en la Iglesia Castrense.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración "Adoremus" con los jóvenes, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 3, sábado.

- Preside en la Catedral la Vigilia Pascual, emitida por la 2 de TVE.

Día 4, domingo.

- En la catedral de la Almudena preside la Eucaristía del Domingo de Pascua de Resurrección, retransmitida por Telemadrid.

Día 5, lunes.

- En la parroquia Santa María del Camino celebra una Misa funeral por el sacerdote Rubén Pérez Ayala.

Día 6, martes.

- Se reúne con el Director de Medios de Comunicación de la Diócesis, en el Palacio Arzobispal.

Día 7, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva de la CEE.

Día 8, jueves.

- Bendice la nueva sede del Consejo General del Notariado y comparte algunas de las actuaciones que está impulsando este Consejo, especialmente aquellas más vulnerables de protección.

Día 9, viernes.

- Tiene entrevistas en el Palacio Arzobispal.

Día 10, sábado.

- Participa en el encuentro convocado por la Delegación de Juventud cuyo lema es: "Descifrando la juventud".

Día 11, domingo.

- Preside en la catedral de la Almudena la Eucaristía de ordenación episcopal de Mons. Luis Marín de San Martín, o.s.a., Subsecretario del Sínodo de los Obispos, emitida por TRECE.

Día 12, lunes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde presenta el libro "Mi maestro fue un preso" coordinado por José María Rodríguez Olaizola, SJ, por videoconferencia.

Día 13, martes.

- Continúa la reunión del Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.

Día 14, miércoles.

- Preside la Eucaristía con las religiosas de la Asunción, y mantiene un encuentro con la hermana Rekha Chennattu, superiora general de la congregación, de visita en Madrid.
- Participa en la presentación virtual del libro "Pilar Bellosillo, nueva imagen de mujer en la Iglesia", organizada por la presidenta de Acción Católica General, Eva Fernández Mateo.

Día 15, jueves.

- En la sede de Acción Social Empresarial (ASE), participa en un coloquio virtual sobre "La importancia de los valores en el mundo empresarial para la salida de la crisis".
- Administra el sacramento de la Confirmación a alumnos del Colegio Arzobispal-Seminario Menor, en la capilla del Seminario Conciliar.

Día 16, viernes.

- En el colegio María Cristina dirige un saludo pascual a los alumnos y profesores de todos los colegios diocesanos.

Día 17, sábado.

- Preside la Eucaristía en la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro con ordenación diaconal de cuatro religiosos redentoristas.

- Participa de manera virtual en la XII Vigilia de oración con los que sufren la crisis, con el lema: "¿Acompañamos en la esperanza?".
- Preside el rito de admisión a Órdenes Sagradas en el Seminario Conciliar.

Día 18, domingo.

- En la catedral de la Almudena preside la Eucaristía.

Día 19, lunes.

- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.
- Por la tarde preside junto con la Academia de Líderes Católicos Latinoamérica el encuentro "III Diálogos de Madrid - Vacunación universal solidaria".

Día 20, martes.

- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.

Día 21, miércoles.

- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.
- Al finalizar la tarde se reúne con el Patronato de la Fundación Pablo VI.

Día 22, jueves.

- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.

Día 23, viernes.

- Participa en la Asamblea Plenaria de la CEE.
- Al finalizar la tarde preside en la Catedral la Vigilia de Oración con la que se inaugura en Madrid la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Jornada por las Vocaciones Nativas.

Día 24, sábado.

- Por la mañana, preside en la catedral de la Almudena el funeral por D. Tomás Juárez García-Gasco.
- A continuación, ordena presbítero al legionario de Cristo Ignacio María Rubio en la parroquia de Santa María de Caná de Pozuelo.

- Por la tarde en el colegio San Ignacio de Loyola de Torrelodones interviene en una reunión con los miembros del Consejo de Pastoral de la Vicaría VII.

Día 25, domingo.

- Preside en la Catedral la Misa de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones y Jornada por las Vocaciones Nativas.

Día 26, lunes.

- Se reúne con la Comisión de la Comunión Eclesial de la Diócesis en el Arzobispado.

Día 27, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Por la tarde administra el sacramento de la Confirmación a alumnos del Real Colegio Escuelas Pías de San Fernando de los padres Escolapios, de Pozuelo de Alarcón.
- A continuación, visita a los voluntarios de Cáritas parroquial de la parroquia Nuestra Señora del Carmen de Pozuelo-Estación.

Día 28, miércoles.

- Por la mañana se entrevista con los diáconos que van a ser ordenados presbíteros en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde tiene una reunión con el Consejo General de Cáritas Diocesana de Madrid y preside en la catedral de la Almudena la Eucaristía, con voluntarios como preparación al Corpus Christi o Día de Caridad.

Día 29, jueves.

- Por la mañana se entrevista con los diáconos que van a ser ordenados presbíteros en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Económico en el Seminario Conciliar.

Día 30, viernes.

- En el Arzobispado tiene una entrevista con Dña. Maite Araluce Letamendia, presidenta de la Asociación Víctimas del Terrorismo y su equipo.
- Seguidamente, recibe a Dña. Marisol Tormo, Presidenta de Vida Ascendente de Madrid.
- A continuación, se reúne con el Colegio de Consultores.
- Por la tarde, en la parroquia Santísimo Cristo de la Victoria, preside la Misa de acción de gracias por la beatificación de José Gregorio Hernández, primer laico venezolano elevado a los altares.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

**MENSAJE DE FELICITACIÓN, EN LATÍN,
DEL SANTO PADRE EL PAPA FRANCISCO,
A MONS. JUAN ANTONIO REIG, CON OCASIÓN DE
SUS BODAS DE PLATA EPISCOPALES
Y DE ORO PRESBITERALES**

*Venerabili Fratri
IOANNI ANTONIO REIG PLÁ
Episcopo Complutensi*

mox argenteum ordinationis episcopalis iubilaeum, proxime etiam quinquagesimum annum a presbyterali ordinatione celebranti, fraterne utrumque eventum gratulamur, memores eius studii pastoralis expleti pro bono fidelium dioecesis Complutensis, sed etiam pro familiis, nascituris omnibusque infirmis tuendis in universa Hispania atque pro laicorum apostolatu fovendo. Dum vero, intercedentibus Beata Maria Virgine, sanctis Ioanne Baptista, Ioanne Apostolo necnon Antonio, consolationem ex vera fide catholica manantem ominamur, Apostolicam Nostram Benedictionem ei eiusque gregi et propinquis libentes impertimur, preces pro Nostro Petrino ministerio expostulantes.

Datum Romae, Laterani, die XVIII mensis Martii, anno MMXXI.

Francisco

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL DEL MENSAJE ANTERIOR

*AL VENERABLE HERMANO
JUAN ANTONIO REIG PLÁ,
Obispo de Alcalá de Henares,*

cuando está a punto de celebrar el jubileo de plata de su ordenación episcopal, y próximamente también el quincuagésimo año de su ordenación presbiteral, lo felicitamos fraternalmente por ambas efemérides, recordando el cumplido desempeño de su misión pastoral por el bien de los fieles de la diócesis alcalaína, pero también en defensa de las familias, de los niños por nacer y de todos los débiles en España entera, y a favor del apostolado de los laicos. Y al tiempo que le deseamos el consuelo que mana de la verdadera fe católica, con la intercesión de la santa Virgen María y de los santos Juan el Bautista, Juan el Apóstol y Antonio, impartimos gustosamente nuestra bendición apostólica para él, para su grey y para sus allegados, rogándole sus oraciones por nuestro ministerio petrino.

Dado en Roma, en Letrán, el día 18 del mes de marzo del año 2021.

Francisco

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

SAGRADAS ÓRDENES

PRESBITERADO

– El día 24 de abril de 2021 el Excmo. y Rvdmo. D. Juan Antonio Reig Pla confirió el Orden del Presbiterado, en la Catedral Magistral de Alcalá de Henares, a los diáconos:

- Rvdo. Sr. D. Gabriel RINCÓN CASTELBÓN
- Rvdo. Sr. D. Pablo FRAAMORES
- Rvdo. Sr William Andrés ESPARZA RAVE, S.H.M.
- Rvdo. Sr Jorge PELÁEZ PÉREZ, C.O.

ACTIVIDADES SR. OBISPO. ABRIL 2021

1 Jueves

JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en la Santa e Insigne Catedral-Magistral Misa de la Cena del Señor.

2 Viernes

VIERNES SANTO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

"Colecta por los Santos Lugares"

* A las 17:00 h. Oficios en la Catedral-Magistral.

3 Sábado

SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR

Desde la Vigilia TIEMPO PASCUAL

* A las 20:30 h. Santa Vigilia Pascual en la Santa e Insigne Catedral - Magistral; el Sr. Obispo administra los Sacramentos de Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) a adultos.

4 Domingo

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

5 Lunes

De la Octava de Pascua

6 Martes

De la Octava de Pascua

7 Miércoles

De la Octava de Pascua

* A las 11:00 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

8 Jueves

De la Octava de Pascua

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

9 Viernes

De la Octava de Pascua

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:40 h. en la Casa de Ejercicios San José de El Escorial Santa Misa con Proyecto Amor Conyugal.

10 Sábado

De la Octava de Pascua

* Por la mañana Escuela de Liturgia en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:05 h. en la Casa de Ejercicios San José de El Escorial charla sobre el perdón con Proyecto Amor Conyugal.

11 Domingo

II DE PASCUA O DE LA DIVINA MISERICORDIA

XXV Aniversario Litúrgico de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, II Domingo de Pascua de 1996)

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral, con los colaboradores del Centro Diocesano de Orientación Familiar Regina Familia.

* A las 17:30 h. Oración Diocesana de Familias en la Parroquia de San Bartolomé de Alcalá de Henares.

13 Martes

A las 20:00 h., en la parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Torrejón de Ardoz, Rito de Entrega de Biblias a una comunidad del Camino Neocatecumenal.

14 Miércoles

Aniversario de la Consagración Episcopal del Sr. Obispo (Segorbe, 1996):

Bodas de Plata Episcopales

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

15 Jueves

* A las 11:00 h. Visita en la Nunciatura, en Madrid, al Sr. Nuncio Apostólico de Su Santidad.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Civitas Dei Aula Cultural Cardenal Cisneros. ""El agua pura de mi pobreza". El recorrido humano de la poetisa Ada Negri", por Carmen Giussani, directora de la revista Huellas.

16 Viernes

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

17 Sábado

* A las 17:00 h. con la ponencia, por videoconferencia, "La familia, luz del mundo", cierra la XI edición del Congreso de Familias y Docentes Católicos "La familia, luz en la oscuridad del mundo", organizado por la fundación Educatio Servanda.

18 Domingo

III DE PASCUA

* En Cocentaina, por la tarde Santa Misa y Vísperas en la Parroquia de Santa María.

19 Lunes

* En Cocentaina, por la mañana Santa Misa solemne, en la Parroquia de Santa María, por la fiesta de la Patrona la Virgen del Milagro.

20 Martes

* En Cocentaina, fiesta de la Hermandad de Sacerdotes y Religiosos de Cocentaina.

21 Miércoles

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española por videoconferencia.

* Reuniones por videoconferencia, las 16:30 h. con la Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida y a las 18:30 h. con la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.

* A las 20:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal, Santa Misa con Profesión de Fe de los Ordenandos.

22 Jueves

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española por videoconferencia.

23 Viernes

* Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española por videoconferencia.

24 Sábado

* A las 11:00 h. Ordenación de Presbíteros en la Catedral-Magistral.

25 Domingo

IV DE PASCUA

"Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones"

"Jornada y Colecta de Vocaciones Nativas"

Aniversario de la toma de posesión de Mons. Juan Antonio Reig Pla como Obispo de Alcalá de Henares (2009) (XII Aniversario)

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral con participantes en una reunión de jóvenes sobre el amor humano.

* A las 17:00 h., en las Carmelitas de "la imagen" de Alcalá de Henares, Santa Misa funeral y entierro de la Hna. Carmen Teresa.

27 Martes

* A las 11:00 h. Jornada Sacerdotal en la Catedral-Magistral.

28 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

29 Jueves

Santa Catalina de Siena, virgen y doctora, patrona de Europa

* A las 12:30 h. Santa Misa por el patrón de Anchuelo, San Pedro mártir de Verona, en la Parroquia Santa M^a Magdalena.

* A las 20:30 h. en la Catedral-Magistral concierto (Coro Universitario).

30 Viernes

San Pío V, papa

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:00 h. en el Palacio Arzobispal reunión para iniciar un grupo de teatro sacro.



Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

Homilía del obispo D. Ginés García Beltrán,
el Jueves Santo, en la Cena del Señor,
celebrada en la Catedral Santa María Magdalena,

Getafe, el 1 de abril de 2021

Actualizamos en esta celebración el momento de la Última Cena de Jesús con sus discípulos, y no solo los gestos, sino también su contenido y los frutos que la acción de Jesús produce en nuestra vida.

Hoy es el día de la Eucaristía, es el día del amor fraterno, y es el día de la institución del sacerdocio. Jesús nos regala el don de su presencia eucarística por el ministerio sacerdotal, “haced esto en memoria mía”, y nos deja el ejemplo de una vida entendida como servicio, una vida que no es para guardársela, sino para entregarla.

1. “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?”, les dice Jesús a sus discípulos después de lavarles los pies. Quizás no habían entendido nada, al menos así lo muestra la actitud de Pedro; Jesús les invita a seguir su ejemplo. Lo que ha

hecho es un signo para que los Apóstoles lo repitan; más aún, para que vivan según este ejemplo. Podemos decir que la vida de Jesús, sus gestos y lo que ellos necesitan tiene un carácter configurador para el cristiano. Los cristianos nos configuramos en la Eucaristía que es presencia salvadora, comunión con el misterio de Cristo, y fuente de caridad que convierte la vida en un servicio en favor del hermano.

¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?, nos dice también hoy a nosotros el Señor.

¿Realmente llegamos a comprender el gran don de la Eucaristía?, ¿comprendemos lo que significa e implica lavar los pies a los hermanos? Es difícil de comprender si no lo hacemos desde la lógica divina, si no lo hacemos desde el corazón de Cristo. Aquí comprender no es tener conocimiento intelectual, saber mucho, sino vivir, gustar, experimentar, como dice el salmista: “Gustad y ved que bueno es el Señor”. Hoy se nos invita a entrar en el misterio que se hizo presente aquella tarde en el Cenáculo de Jerusalén, y desde entonces se hace presente en cualquier lugar donde se repiten las palabras y los gestos del Señor.

2. El misterio de la Eucaristía, como toda la vida de Cristo, solo se puede entender desde las palabras con las que el evangelista san Juan comienza en el evangelio el libro de la Gloria: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. Sí, la Eucaristía es la expresión del amor hasta el extremo, porque “no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). La Eucaristía es el memorial de esa entrega, entrega que se hizo realidad en el sacrificio de Cristo en el Calvario; cada vez que celebramos la Eucaristía se actualiza y se hace presente la entrega de Cristo en la Cruz, y en ella recibimos toda la gracia que se nos ha dado en el cuerpo entregado del Señor y en su sangre derramada.

La Eucaristía no es solo un recuerdo, o un signo, es realidad, es Cristo muerto y resucitado; en la Comunión recibimos realmente a Cristo. La Eucaristía es también el gran sacramento de la esperanza cristiana, es el grito del pueblo que espera y pide la vida que no se acaba, la resurrección de entre los muertos. Por eso, en la Misa, después de la consagración, el sacerdote proclama: “Este es el sacramento –Misterio- de nuestra fe”, a lo que el pueblo responde con unas palabras que son aclamación orante: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!”. Y en la misma esperanza san Pablo dice a los Corintios: “Por

eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva” (I Cor 11,26).

3. Celebrar la Eucaristía cambia la vida porque cambia la lógica misma de la existencia, invierte los valores del mundo. Después de celebrar la Eucaristía no podemos vivir ya para nosotros mismos, no podemos construir nuestra existencia sobre nuestros intereses ni deseos; el Yo no es ni el centro ni lo primero, no podemos ambicionar una vida centrada en mi seguridad, mi comodidad, mi bienestar. El Cenáculo no es el lugar del amo sino del siervo. Jesús nos ha dicho claramente en el Evangelio: “Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis” (Jn 13,15). Por eso, la lógica eucarística es el lavatorio de los pies.

Es impresionante ver a Jesús arrodillado delante de los discípulos, arrodillado delante de cada uno de nosotros. Mira a Jesús arrodillado delante de ti, a Jesús que quiere lavarte los pies. Mira su humildad. Aprendamos, queridos hermanos, del ejemplo de humildad de Jesús.

La humildad es esencial a la fe, solo con humildad podemos acercarnos a Dios y creer en Él. Sin humildad no reconoceré nunca que no puedo abarcar el misterio insondable de Dios, ni mis propios límites; sin humildad no podré vivir la fe en medio de un mundo que no reconoce a Dios, que se cree poderoso y por eso no necesita a Dios. La soberbia es el mayor obstáculo para llegar a Dios. Esto lo podemos decir también de la caridad, sin humildad no hay caridad, no se hace caridad desde arriba, no hay caridad virtual; la caridad es cercanía, es caminar al lado del otro, es ponerse en su piel y tomar su mano, la caridad es compasión, y para ser compasivos hay que ser humildes.

“Solo donde hay humildad se puede respirar, porque el hombre hace entonces donación de sí mismo, porque puede creer y puede amar; porque encuentra la valentía para servir, también allí donde no obtiene nada a cambio y ninguna ley le exige que lo haga” (J Ratzinger. *Homilía en la Catedral de Múnich*, el 3 de abril de 1980).

La caridad cristiana no es, y no puede ser, manifestación de nuestro poder ni de nuestra bondad. Vivimos en la caridad cuando vivimos en Cristo. La fuente de la caridad cristiana es la Eucaristía. Nuestras Cáritas no son dispensarios de ayuda

sin más, sino la Iglesia, Cristo mismo, que camina con los pobres y los ayuda en sus necesidades, por eso no nos basta el asistencialismo, sino que queremos estar con los pobres, cerca de ellos, para escucharlos, para compartir con ellos, para levantarlos de la pobreza y crear posibilidades de una vida vivida en dignidad.

“Y ahora se pone de rodillas ante nosotros, sus criaturas. Con su propio cuerpo nos ha lavado en su sufrimiento, nos ha quitado el hedor de nuestra soberbia y nos ha limpiado de la suciedad de nuestro egoísmo, para ponernos en condiciones de sumarnos al banquete del amor de Dios” (J Ratzinger. Ibid.).

Por eso el lavatorio de los pies no solo es un signo de caridad, ni una invitación a hacer obras morales aisladas, sino que es la fundamentación del ser cristiano.

¿Por qué no arrodillarnos, queridos hermanos, ante los demás, ante los que tengo cerca y ante los que no son mis amigos, por qué no hacerlo ante el hermano pobre y necesitado? Arrodillarse ante el hermano es arrodillarse ante Cristo mismo, es seguir su ejemplo de humildad y entrega, es tomar con él la cruz.

En este día, queridos hermanos, rezad especialmente por los sacerdotes, para que seamos fieles a la llamada del Señor, y verdaderos siervos del pueblo que se nos ha encomendado. Pedid por nuestra santidad, porque curas santos harán comunidades cristianas santas, porque la renovación de la vida sacerdotal será renovación de toda la Iglesia.

A María, sierva del Señor y madre sacerdotal, le encomendamos nuestra vida con sus gozos y alegrías, con sus angustias y dolores.

† Ginés, Obispo de Getafe

Homilía del obispo diocesano D. Ginés García Beltrán,
el Viernes Santo, en la Pasión del Señor,
celebrada en la Catedral Santa María Magdalena,

Getafe, el 2 de abril de 2021

“Eres el más bello de los hombres” (Sal 44).

Estas palabras del salmo, que la tradición cristiana ha atribuido a Cristo, resuenan en esta tarde con una profundidad especial. Efectivamente, Jesucristo es el más bello de los hombres, es el hombre perfecto y lleno de fascinación, es el modelo de la nueva humanidad, la medida de toda existencia humana.

Sin embargo, ¿cómo pronunciar estas palabras en esta celebración cuando vemos el rostro escarnecido de Jesús?, ¿dónde está esa belleza en Cristo sufriente, cuando el profeta Isaías nos lo ha descrito, en el cántico del Siervo de Yahvé que hemos proclamado en la primera lectura, con duras palabras? “Muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre”; “sin figura, sin belleza”, “hombre de

dolores”. La respuesta está en el rostro mismo de Cristo al que la liturgia del viernes santo nos invita a contemplar.

Contemplar el rostro de Cristo, y descubrir que detrás de las heridas, de la sangre, del sudor, de la injusticia, en definitiva, del sufrimiento, resplandece la gloria de Dios. Estamos invitados a contemplar el rostro de Cristo, y reconocer en él su amor por nosotros, un amor que se entrega, que llega hasta la muerte para dar vida. Hagamos nuestra la exhortación de Santa Teresa de Jesús: “No os pido ahora que penséis en Él ni que saquéis muchos conceptos ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis”.

San Juan Pablo II, al comenzar este milenio ya nos exhortaba también a la contemplación del rostro de Cristo que ha de hacerse adoración: “La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración” (NMI, 25). Es lo que, sencillamente, hacemos en esta celebración, después de contemplar el rostro sufriente del Hijo, a través del relato de la pasión del apóstol y evangelista San Juan, adoramos a Cristo Crucificado.

Pero volvamos al rostro de Cristo, ¿dónde está la belleza en este rostro desfigurado y herido, del rostro mancillado y despreciado?

1. La belleza está en la verdad. Este rostro de Cristo revela la verdad de Dios y la verdad del hombre. “La revelación del otro se nos da a través del rostro (...), se entrega para abrirse a un misterio de encuentro gratuito y es acogido en la reciprocidad del amor”, escribe un autor contemporáneo (cfr. M. J. Le Guillou. *El rostro del Resucitado*, 39). Así, en el rostro sufriente de Cristo se muestra el corazón de Dios, sus entrañas de misericordia, como dice santa Ángela de Foligno mirando al Crucificado: “Ya ves que no te he amado de broma”. Dios es así, quiere levantar al hombre de la situación de muerte a la que lo ha llevado el pecado, bajando hasta ella, tendiendo la mano. Dios no ama de broma, Dios ama de verdad y hasta las últimas consecuencias. Esta es la verdad misma de Dios que es Amor, que es comunión, que es Trinidad.

Y revela al mismo tiempo la verdad sobre el hombre, pues mirando a la cruz podemos vernos a nosotros mismos, la situación en la que se encuentra el hombre y

el mundo en el que vive. Desgraciadamente la humanidad ha perdido la belleza cuando se ha apartado del bien; cuando no hay luz domina la oscuridad, cuando no se persigue la bondad impera el dominio del egoísmo; por eso, el Crucificado es una denuncia contra el mal del mundo que se ha dejado robar la belleza original, es el grito de Dios que no se deja vencer, y a costo de su sangre va a devolver al corazón del hombre la bondad y la belleza. No lo olvidemos, los que teníamos que estar crucificados por nuestros pecados somos nosotros, sin embargo, ha querido ser él el crucificado, por eso “nuestro castigo cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron”, así nos ha justificado; y no solo nos ha devuelto la gracia original, sino que nos ha abierto las puertas del Cielo.

2. La belleza está en el amor. No se entiende la cruz sin el amor. La cruz a secas es un instrumento de exterminio y de muerte, pero con el Crucificado se convierte en un signo del amor de Dios. Como hemos escuchado en la carta a los Hebreos, tenemos un Sumo Sacerdote que es capaz de compadecerse de nuestras debilidades porque ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado. ¿Podemos decirle entonces a Dios que no nos comprende, que Él no sabe lo que es sufrir y morir? De ninguna manera, porque Él sufrió y murió como cada uno de nosotros, no nos amó de broma.

La pasión de Cristo es objetivamente un mal, sin embargo, la muerte como entrega voluntaria de la propia vida por amor, ha revertido ese mal. La cruz de Cristo ha cambiado el sentido del dolor y del sufrimiento, que ya no son una maldición, sino causa de redención. Vivir nuestras propias cruces con Cristo las convierte en instrumentos de salvación.

El Evangelio nos recuerda con frecuencia, en palabras del mismo Señor, que su muerte es por amor, un amor que es obediencia al Padre, un amor que es libertad, porque muere voluntariamente. Dice san Bernardo que “No fue la muerte del Hijo lo que le gustó a Dios, sino más bien su voluntad de morir espontáneamente por nosotros. “¡No fue la muerte, por lo tanto, sino el amor el que nos ha salvado! El amor de Dios alcanzó al hombre en el punto más lejano en el que se había metido huyendo de él, o sea en la muerte. La muerte de Cristo tenía que aparecer a todos como la prueba suprema de la misericordia de Dios hacia los pecadores” (R. Cantalamessa, *Homilía Viernes Santo en San Pedro del Vaticano*, 2016).

3. La belleza está en la solidaridad. Cristo murió “por nosotros”. Si volvemos a la Palabra de Dios que hemos proclamado podemos ver que en todas aparece el “por nosotros”. Su muerte es salvadora.

La pasión y la muerte de Jesús son el resumen y el fruto de toda su existencia que fue “por nosotros”; por nosotros se hizo hombre, murió y resucitó. Esto tiene que despertar en nosotros un sentimiento profundo de agradecimiento. Al contemplar a Cristo crucificado no podemos sino decir: lo hizo por mí, está ahí por mí. Y como dice san Ignacio, entonces, ¿qué haré yo por Cristo?, ¿cómo puedo responder a su entrega, a su amor?, ¿podré reservarme la vida cuando él me la ha entregado?

Además, la muerte de Cristo es para todos, su salvación abarca a toda la humanidad, nadie queda excluido de este amor; por eso, ahora haremos la oración universal en la que pediremos por todo el mundo, por los hombres y mujeres que habitamos en él; nuestro corazón como el de Cristo se hace universal, no excluye a nadie. Junto a la oración de la asamblea, cada uno, en silencio, puede poner sus propias peticiones.

El rostro de Cristo, finalmente, es belleza en la solidaridad con todas las cruces del mundo y de la historia. Cristo es contemporáneo nuestro. En cada crucificado por la pobreza, la desigualdad, la marginación que excluye, la violencia, o el odio está Cristo. En la cruz del coronavirus que padecemos está Cristo, nunca como causa, sí como compañero. El Señor viene con nosotros, acompaña nuestras cruces, las toma sobre sus hombros, y nos regala unos ojos para verlo y un corazón nuevo para amarlo, también en el sufrimiento, también en los rostros que han perdido su humanidad, su belleza.

Contemplemos, querido hermanos, el rostro de Cristo, y muramos con él para resucitar también con él. De su costado traspasado por la lanza ha brotado la nueva vida que se nos da en la Iglesia por los sacramentos.

Dice Orígenes, teólogo de los primeros siglos del cristianismo, que nadie puede entender el sentido del Evangelio, “si no se ha inclinado sobre el pecho de Jesús y no ha recibido a María por madre de manos de Jesús”. Preciosa invitación, queridos hermanos, para celebrar estos días santos.

† Ginés, Obispo de Getafe

Homilía del obispo D. Ginés García Beltrán,
en la Vigilia Pascual,
celebrada en la Catedral Santa María Magdalena,

Getafe, el sábado 3 de abril de 2021

“En esta noche la muerte ha sido vencida, la Vida está viva, Cristo ha resucitado de entre los muertos” (S. Cromacio de Aquileia. Sermón, 17, para la Vigilia pascual).

“¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!” (Del Pregón pascual).

Con toda la Iglesia, querido hermano, cantamos el aleluya pascual, y nos asociamos a la nueva humanidad redimida y extendida por todo el Orbe, la humanidad nacida de la victoria de Cristo sobre el mal y la muerte.

Nos unimos a todos aquellos que cantan un himno a la esperanza porque el dolor y la muerte no tienen ya la última palabra; a aquellos que siguen haciendo

presente, con obras de caridad y hasta de entrega de la propia vida, en cada rincón de la tierra, el amor que brota de la resurrección del Señor. Confesamos que Cristo es Señor, que el Crucificado ha sido exaltado, que Dios ha cumplido su promesa, que se han abierto para nosotros las puertas del Cielo.

1. La liturgia de la Palabra nos ha ido conduciendo por la historia de la humanidad donde hemos podido contemplar la obra de Dios. Desde la creación, Dios ha ido acompañando al hombre a través de sus promesas, que son la viva expresión de su cercanía y fidelidad; no le ha importado la infidelidad del hombre, al contrario, se ha mantenido fiel, “porque no puede negarse a sí mismo” (2Tim, 2,3).

El camino de la historia humana, que es historia de salvación, se ha tejido con hilos de gracia y de pecado, de fidelidad de Dios y de falta de respuesta del hombre, y así hasta la plenitud de los tiempos, cuando Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para salvarnos (cfr. Gal 6,6). En Cristo la creación y la historia han llegado a su plenitud, y en la Pascua, Dios ha cumplido definitivamente su promesa de salvación.

La muerte de Cristo parecía haber frustrado la esperanza de los hombres, pero no fue así, Cristo con su muerte derrotó la servidumbre del mal y aniquiló a la misma muerte, le sacó el aguijón que la hacía eterna, para convertirla en un tránsito, en una pascua como la suya.

2. Hemos escuchado en el evangelio de S. Marcos cómo las mujeres fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo de Jesús. Era el primer día de la semana.

Llama la atención la fortaleza que manifiesta este gesto de ir al sepulcro para embalsamar al amigo muerto; es una señal preciosa de la fidelidad que se hace esperanza: mueren nuestros seres queridos, pero no el amor que les tenemos. Esta actitud de las mujeres es también una osadía por la causa y el modo en que había acontecido la muerte Jesús; es, en definitiva, un gesto de libertad y amor de “las almas sencillas y humildes que no tienen ningún nombre que defender, ningún puesto al que escalar, ninguna hacienda que proteger, y que, por ello, tienen esta valentía del amor de dirigirse una vez más también al ultrajado y ahora fracasado para depararle el último servicio de amor” (J Ratzinger. *Homilía en el Domingo de Pascua, en Wigratzbad, Alemania, 1990*).

El mismo gesto de embalsamar el cadáver expresa ese amor que no se conforma con la muerte, que se rebela contra ella, porque el hombre no es un ser para la muerte, sino que hemos nacido para vivir. Sin embargo, no basta decir: “tú no morirás en mí”, “vivirás siempre en mi memoria, o en tus obras”, no es suficiente. El corazón del hombre necesita algo más que buena voluntad para sobrevivir, el corazón del hombre necesita al que puede dar la vida que no se acaba nunca, al que es dueño y Señor de la vida. La fe en la resurrección no es una fe en algo, sino en alguien, cree en la resurrección el que cree en el Resucitado.

Nos dice también el evangelio que las mujeres iban preocupadas porque no sabían quién les movería la piedra pesada con la que habían sellado el sepulcro de Jesús. Sin embargo, al llegar, ven que la piedra está corrida. Al entrar encuentran un sepulcro vacío: ¿qué sentirían aquellas mujeres al ver que no estaba el cuerpo de Jesús? Sabemos, por el evangelio de san Juan, que María Magdalena siente dolor, y hasta indignación, porque han robado el cuerpo, pero sobre todo impotencia porque ha perdido lo único que le quedaba de su Señor, y su reacción es buscarlo, encontrarlo, restituir la memoria del amor.

El hombre vestido de blanco las llama a la calma, las invita a no perder la valentía del discípulo: “No tengáis miedo”. “¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado”. Es decir, que el Resucitado es Jesús el Nazareno y no otro, es el crucificado y no otro. Esta identidad del Resucitado es esencial a nuestra fe, no hay discontinuidad entre el crucificado y el resucitado; es la fidelidad de Dios que entregó a su Unigénito a la muerte, y lo resucitó de entre los muertos.

“No está aquí”, les dice el hombre vestido de blanco a las mujeres. Jesús no está entre los muertos, por eso id y decíselo a sus discípulos, decíselo a Pedro, decíselo a la Iglesia, que vayan a Galilea, porque Jesús va delante de ellos. La resurrección es una vuelta a nuestra vida, a lo cotidiano, pero ahora de un modo distinto. Es volver a la vida sabiendo que Jesús va delante de nosotros, que nos acompaña, que las heridas que todos llevamos en nuestro cuerpo, y muchas veces en el alma, son solo el anuncio de la gloria de Dios. Ya no hay noche que no tenga luz, ni debilidad que no sea fortalecida, como no hay soledad que no esté habitada, ni vacío que no tenga sentido. Nada nos puede apartar ya del amor de Dios (cfr. Rm 8,35-39).

El Resucitado, queridos hermanos, nos llama a volver a la comunidad de la Iglesia, como a los discípulos de Emaús, para compartir el testimonio de nuestra fe, para alimentarnos con la Palabra que nos hace arder el corazón, y para partir el pan de la Eucaristía, compartiendo con los demás en la comunión fraterna, especialmente con los pobres.

3. Queridos catecúmenos, después de recorrer un camino de iniciación cristiana habéis llegado a esta noche santa; hoy tomáis parte, por los sacramentos, en el misterio de amor que es la fe, misterio que nos sorprende siempre y nos desborda. Habéis experimentado cómo, de modos diferentes, Dios ha salido a vuestro encuentro en el camino de vuestra vida, y os ha llamado a formar parte de su vida; habéis aceptado el don de la fe y queréis responder a él. Debéis saber que la fe es un diálogo de libertad, Dios llama y tú respondes, y desde ese momento comienza una historia de amor que nos transforma, y nos salva; nos introduce en la intimidad con Dios, y nos hace partícipes de su vida divina.

San Pablo en su carta a los Romanos nos habla del Bautismo, el que vais a recibir ahora, y nos dice que por él hemos sido sepultados con Cristo para resucitar, lo mismo que Él ha resucitado. El Bautismo es una vida nueva; por el Bautismo muere el hombre viejo, el que es fruto del pecado, y nace el hombre nuevo, que es fruto de la Pascua del Señor. El hombre viejo, con todas sus pasiones, se quedó colgado en la cruz, ahora nace el hombre que quiere caminar con Cristo y en Cristo.

Ser cristiano es ser de Cristo; esta pertenencia a Cristo lleva consigo unas exigencias de vida, pero no olvidéis nunca que, ante todo, ser cristiano es una gracia. Cuando llegue la prueba, cuando la fe pueda pasar por dificultades, sabed que Dios es fiel y siempre lleva su obra buena en nosotros hasta el final. El encuentro con el Señor madurará y hará crecer vuestra fe, y la participación en la vida de la gracia, dentro de la Iglesia, os recordará siempre que no estáis solos.

El Bautismo y la Confirmación os acercarán a la Eucaristía, don que el Señor ha dejado a su Iglesia, ella nos alimenta y nos fortalece. La Eucaristía es la culminación de la Iniciación Cristiana, pues es el encuentro íntimo con el Señor, la comunión real con Él. La Iniciación Cristiana siempre termina con una pregunta que hemos de hacer al Señor cada día: “Señor, ¿qué quieres de mí?”.

El Evangelio no nos habla de María, la madre de Jesús, en los relatos de la resurrección, pero no es ni ingenuidad, ni osadía pensar que estuvo presente, que se encontró con su Hijo resucitado y lo abrazó como en Nazaret. Como estaba en la cruz, María estaba también en la resurrección, y sigue estando en la vida del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, para animarnos en la fe, fortalecernos en la esperanza, y acompañarnos en la caridad.

A ella, le decimos gozosos: ¡Reina de Cielo, alégrate, porque el Hijo, que llevaste en tu seno, ha resucitado!

† Ginés, Obispo de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

- **D. Juan Manuel Crespo Paniagua, O.P.**, Vicario parroquial de la Parroquia San Martín de Porres, en Móstoles, el 9 de abril de 2021.

DEFUNCIONES

- **Dña. Ascensión Moratinos de Grado**, falleció el 9 de abril de 2021, a los 89 años de edad. Era viuda y madre de 3 hijos, una de ellas María Revilla, consagrada responsable de la Fraternidad Seglar en el Corazón de Cristo.

- **D. Jesús Díaz García**, padre del sacerdote diocesano Jesús Díaz Ocaña, de Colmenar de Oreja, falleció el 12 de abril de 2021, a los 94 años de edad, en Aranjuez.

- **Sor Carmen Laforga Herrero**, religiosa Hija de la Caridad, falleció en Móstoles, el 29 de abril de 2021, a los 85 años de edad y 64 de vida consagrada.

- **D. Jorge Klonoswki**, hermano del sacerdote Andrés Klonoswki, vicario parroquial en Nuestra Señora de la Asunción (Parla) falleció en Polonia, el 30 de abril de 2021, a los 63 años de edad.

Señor Jesús, nuevo Adán que nos das la vida, transforma a nuestros difuntos a imagen tuya, para que compartan contigo la alegría de tu reino.



Conferencia Episcopal Española

MONSEÑOR JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, NUEVO ARZOBISPO DE SEVILLA

El papa **Francisco** ha **nombrado** a Mons. **José Ángel Saiz Meneses arzobispo de Sevilla**. Mons. **Saiz Meneses** es en la actualidad obispo de **Terrasa**. El nombramiento se hace público a las 12.00 horas, sábado 17 de abril de 2021, y así lo ha comunicado la **Nunciatura Apostólica** en España a la Conferencia Episcopal Española. Desde 2009 era arzobispo de Sevilla Mons. Juan José Asenjo Pelegrina, quien queda de administrador apostólico hasta la toma de posesión del nuevo arzobispo, que tendrá lugar el 12 de junio.

Obispo de Terrasa desde 2004

Mons. **Josep Ángel Saiz Meneses** nació en Sisante (Cuenca) el 2 de agosto de 1956. En 1965 la familia se trasladó a Barcelona y tres años después ingresaba en el seminario menor Nuestra Señora de Montalegre de la Ciudad Condal.

Inició estudios de Psicología en la Universidad de Barcelona (1975-1977), trasladándose después a Toledo, en cuyo seminario mayor realizó su formación (1977-1984) y donde fue ordenado sacerdote el 15 de julio de 1984. Ese mismo año obtuvo el bachiller en Teología por la Facultad de Teología de Burgos. En 1993 obtuvo la licenciatura en la Facultad de Teología de Catalunya, donde también realizó estudios de doctorado.

El 30 de octubre de 2001 fue nombrado obispo auxiliar de Barcelona y consagrado el 15 de diciembre del mismo año. El 15 de junio de 2004 fue nombrado primer obispo de la entonces recién creada diócesis de Terrassa.

En la CEE es miembro de la Comisión Ejecutiva desde marzo de 2020.

Mons. Juan José Asenjo, arzobispo de Sevilla desde 2009

El hasta ahora arzobispo de Sevilla, Mons. Juan José Asenjo Pelegrina nació en Sigüenza (Guadalajara) el 15 de octubre de 1945. Fue ordenado sacerdote en 1969. Es Licenciado en Teología por la Facultad Teológica del Norte de España, sede de Burgos (1971). Amplió estudios en Roma donde realizó, desde 1977 hasta 1979, los cursos de Doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y las Diplomaturas en Archivística y Biblioteconomía en las Escuelas del Archivo Secreto Vaticano y de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

Los primeros años de su ministerio sacerdotal los desarrolló en su diócesis de origen, en Sigüenza-Guadalajara, donde trabajó en la enseñanza y en la formación sacerdotal. Estuvo vinculado especialmente al Patrimonio Cultural como Director del Archivo Artístico Histórico Diocesano (1979-1981), Canónigo encargado del Patrimonio Artístico (1985-1997) y Delegado Diocesano para el Patrimonio Cultural (1985-1993).

En 1993 fue nombrado Vicesecretario para Asuntos Generales de la CEE, cargo que desempeñó hasta su ordenación episcopal, el 20 de abril de 1997, como Obispo Auxiliar de Toledo. Tomó posesión de la diócesis de Córdoba el 27 de septiembre de 2003.

El 13 de noviembre de 2008 fue nombrado Arzobispo Coadjutor de Sevilla y el día 5 de noviembre de 2009 comenzó su ministerio como Arzobispo metropolitano de Sevilla, al aceptar el Santo Padre la renuncia del Cardenal Amigo Vallejo.

NOTA DE PRENSA SOBRE LA APROBACIÓN DE LA LEY CONTRA LA VIOLENCIA A LA INFANCIA

En el día de ayer se aprobó en el **Congreso de los diputados** la **Ley contra la violencia a la infancia**. Es una buena noticia que el Congreso se haga eco de una problemática que afecta a la sociedad española. En el ámbito del debate parlamentario, **la ministra de Derechos Sociales y Agenda 2030, Ione Belarra**, señaló a la Iglesia como cómplice de esos abusos por encubrimiento. Es una **acusación gravemente injusta** que pretende ensuciar la actividad de millones de personas durante décadas y que no se corresponde en absoluto con la verdad.

Estudios independientes recientes han puesto de manifiesto **la gravedad de este problema** en nuestro país. Esos estudios han señalado que el **0,2% de los casos se han dado en actividades religiosas**, algo que siendo para nosotros grave, pone en su magnitud las dimensiones del problema y señala los entornos en los que se producen mayoritariamente los abusos, que deben tener especial atención y protección.

La Iglesia y su compromiso con la protección de menores

La Iglesia católica inició ya en **2002 un largo proceso de actualización de sus protocolos** y su código de derecho especialmente en cuestiones de prescripción de esos delitos y de prevención de abusos en el presente y en el futuro, aspectos que ahora incorpora la legislación española. Desde aquel año se han desarrollado **protocolos y entornos seguros para los menores** en los lugares en los que la Iglesia realiza su actividad. Las congregaciones religiosas han desplegado un importante número de iniciativas para atender de manera segura a los menores y también la Iglesia diocesana está recorriendo ese camino y han habilitado oficinas de protección a los menores y prevención de abusos en todas las diócesis españolas.

Como parte de su misión, **la Iglesia está firmemente comprometida en la promoción integral** de los **menores** y desarrolla miles de iniciativas cada año que buscan formarlos en valores tan relevantes como la solidaridad, el respeto a la diferencia, el servicio al bien común o el cuidado del entorno según los principios del humanismo cristiano.

En este fin **trabajan miles de laicos, sacerdotes y religiosos** con esfuerzo, capacitación, dedicación y responsabilidad. Su trabajo **no puede quedar empañado** ni por las acciones de algunos de sus miembros que son indignos de ese trabajo ni por las apreciaciones de los políticos que, presas de un rancio anticlericalismo, utilizan a la Iglesia para la confrontación política en una estrategia de ruptura y confrontación.

Queremos finalmente **renovar el compromiso de la Iglesia con la protección de los menores** que seguirá dando pasos adelante y agradecer el trabajo de todos los que dentro y fuera de la Iglesia trabajan en el cuidado de los menores y en su formación, para un futuro mejor.

16/04/2021

ASAMBLEA PLENARIA

SALUDO DEL NUNCIO APOSTÓLICO
EN ESPAÑA

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente,

Eminentísimos Señores Cardenales,

Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,

Señoras y Señores:

Agradecido a la invitación presentada, con mucho gusto vengo a acompañarles al inicio de la ciento diez y siete **Asamblea Plenaria**, correspondiendo, con mi presencia, a éste gesto de comunión con el Santo Padre, al que tengo el honor de representar en España. A todos, les trasmito su saludo cordial y su bendición al iniciar esta reunión que se desarrolla a lo largo de esta semana.

En la actividad reciente del **Santo Padre**, como quedará en la memoria de todos, destaca la realización de su deseado viaje a Irak, *"como peregrino de paz, en nombre de Cristo, Príncipe de la Paz"*. El Papa, se ha dirigido al lugar de donde salió Abrahán que *"caminó en la Tierra con la mirada dirigida al Cielo"*; actitud de la que se desprende el lema del ya histórico viaje: *"Vosotros sois todos hermanos"*. Acogido por el Presidente y el Gobierno de Irak, los Patriarcas y Obispos, junto a todos los ministros y los fieles de las respectivas Iglesias, mantuvo un *"encuentro inolvidable"* con el Gran Ayatolá Al-Sistani. El Papa, sintiendo la tribulación de la Iglesia que allí peregrina, y el sufrimiento también de las gentes de buena voluntad, iba dispuesto en su corazón a fortalecer y despertar en los cristianos la magnanimidad. De su viaje programático, queda claro que *"hacer una cultura de hermanos"* abandonando la *"lógica de Caín con la guerra"*, es un don de Dios que tiene el poder de vencer los males, haciendo brotar *"la salud de la misma herida"* - como vemos a la luz de la Pascua - bálsamo capaz de curar a la humanidad, y de sanar las memorias dolorosas, inspirando un futuro de paz y fraternidad. Ésta es posible tal como encontró el Papa en las palabras y gestos de tantos iraquíes que mostraron, con la bondad de su acogida, la ilusionada esperanza y unión en el mismo anhelo.

Esta *"mirada dirigida al Cielo"*, podemos verla ya dentro, entre nosotros, en primer lugar, en el estudio de las *"Líneas de acción pastoral de la Conferencia Episcopal para el quinquenio 2021-2025: 'Fieles al envío misionero'"*, pues, ciertamente, la conversión pastoral, personal e institucional pretendida, tiene su causa en esta dimensión trascendente a la que nos dirige la fe en Cristo Resucitado, fomentando la colaboración y sinodalidad del pueblo de Dios. Esta, no puede devenir por su esencia en la creación de una nueva estructura.

La *sinodalidad*, junto a la *comunión* y *colegialidad*, se entiende como *"la común dignidad y misión de todos los bautizados en el ejercicio de la multiforme y ordenada riqueza de sus carismas, de su vocación, de sus ministerios"*, por eso cabe destacar otro de los puntos que han de tratar, la *Institución de laicos acólitos y lectores, con carácter estable*, en virtud del *"Motu Proprio" Spiritus Domini*, del pasado 10 de enero, el cual, al modificar el canon 230 §1 del Código de Derecho Canónico, amplía el acceso de las personas de sexo femenino.

El nuevo **Motu proprio del Papa Francisco** separa de raíz la cuestión del acceso de la mujer al sacramento del Orden, remitiéndose a la cuestión doctrinal

zanjada en sentido negativo por san Juan Pablo II (Carta Apostólica "Ordinatio sacerdotalis", 22 de mayo de 1994). Asimismo, en continuidad con el precedente *motu proprio* "Ministeria quaedam" (17 agosto de 1972) de san Pablo VI, recupera en la Iglesia los ministerios litúrgicos laicales estables, derivados de la gracia y exigencias del Bautismo, y no del sacramento del Orden.

Preservado el tema de todo sensacionalismo mediático, quedando claro que no se trata de una "clericalización" del laicado cristiano, que tiene como objetivo central y primario el "edificar todo en Cristo", la santificación de las realidades temporales, y no solo dignificar el culto público.

El nuevo *Motu proprio* trata de *Fomentar entre hombres y mujeres cristianos un estilo de vida cristiana "ministerial"*. La aplicación del *motu proprio* del Papa Francisco ha de ser oportunidad para trabajar por el sentido "ministerial" de toda la vida cristiana. Servicios y ministerios laicales son reflejos de un modo de entender la vida cristiana, y la vida cristiana laica, en particular, como un *ponerse a disposición de la Iglesia, con los propios dones y carismas, para ayudar a que ésta pueda cumplir su misión*.

Ministerialidad nos habla de Iglesia de participación y corresponsabilidad, en la que todos están comprometidos, para que *"todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad"* (1Tm 2,4). Para no desnaturalizar su sentido, queda claro que se trata de una encomienda eclesial, no un derecho personal ni un beneficio que pueda exigirse conforme al gusto o inclinación, sino el fruto de una necesidad pastoral, atendiendo a la cual, la Iglesia ha de llamar y preparar: *"Corresponderá a las Conferencias Episcopales establecer criterios adecuados para el discernimiento y la preparación"*, ha escrito el Santo Padre al Emmo. Sr. Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (10 enero de 2021).

También deseo señalar el trabajo bien realizado por parte de todos ustedes que, secundado los deseos del Santo Padre, prestaron enseguida atención y dieron presto cauce institucional, a nivel Diocesano, en materia de abusos de menores. Desde la experiencia adquirida, que pide afrontar el problema juntos, también con la participación de los Institutos de Vida consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, la presente Asamblea estudiará la necesaria *"puesta en marcha de un servicio de coordinación de las oficinas para la protección de menores"* por

parte de esta Instancia de la Conferencia Episcopal. Nadie puede interpretar falta de transparencia o negativa a secundar los que el Papa pide al respecto. Los animo pues a la necesaria colaboración en este doloroso tema sobre el que, desde la Secretaría General, se ha manifestado justamente, hace pocos días, S.E. Monseñor Luis Arguello ante la opinión pública. Con el espíritu de colaboración y honestidad bien expresado, nadie puede poner en duda la credibilidad de la Iglesia en sus declaraciones y actividades.

Otro punto en el que les aliento por su enorme importancia para la misión de la Iglesia en el mundo y para el bien común de toda la sociedad, es el estudio del *"Estado de la cuestión de la aplicación de la LOMLOE y las posibles vías de negociación de la enseñanza religiosa escolar en las comunidades autónomas"*. Sobre el tema de la educación, esta Conferencia Episcopal se ha referido con mucha frecuencia en las últimas décadas aportando al entendimiento del bien común. Como hicieron en la *Nota de la Conferencia Episcopal para la Educación y Cultura* (17 junio 2020), es muy cierto que importa resaltar el derecho educativo de los padres y la importancia del contexto sociocultural del individuo, al que la escuela ha de introducir, como método adecuado, *"para poder luego actuar con libertad"*. Mis mejores votos por un bien deseado esfuerzo de diálogo y de colaboración leal entre todos.

Por último, ya que en mi persona coincide la nacionalidad filipina con mi condición de Nuncio Apostólico en España, es para mí una gran satisfacción, y doble, evocar en este momento el concurso del Quinto centenario de la Evangelización de mi país, Filipinas, con la llegada de la expedición de Don Fernando de Magallanes el 16 de marzo de 1521. La primera Misa fue el 31 de marzo, domingo de Pascua en aquel año, y los primeros bautismos el día 14 de abril de 1521. Fue por medio de España, cuya actuación es presentada por historiadores acreditados como *"modelo de entendimiento, elevación y fusión de los pueblos"*, como la Fe llegó a Filipinas.

Recordando aquel importante momento en el que el Papa San Juan Pablo II, dirigiéndose a Santo Domingo y Puerto Rico, quiso hacer intencionada escala descendiendo a Zaragoza el 10 de octubre de 1984, y expresó: *"he querido venir personalmente para agradecer a la Iglesia en España la ingente labor de evangelización que ha llevado a cabo en todo el mundo, y muy especialmente*

en el continente americano y Filipinas", les digo ahora con profunda satisfacción: ¡Gracias a la Iglesia que peregrina en España!

En estas circunstancias por la pandemia no han podido desarrollarse lucidos actos a gran nivel institucional. Los ha habido a nivel más particular que agradezco también sentidamente. He acudido algunos como no puedo por menos. El evento, con los prudentes límites sanitarios impuestos, sí que ha sido acogido con calor por el Santo Padre el Papa Francisco, que ya en su viaje memorable a Filipinas, en enero de 2015, yo estaba allí presente, incentivó la preparación al Centenario.

Este año lo ha acogido en la Basílica de San Pedro, el pasado 14 de marzo en una representación a la que ha animado en el impulso misionero. Me satisface escuchar del Santo Padre estas palabras: "han pasado quinientos años desde que el anuncio cristiano llegó por primera vez a Filipinas. Habéis recibido la alegría del Evangelio: ...y esta alegría se ve en vuestro pueblo, se puede ver en vuestros ojos, en vuestros rostros, en vuestros cantos y en vuestras oraciones. La alegría con la que ustedes llevan su fe a otras tierras. ¡Muchas veces he dicho que aquí en Roma las mujeres filipinas son "contrabandistas" de fe! Porque a donde van a trabajar, trabajan, pero también siembran la fe. Ésta es... una enfermedad hereditaria, pero ¡una dichosa enfermedad! ¡Consérvenla!"

Efectivamente, la fe cristiana es la herencia más grande, más profunda y más duradera de los más de tres siglos de presencia española en las Filipinas, por la cual estamos profundamente agradecidos a los misioneros que nos anunciaron el Evangelio a través de los siglos. Por eso, ser filipino y Legado del Romano Pontífice en España, en donde todo empezó, es para mí, como en el caso de la Expedición de Magallanes y Elcano, un testimonio y prueba de que la fe también ha dado la vuelta al mundo. Por eso, nosotros filipinos celebramos este V Centenario de Evangelización bajo el lema *Gifted to Give*, inspirado por el Evangelio de San Mateo 10,8: "*gratis habéis recibido, dad gratis*", con el doble objetivo de nueva evangelización y de empuje a la evangelización. Como el Santo Padre nos exhorta a los filipinos, "*Lleven la fe, ese anuncio que ustedes recibieron hace 500 años, y que ahora traen*".

La proeza de Magallanes, y de otros navegadores del siglo de oro, fueron viajes generadores de una verdadera globalización, haciendo posible el encuentro de los mundos y de los pueblos con sus propias identidades, forjando nuevas culturas y maneras de pensar que abren nuevos horizontes a la humanidad. Inmensas partes

del mundo entre sí desconocidas, entraron en contacto y entraron en comunicación. La globalización no es de hoy, y la Iglesia jamás ha temido y no teme la globalización; la Iglesia es globalizadora, porque es universal, porque la alegría del Evangelio es para todos, porque somos "*Fratelli tutti*", somos todos hermanos.

Al manifestarles mi disponibilidad en el servicio a la Iglesia en esta querida Nación, soy consciente de los destinos de la Providencia que ahora me tiene aquí al servicio del Santo Padre. El sucesor de Pedro es el garante de la unidad y la comunión en la Iglesia. Al Santo Niño de Cebú y a su Madre Inmaculada, confío los trabajos que ahora ustedes emprenden.

Muchas gracias.

ASAMBLEA PLENARIA

DISCURSO INAUGURAL DEL CARDENAL JUAN JOSÉ OMELLA

Queridos cardenales, arzobispos, obispos, administradores diocesanos, querido Sr. nuncio de Su Santidad en España, personal de la Casa de la Iglesia, periodistas, amigos y amigas que estáis escuchando o leyendo este mensaje.

Despedidas y bienvenidas:

Recordar y honrar a aquellos hermanos nuestros en el episcopado que han ido a la casa del Padre:

- S.E.R. **Mons. Damián Iguacen Borau**, obispo emérito de Tenerife.
- S.E.R. **Mons. Alfonso Milián Sorribas**, obispo emérito de Barbastro-Monzón.
- S.E.R. **Mons. Juan del Río Martín**, arzobispo castrense.
- S.E.R. **Mons. Rafael Palmero Ramos**, obispo emérito de Orihuela-Alicante.

Pedimos a Dios para ellos el premio reservado en el cielo a los buenos pastores que han apacentado con fidelidad y amor la Iglesia de Cristo.

Felicitamos a quienes se han incorporado durante los últimos meses a esta familia episcopal:

- S.E.R. Mons. Francisco José Prieto Fernández, obispo auxiliar de Santiago de Compostela.

Obispos que han aceptado la responsabilidad de pastorear una nueva diócesis:

- S.E.R. Mons. Antonio Gómez Cantero, obispo coadjutor de Almería.
- S.E.R. Mons. José Ángel Sáiz Meneses, arzobispo electo de Sevilla.

Damos la bienvenida a los administradores diocesanos:

- Ilmo. Sr. D. Vicente Robredo García, de la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño.
- Ilmo. Sr. D. Antonio Valín Valdés, de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol.
- Ilmo. Sr. D. Alfonso Belenguer Celma, de la diócesis de Teruel y Albarracín.

Estamos en pleno **año de San José**, convocado por el papa Francisco con motivo del 150 aniversario de haber sido declarado san José patrono de la Iglesia universal. San José asumió en la tierra el puesto de Dios Padre en el cielo, y cuando el Señor confía una tarea da también las gracias necesarias para llevarla a cabo. A María le concedió un corazón inmaculado para poder ser la madre del Salvador y a José le dio un "corazón de Padre", la ternura, para cuidar a su hijo en el momento de mayor indefensión, cuando era niño, débil y pequeño. San José nos enseña que se puede amar sin poseer, sirviendo y respetando el misterio y el designio de Dios en cada persona. El Evangelio no ha conservado ninguna palabra de José. Su silencio es expresión de total disponibilidad, de escucha atenta y de obediencia a la voluntad de Dios. El papa Francisco lo presenta en su carta apostólica como "el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta" con el que todos nos podemos identificar... Paradójicamente, con frecuencia, el Señor se sirve de lo débil, de lo sencillo, de lo que no cuenta a los ojos de los hombres para hacernos ver que es Él quien actúa y dirige la historia.

La reunión de los obispos de esta semana tiene un perfil programático. Punto central de nuestra Asamblea Plenaria será la aprobación de las líneas de acción

pastoral de la Conferencia Episcopal Española (CEE) para el quinquenio 2021-2025. Estudiaremos el documento titulado *Fieles al envío misionero. Claves del contexto actual, marco eclesial y líneas de trabajo*, que llevamos trabajando los últimos meses, y del que ya se presentó un borrador en la anterior Asamblea Plenaria, en noviembre del año pasado. Con este documento pretendemos responder al reto de la evangelización en la sociedad española actual y señalar las prioridades de la Conferencia Episcopal Española, de sus comisiones y servicios para los próximos cinco años.

Son tres los ejes principales que, en sintonía con el papa Francisco y con la Iglesia universal, vertebran y motivan estas líneas de acción: la conversión pastoral, el discernimiento y la sinodalidad. Nuestro objetivo es que la Iglesia en España, tanto en su presencia social como en su organización interna, en su misión y en su vida, se ponga en marcha hacia el Reino prometido, en salida misionera, en camino evangelizador.

Mis palabras en esta mañana no pueden sino recoger estas inquietudes para hacer partícipe de ellas al Pueblo de Dios y caminar juntos. Quisiera hacerlo siguiendo la respuesta que el Señor dio un día a aquel doctor de la ley que se le acercó para preguntarle: "Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?" (Lc 10, 25). Las palabras del Señor nos invitan a ser una Iglesia samaritana que esté atenta a las necesidades de los demás. En esa tarea podremos constatar la presencia de Dios, establecer una relación con Él capaz de llenar de sentido y de vida nuestra existencia, y dar testimonio de ello a los demás. Son tres los pasos que el Señor nos pide:

1. *Ver y compartir el sufrimiento de la humanidad* ["Al verlo se compadeció y acercándose le vendó las heridas" (Lc 10, 33-34)]. Los obispos queremos ver nuestra realidad, la realidad de la Iglesia en la sociedad española y compartir sus alegrías y sus tristezas. No podemos cerrar los ojos ni los oídos a sus reclamos. La conversión pastoral nos invita a escuchar los desafíos antropológicos y culturales que nos plantea el hombre de hoy y a acogerlos con misericordia.

2. *Comprender que somos prójimos unos de otros* ["¿Cuál de estos tres te parece que ha sido el prójimo del que cayó en manos de los bandidos?" (Lc 10, 36)]. Interpretar y leer la realidad desde la fe no consiste en elaborar una estrategia para tener éxito, y menos aún un plan de laboratorio. Se trata, más bien, de descubrir

el proyecto de Dios, su voluntad salvadora para todos los hombres, que se sigue realizando a pesar de nuestras divisiones y pecados. Discernir consiste en integrarnos en los designios siempre más grandes de Dios, liberándonos de las miras humanas y de los criterios mundanos.

3. *Reflejar el amor de Dios* ["Anda y haz tú lo mismo" (Lc 10, 37)]. El mejor testimonio y la mejor aportación que la Iglesia puede hacer al mundo de hoy como fermento, signo e instrumento de una nueva humanidad, es ser ella misma reflejo de la Trinidad. En el documento La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia de la Comisión Teológica Internacional queda dicho que la sinodalidad es "la forma específica de vivir y obrar de la Iglesia como Pueblo de Dios" (n. 6), su "*modus vivendi et operandi* (...) en la participación responsable y ordenada de todos sus miembros en el discernimiento y puesta en práctica de los caminos de su misión" (n. 43). Este es "el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio" (n. 1).

2. **"Al verlo se compadeció y acercándose le vendó las heridas"** **(Lc 10, 33-34). Ver y compartir el sufrimiento de la humanidad:** **la conversión pastoral**

En la mirada a nuestra realidad lo primero que vemos es que ya llevamos más de un año de pandemia. La **COVID-19**, que suma cada vez más muertes y sigue constituyendo una amenaza para la salud de todos, nos ha obligado a vivir bajo el régimen del temor, de la incertidumbre, de la desconfianza, de la sospecha, que ha socavado el tejido vivo de la sociedad a todos los niveles. Ha alterado muchas costumbres y formas de vivir, ha afectado los hábitos de relacionarse las familias y los amigos e incluso ha modificado prácticas consolidadas de organizar el trabajo... Gracias a Dios, vemos ya en el horizonte signos de esperanza para salir de esta situación con las vacunas que se van distribuyendo cada vez a mayor parte de la población. Así como el virus no ha hecho diferencias y ha afectado a toda la humanidad, es de desear que también la vacuna sea un bien común que se distribuya a todos por igual y no sea una propiedad privada de unos pocos, sin hacer diferencias entre países ricos y países pobres.

El virus no lo podemos combatir aisladamente. Quizás sea la gran lección de esta situación. Logramos contener momentáneamente la transmisión del virus, con

distancias personales, familiares, locales, autonómicas, nacionales... Pero solo si vamos todos a una, aceptando el diálogo y no el monólogo como vía para encontrar soluciones, podremos avanzar y salir de este bache.

Muchos creen que todo volverá a ser lo mismo cuando pase la pandemia. Y lo cierto es que no va a ser lo mismo, vamos a encontrar un mundo herido, afectado muy desigualmente por la pandemia y, sobre todo, por la crisis económica que ha provocado. Lamentablemente, la pandemia ha acentuado los efectos de la crisis económica del 2008 y ha sacado a la luz pública muchas de las heridas que no habían cicatrizado.

Existe un gran riesgo: querer pasar página lo antes posible y volver a la vida de antes como si no hubiera pasado nada. Es cierto que una parte importante de la población podrá volver a la situación de antes de la pandemia como si aparentemente no hubiera pasado nada. Pero no es menos cierto que una parte muy significativa de la población saldrá de esta crisis en una situación económica y social muy crítica.

En España, el paro ha aumentado y afecta a casi cuatro millones, además de los abultados ERTE, de incierto futuro. Pero los primeros en sufrir el parón de la economía han sido los 8,5 millones de personas que ya se encontraban en exclusión social antes de la pandemia; según el VIII Informe **FOESSA**, estas personas han visto agravada su situación. Como siempre, quienes sufren más las crisis son los más desfavorecidos, los que tienen menos oportunidades para acceder a los servicios básicos. Entre ellos, sobre todo, los refugiados, los migrantes en situación irregular, las víctimas de la trata de personas, que la pandemia ha invisibilizado.

En España existe un creciente y grave problema que se llama "desigualdad social". Este es un reto que tenemos que abordar para asegurar la dignidad de todos y la necesaria justicia social que es siempre garantía de paz social. No es momento para disputas inertes entre partidos políticos, no es tiempo para soluciones fáciles y populistas a problemas graves, no es el momento de defender intereses particulares. Ahora es el momento para la verdadera política, que sume a todas las partes y que trabaje para el bien común de toda la sociedad y el fortalecimiento y credibilidad de las instituciones en las que se asienta nuestro sistema democrático. Para ello serán necesarias reformas estructurales que superen el vaivén de intereses electorales cortoplacistas. La política existe para servir y ahora

está llamada a servir más que nunca y a olvidarse de la consecución de intereses partidistas o su imposición ideológica aprovechando la crisis humanitaria y social que padecemos.

Por esto mismo la Iglesia va a orar intensamente por nuestros gobernantes y va a hacer todo lo que esté a su alcance para promover las reformas necesarias que, como bien sabemos, empiezan por cada uno de nosotros: no hay cambio social sin una previa conversión y transformación personal.

La Iglesia y cada uno de los católicos somos llamados a ejercer un liderazgo ético en el mundo de la economía, de la política y de nuestras relaciones particulares. Meditar *Gaudete et exsultate* puede ayudarnos a redescubrir la llamada a la santidad que hemos recibido todos los bautizados, un camino bellísimo de amor capaz de transformar el mundo.

La Iglesia, a través de **Cáritas** y de la amplia red capilar de instituciones y comunidades cristianas, está atenta a todas estas necesidades y está respondiendo, dentro de sus posibilidades, de la mejor forma posible. Como no puede ser de otra manera, está llevado a cabo un trabajo en red, en colaboración con otros grupos eclesiales, con entidades civiles y de la administración pública, incluso con organismos internacionales. Principalmente ha tratado de responder a las necesidades primarias, como la alimentación y medicación de muchas personas que se han quedado sin ingresos económicos, el pago de alquileres, recibos de la luz y del agua. Sin embargo, somos conscientes de que no nos podemos quedar en el asistencialismo de emergencia; la deuda social con los más desfavorecidos incluye su promoción como personas.

Para la Iglesia es acuciante también la denuncia que hace el mismo papa Francisco: "La peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual" (*Evangelii gaudium*, n. 200). Todos necesitamos a Dios y no podemos dejar de ofrecerlo en esta situación de prueba y de dificultad. Dios no está lejos de los que sufren y de los que fallecen. Y la Iglesia tiene la misión de llevar esta presencia del Señor, que vino a cargar con nuestros dolores, a morir con nosotros para que nosotros resucitemos con Él.

Hemos de reconocer que la situación que estamos viviendo durante esta pandemia ha afectado significativamente a la pastoral habitual de la Iglesia en todos

los sentidos, tanto en el ámbito parroquial como diocesano. Las restricciones han afectado la atención de las personas, que han visto reducidas -cuando no suprimidas- sus actividades de formación, de catequesis, sus encuentros... Sentimos la urgencia, más que nunca, de estar atentos a las necesidades de las personas y de las comunidades, para elaborar propuestas de vida cristiana que permitan anunciar el Evangelio y vivir la fe en estas circunstancias tan especiales. Queremos agradecer las muchas iniciativas y los esfuerzos de los ministros ordenados, de los miembros de la vida consagrada y de los laicos por llegar a los hogares, a las habitaciones de residencias y hospitales de muchas personas que tienen limitada la movilidad o son personas de riesgo.

La Iglesia no es una empresa, ni un partido político, ni un grupo de presión social, ni un *lobby* de poder, ni se identifica con ninguna ideología de este mundo. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II en *Gaudium et spes* (GS), n. 3:

No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Solo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Jn 18, 37), para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido (Mt 20, 28).

En efecto, como nos recuerda el papa Francisco en *Fratelli tutti*, n. 276:

La Iglesia no pretende disputar poderes terrenos, sino ofrecerse como un hogar entre los hogares, abierto (...) para testimoniar al mundo actual la fe, la esperanza y el amor al Señor y a aquellos que Él ama con predilección. (...) La Iglesia es una casa con las puertas abiertas porque es madre. Y como María, la madre de Jesús, queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad (...) para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación.

Ante la tentación de algunos, que querían apartar a la Iglesia del diálogo social, cultural y político, encuentro muy oportunas las palabras del Concilio Vaticano II (GS, n. 76):

La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno. Ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán con

tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellas.

En este sentido, como señala el **papa Francisco**, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. ¿Quién pretendería encerrar en un templo y acallar el mensaje de san Francisco de Asís y de santa Teresa de Calcuta? Ellos no podrían aceptarlo. Una auténtica fe - que nunca es cómoda e individualista- siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra (EG n. 183).

3. "¿Cuál te parece que ha sido el prójimo del que cayó en manos de los bandidos"? (Lc 10, 36). Comprender que somos prójimos y corresponsables unos de otros (la fraternidad universal): el discernimiento

La crisis del coronavirus es claramente un signo de nuestros tiempos que nos ha sobrepasado. Es necesario tratar de discernir esta situación, interpretarla a la luz del Evangelio, que nos revela su verdad más profunda. Discernir quiere decir poner la realidad bajo la mirada de Dios, que guía la historia y los destinos del mundo. Solo así esta amenaza global podrá convertirse, paradójicamente, en camino de salvación, en ocasión para construir una humanidad más fraterna y para repensar nuestra forma de vivir, purificarla y seguir caminando con mayor coraje.

El magisterio del papa Francisco nos ofrece algunas claves para que esta crisis pueda contribuir al nacimiento de una humanidad renovada.

El inicio de su pontificado supuso una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría e indicó nuevos caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años (cf. EG, n. 1). Posteriormente el papa ha ido explicitando en qué consiste esta nueva etapa mediante dos encíclicas de carácter social: *Laudato si'* y *Fratelli tutti*, que presentan toda la creación como nuestra casa común y a todos los que la habitamos como hermanos. Estamos en la misma aldea, y esto requiere un mínimo de "conciencia universal y preocupación por el cuidado mutuo" (FT, n. 117).

Este llamamiento a la fraternidad universal se ha vuelto más perentorio en esta crisis global que estamos atravesando. En la celebración de la primera Jornada de la fraternidad humana, el pasado 4 de febrero, el papa planteó una acuciante disyuntiva a la humanidad que definió como "el desafío de nuestro siglo", "el desafío de nuestros tiempos": "O somos hermanos, o nos destruimos mutuamente (...). O somos hermanos o se viene todo abajo".

Ante este futuro incierto y este mundo dividido, los católicos somos llamados a ejercer un liderazgo global y local en la cohesión social del mundo y de cada una de sus sociedades. La Iglesia, a diferencia de los países o de las grandes multinacionales no tiene otro interés que promover el bien común, la fraternidad universal y anunciar el Evangelio de Jesucristo. En efecto, como ya decía el Concilio Vaticano II, la Iglesia ofrece al género humano su sincera colaboración para lograr la fraternidad universal (cf. GS, n. 3). Los católicos podemos ser ese engranaje que sea capaz de decir no a los intereses particulares de unos pocos con el fin de caminar hacia una nueva época que respete la dignidad del ser humano, promueva el bien común, potencie la conciencia de fraternidad universal y desarrolle una ecología integral que respete la creación, empezando por el ser humano. Tal vez no todos seamos expertos en economía, pero sí que después de 2.000 años de historia y con la ayuda del Espíritu Santo somos expertos en trabajar por crear comunión y forjar comunidad. "Pon amor donde no hay amor y hallarás amor" (S. Juan de la Cruz).

A continuación, partiendo del magisterio del papa y de los sínodos de los obispos que ha convocado durante su pontificado, queremos ahora poner el foco de nuestra atención en las personas, particularmente en aquellas que se quedan al borde del camino a causa de esta pandemia: las familias necesitadas, los jóvenes, los ancianos, los migrantes... Queremos discernir los retos pastorales que tiene la Iglesia en España, porque no se puede anunciar el Evangelio sin ponerlo en práctica en el amor al prójimo, no se puede dar culto a Dios sin cuidar de las personas, como nos enseña la parábola del Buen Samaritano.

1. La propuesta de una "fraternidad universal" comienza a vivirse en concreto desde la "**fraternidad familiar**". La primera gran iniciativa pastoral del papa Francisco fueron los dos Sínodos sobre la familia de 2014 y 2015 para "comprender la importancia de la institución de la familia y del matrimonio entre un hombre y una mujer, fundado sobre la unidad y la indisolubilidad, y apreciarla como la base fundamental de la sociedad y de la vida humana". Ambos sínodos concluyeron con la exhortación postsinodal *Amoris laetitia*. A los 5 años de su publicación, el papa

Francisco nos ha propuesto celebrar un año especial "*Familia Amoris laetitia*", que comenzó el pasado 19 de marzo y concluirá el 26 de junio de 2022 con el X Encuentro mundial de las familias en Roma. En este tiempo también nosotros queremos redescubrir la riqueza de esta exhortación apostólica y dar protagonismo a las familias en la acción pastoral de la Iglesia. Durante la pandemia hemos podido comprobar una vez más su importancia por la ayuda mutua entre sus miembros y también como "Iglesia doméstica", donde se alimenta y celebra la fe cuando no se puede ir a la parroquia y participar en las celebraciones.

2. El papa Francisco ha instituido la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, que celebraremos por primera vez en 2021, el cuarto domingo de julio, cerca de la memoria litúrgica de los santos Joaquín y Ana, abuelos de Jesús. Desde el principio de su ministerio petrino, el papa ha manifestado una especial preocupación por los **ancianos** y ha denunciado muchas veces su exclusión de la sociedad: "Un pueblo que no custodia a los abuelos, un pueblo que no respeta a los abuelos, no tiene futuro, porque no tiene memoria, ha perdido la memoria".

La Pontificia Academia para la Vida acaba de publicar el documento: *La vejez: nuestro futuro. La condición de los ancianos después de la pandemia* (2 de febrero de 2021). Esta institución propone un nuevo paradigma para la atención a los mayores basado en un *continuum* socio-sanitario entre el propio hogar y los servicios externos que puedan ir necesitando.

En este contexto, no deja de sorprender la ley de regulación de la eutanasia, recientemente aprobada en España. Ha supuesto un fuerte contraste con la sensibilidad social por el cuidado de las personas mayores y enfermas. Ante el sufrimiento que derriba a las personas, desde la Conferencia Episcopal Española apostamos por una cura integral de las personas que trabaje todas sus dimensiones: corporal, espiritual, relacional y psicológica. No dejaremos nunca de repetir que no hay enfermos "incuidables" aunque sean incurables.

Los gobernantes deben destinar los recursos necesarios para asegurar unos dignos cuidados paliativos que garanticen el control adecuado del dolor a todos los que los necesiten. Asimismo, estos recursos deberían permitir a todas las personas dependientes acceder a las ayudas económicas que les corresponden. En estos momentos, esto sí es una prioridad.

3. A los **jóvenes** el papa Francisco les dedicó un Sínodo (2018) y una exhortación apostólica (*Christus vivit*, 2019). El papa ha invitado a los jóvenes a que no se dejen robar la esperanza, que se sientan parte de la Creación, que reconozcan el regalo de la vida y que tengan el coraje de elegir lo que Dios ha soñado para ellos desde la eternidad. Sin embargo, no se puede negar que los jóvenes no lo tienen fácil. Están sufriendo más duramente los efectos de la pandemia con un índice de paro juvenil que ronda el 40% en nuestro país, con cursos académicos en circunstancias especiales que seguramente influirán desigualmente en su aprovechamiento. Por otra parte, los confinamientos se hacen más insoportables para ellos. Los jóvenes necesitan espacios para el encuentro, para salir, hacer deporte... La amistad, el amor y el compañerismo, que para todos son importantes, para ellos son primordiales. Si los jóvenes ya eran un auténtico reto pastoral para la Iglesia, en estas circunstancias tenemos que hacer un esfuerzo de mayor creatividad y cercanía para acompañarlos humana y espiritualmente.

4. Los **migrantes** han sido una preocupación constante del papa Francisco. El mismo papa se puso inicialmente al frente de la Sección de Migrantes y Refugiados del nuevo Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, que se ocupa de esta dura realidad en nuestros días. Es una labor delicada que requiere la cooperación entre los Estados y trabajar en origen para identificar y atajar las causas que provocan las migraciones forzadas. En los países de Europa la Iglesia se ha comprometido, con los medios a su alcance, a acoger, a proteger y a integrar a las personas migrantes, refugiadas y desplazadas. Para ello, está en contacto y en colaboración con las diócesis de los países de origen de los migrantes, con las del Norte de África y del Oriente Medio. Nuestro país, en la frontera sur de Europa, vive especialmente esta situación, y últimamente los obispos de Canarias, ante el abandono de los migrantes que llegan sin cesar al archipiélago, han llamado la atención de la sociedad para que no vivamos anestesiados ante el dolor ajeno y tomemos conciencia de la situación de vulnerabilidad que viven estas personas, y, en la medida de lo posible, nos comprometamos para que reciban la atención que merecen.

5. El papa nos urge a promover una **ecología integral al servicio del bien común y de las personas**. El ser humano no se puede colocar en el centro como dueño absoluto de todas las cosas y explotar el mundo a su antojo mediante la ciencia y la técnica. La "Economía de Francisco", un movimiento de jóvenes economistas, aplicando los principios propuestos por el papa Francisco, trabaja para lograr una gestión de la aldea global más justa, inclusiva y sostenible, para dar

alma a la economía del mañana. En este sentido ha surgido *Inclusive capitalism*, otra iniciativa del papa Francisco que promueve un capitalismo al servicio de las personas, al que ya se han sumado algunas grandes multinacionales que agrupan a más de 200 millones de trabajadores, con presencia en más de 163 países.

La creatividad en el ámbito de la ecología integral y de la promoción de una economía más humana podrían ayudar a hacer frente a la despoblación rural, al envejecimiento de la población, la dispersión y la emigración a la ciudad que afecta al medio rural. En España casi la mitad de las parroquias son rurales, lo cual demuestra la presencia histórica de la Iglesia en toda la geografía española y el rico patrimonio cultural que ha generado. Sin embargo, paradójicamente, actualmente es un reto importante mantener esas parroquias vivas y activas, y organizar la atención pastoral.

4. "Ve y haz tú lo mismo" (Lc 10, 37). Reflejar el amor de Dios: una Iglesia sinodal

Finalmente, lo que vemos y discernimos, nos compromete. ¿Qué puede hacer la Iglesia? ¿Cómo tiene que organizarse ante esta crisis global, también religiosa, que ha acentuado el coronavirus y cuya solución requiere un plus de fraternidad universal y de amistad social? La Iglesia siempre se renueva convirtiéndose en lo que es, en lo que está llamada a ser desde el principio. La vocación de la Iglesia es ser sacramento de la unidad del género humano en camino hacia Dios (cf. LG, n. 1), para lo cual tiene como origen y como fin la propia comunión divina de la Trinidad.

Por eso, el papa dice que la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio. Sinodalidad significa comunión en todas las direcciones: de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, poniendo en movimiento a todo el Pueblo de Dios, sobre todo a los laicos.

La sinodalidad nos habla de la comunión de las Iglesias entre sí y de la comunión dentro de las Iglesias, de la escucha mutua de pastores y fieles cristianos, todos partícipes del Espíritu. La sinodalidad no es un acto puntual, sino un modo de hacer dentro de la Iglesia, atenta a la voz del Espíritu. La efusión del Espíritu hace que el Pueblo de Dios no se equivoque cuando en comunidad cree y discierne la voluntad de Dios.

Una Iglesia sinodal es aquella en la que la configuración eclesial, las estructuras y las responsabilidades están en función de la tarea misionera. Soñamos con "una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación" (EG, n. 27).

Tenemos en el horizonte la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebrará en octubre de 2022 con el tema "Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión", y que ya nos disponemos a preparar no solo con reflexiones y estudios teóricos, sino también con su puesta en práctica.

En España, el camino hacia una Iglesia más sinodal y evangelizadora pasa, entre otras, por las medidas y acciones siguientes:

1. **Renovación de las estructuras de la Conferencia Episcopal Española.** Después de 50 años desde su puesta en marcha, la Conferencia ha culminado la renovación de sus Estatutos en 2019, que en muchos aspectos están aún *ad experimentum*. En estos próximos cinco años tendremos que ir revisando y haciendo los ajustes necesarios para poner en marcha esta nueva estructura. Algunos de los criterios para esta reforma estatutaria han sido: la promoción de una mayor representación territorial, el aumento de la agilidad y de la eficacia, la reducción del número de comisiones y una mayor colaboración entre los diversos organismos de la Conferencia Episcopal Española.

2. **Promoción de la participación de los laicos.** En el mes de febrero de 2020 tuvo lugar el Congreso de Laicos, "Pueblo de Dios en salida", con el objetivo de generar y dinamizar procesos de edificación de una iglesia sinodal y para impulsar el compromiso de los laicos, de los movimientos y de las asociaciones. La pandemia ha dificultado el ritmo de implementación del poscongreso. Sin embargo, esta es una línea irrenunciable de futuro en los planes de la Conferencia Episcopal Española que vamos a seguir desarrollando en los próximos años. Todos, ministros ordenados, vida consagrada y laicos, por haber recibido los sacramentos de la iniciación cristiana, somos discípulos misioneros, en comunión y corresponsabilidad. Caminamos juntos impulsados por el Espíritu y entre todos construimos el reino de Dios.

3. Hace doce años que los diferentes movimientos de la Acción Católica (Junior, Jóvenes y Adultos) se unificaron en una única **Acción Católica General** (ACG). Se inició así un proceso de elaboración y de estructuración de esa nueva propuesta para todos los laicos de parroquias que no están asociados. Este nuevo impulso de la Acción Católica General responde a la necesidad de formación y de creación de pequeñas comunidades que sigan un itinerario de vida en la fe. El proyecto pastoral de la Acción Católica General para este año 2021 lleva por lema "Ven y verás", y acentúa, sobre todo, el encuentro personal con Jesús en la vida cotidiana para transformar el mundo según el mensaje del Evangelio.

4. En el pasado mes de junio de 2020 se presentó el nuevo *Directorio para la catequesis*, elaborado por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Esta tercera edición del *Directorio para la catequesis* solicitado por el Concilio Vaticano II responde a los desafíos y a los cambios del nuevo milenio. Ya no vivimos en una cultura inspirada en la fe, lo cual hace que a veces el lenguaje del Evangelio quede distante y no sea fácil de comprender. Por otra parte, sin una experiencia del misterio ni una aceptación de la fe, los valores, ideales y normas morales quedan en el aire y se vuelven simples obligaciones difíciles de aceptar y de cumplir. Por eso, el *Directorio* pretende insertar la actividad catequística dentro del proceso de nueva evangelización, como profundización y explicitación del primer anuncio, teniendo muy en cuenta la realidad juvenil, la cultura digital, las personas con discapacidad, la piedad popular... Su puesta en práctica será un reto importante para los próximos cinco años que exigirá ser muy creativos en los medios y en las modalidades.

5. A lo largo del curso anterior (el 28 de noviembre de 2019) recibimos la aprobación de la ***Ratio nationalis Formar pastores misioneros***, para adecuar la formación en nuestros seminarios a las directrices que marcó la Congregación para el Clero con la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis. El don de la vocación presbiteral* (2016). Algunas novedades e insistencias de esta *Ratio nationalis* son: la necesidad de una pastoral vocacional capilar; la implantación del curso propedéutico con carácter general; la integralidad y unidad de la formación en un único camino discipular y misionero que incluya todas las dimensiones de la persona y las etapas de la vida; y la formación permanente. En este cambio de época, es necesario que el sacerdote sea profundamente humano y experto en humanidad para poder ser un fiel servidor de Cristo en los hermanos y prevenir en la formación todo tipo de clericalismo y de futuros abusos ya sean sexuales, de

conciencia o de poder. El compromiso de la Iglesia en este punto es incuestionable con las nuevas normas de imputabilidad y la progresiva creación de Oficinas para la Protección de menores en todas las diócesis. Para el desarrollo de la pastoral vocacional, uno de los proyectos de estos años será la creación de un Centro nacional de Vocaciones, como prevé la misma *Ratio nationalis*.

6. La sinodalidad de la Iglesia es un llamamiento **a entrar en diálogo con todos, un diálogo que renueva constantemente la Iglesia**. Por eso, sin renunciar a su identidad y a sus convicciones religiosas, el Pueblo de Dios que peregrina por este mundo se une a todos los hombres de buena voluntad para lograr un modelo de sociedad justa e inclusiva, atenta al grito de los más vulnerables. Este vínculo es más cercano aún si cabe con los creyentes de otras religiones que, en la medida en que reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres, son servidores de la fraternidad en el mundo. El anhelo de Dios sigue latiendo en lo más hondo de la persona humana y sigue despertando los mejores sentimientos y propósitos. El culto sincero a Dios lleva al respeto de la vida y de la dignidad de la persona, y conduce a la renuncia a todo tipo de violencia que atente contra su libertad (cf. *Fratelli tutti*, nn. 271ss). Sin duda, la unidad de todos los bautizados en Cristo es una responsabilidad directa de los obispos, que no podemos posponer (*Vademécum ecuménico, El obispo y la unidad de los cristianos*, 2020). Por eso, uno de los objetivos para estos años es, sin duda, continuar promoviendo la reconstrucción de la unidad entre todos los cristianos, así como cultivar la relación con las religiones no cristianas, desde el respeto a la libertad religiosa como derecho fundado en la dignidad misma de la persona humana. La Iglesia cree en "la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio" [*Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común*, Abu Dabi (4 febrero de 2019)].

7. **El diálogo también es el espacio de la misión, donde encontrar a los que no conocen el Evangelio o no han oído hablar de Jesús**. En el fondo de cada persona "se esconde un sentido profundo de la existencia que suele entrañar también un hondo sentido religioso" (EG, n. 72). Para que la Palabra siga siendo germen de vida nueva, sal y luz del mundo, se requiere que en las comunidades cristianas se adopte una decidida opción misionera, para hacernos encontradizos y entrar en diálogo con todos, tal como lo hizo Jesús con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-45). A pesar de la situación en que nos encontramos es necesario, por tanto, que la parroquia sea un "lugar" que favorezca el "estar juntos" y el crecimiento de relaciones

personales duraderas, que permitan a cada uno percibir el sentido de pertenencia y ser amado (Congregación para el Clero, *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora*, 20 de junio de 2020).

Durante su vida oculta Jesús estuvo bajo la autoridad de José. Por eso, la piedad cristiana insiste en su valiosa intercesión y confía en que quien le obedeció en la tierra no dejará de escucharle en el cielo. Santa Teresa de Jesús decía: "No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer" (Libro de su vida VI, 6). El papa Francisco nos propone a san José en la carta apostólica *Patris corde* como "un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad". Confiando en que su poder es tan grande como la bondad de su "corazón de Padre", a él, que es el abogado de la buena muerte, patrono de los obreros, modelo de paternidad, le pedimos, en estos momentos de tristeza y aflicción, por el fin de la pandemia y por los que se ven afectados más directamente por ella: por los fallecidos y sus familiares, los enfermos, los sanitarios, los que han perdido el trabajo, los padres que sufren por llevar adelante a sus familias... También ponemos al amparo de la intercesión de san José, que es custodio y protector de la Iglesia, nuestros proyectos para estos próximos años, especialmente los seminarios, para que tengamos muchos y santos sacerdotes.

X Juan José Omella Omella

Cardenal Arzobispo de Barcelona

Presidente de la Conferencia Episcopal Española

LOS OBISPOS ESPAÑOLES
FELICITAN AL PAPA
EN SU ONOMÁSTICA

Ciudad del Vaticano

Santo Padre:

En la fiesta de San Jorge, los Obispos españoles reunidos en la CXVII. Asamblea Plenaria le felicitamos cordialmente en este día de su onomástica. Queremos manifestarle nuestra adhesión filial a su persona y expresa comunión con su ministerio.

Pedimos al Señor que le siga bendiciendo para, en esta época llena de desafíos para la Iglesia y la sociedad, seguir confirmándonos en la fe, sosteniéndonos en la esperanza y alentándonos en la caridad y así, unidos bajo su pastoreo en el Colegio Episcopal, anunciar al mundo la alegría del Evangelio.

Imploramos la intercesión de la Virgen Inmaculada y de San José en favor de la fecundidad apostólica de su servicio a la comunión y misión de la Iglesia.

Madrid, 23 de abril de 2021

Juan José Omella
Cardenal Arzobispo de Barcelona,
Presidente de la Conferencia Episcopal Española

JOSÉ AUMENTE,
PREMIO PONLE FRENO
A LA TRAYECTORIA EN SEGURIDAD VIAL

El director del **departamento de Pastoral de la Carretera**, **José Aumente**, ha recogido el premio Ponle Freno a la trayectoria en seguridad vial. Esta acción social, impulsada por **Atresmedia** junto a **Fundación AXA**, reconoce con estos galardones el esfuerzo de personas y entidades en su empeño por mejorar la Seguridad Vial y reducir el número de víctimas.

El ministro del Interior, **Fernando Grande-Marlaska**, ha sido el encargado de entregar este reconocimiento a **José Aumente** en un acto, conducido por **Matías Prats**, que ha tenido lugar esta misma mañana en el Senado.

Esta ceremonia ha reunido a todos los protagonistas que han contribuido a reducir la siniestralidad y han perseguido el objetivo para el que nació esta plataforma de acción social: dejar el contador de víctimas a 0.

13ª edición de los Premios Ponle Freno

Este año, excepcionalmente, el jurado de los Premios Ponle Freno ha decidido otorgar **ex aequo** el reconocimiento a la 'Trayectoria en Seguridad Vial',

así, el director del departamento de Pastoral de la Carretera **ha compartido galardón con Pedro Tenza, fundador de la Escuela de Educación Vial de la Policía Local de Elche (Alicante).**

El resto de los premiados en la 13ª edición de los Premios Ponle Freno, se pueden consular aquí.

Director del departamento de Pastoral de la Carretera desde 2011

Consciente del grave problema que la **seguridad vial** representa en la sociedad, la **Conferencia Episcopal Española tiene un departamento de Pastoral de la Carretera**, del que está "al volante" desde el año 2011 **José Aumente**. Su misión, educar en seguridad vial y humanizar el dolor de las familias de fallecidos en accidente.

Desde este departamento, **José Aumente** "acompaña" en el viaje a los transportistas y conductores. Un trabajo que se visibiliza especialmente en estos **cuatro momentos: 31 de mayo, enjugar las lágrimas, para acercarse a los que han sufrido un grave accidente y a los familiares de los que han perdido a un ser querido en la carretera. El 1º domingo de julio, justo antes de empezar los desplazamientos masivos del verano, la Iglesia celebra la Jornada de responsabilidad en el Tráfico. San Cristóbal, una fiesta lúdica para celebrar al patrón de los transportistas y conductores y bendecir los vehículos. Y el Tercer domingo de noviembre, nos sumamos a la Jornada Mundial en recuerdo de las víctimas de accidentes de tráfico, con una Eucaristía en recuerdo de todas las víctimas de la carretera.**

José Aumente ha hecho partícipe de esta Pastoral al papa Francisco, que ha recibido de sus manos una estola conmemorativa de los 50 años de esta Pastoral con las imágenes de la Virgen de la Prudencia y de San Cristóbal. Y en otra ocasión, un chaleco refractario personalizado y una miniatura de un R.4, que era el coche que usaba en Argentina antes de ser Papa.

23/04/2021



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 58 JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

SAN JOSÉ: EL SUEÑO DE LA VOCACIÓN

Queridos hermanos y hermanas:

El pasado 8 de diciembre, con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia universal, comenzó el Año dedicado especialmente a él (cf. *Decreto de la Penitenciaría Apostólica, 8 de diciembre de 2020*). Por mi parte, escribí la Carta apostólica *Patris corde* para "que crezca el amor a este gran santo". Se trata, en efecto, de una figura extraordinaria, y al mismo tiempo "tan cercana a nuestra condición humana". San José no impactaba, tampoco poseía carismas particulares ni aparecía importante a la vista de los demás. No era famoso y tampoco se hacía notar, los Evangelios no recogen ni una sola palabra suya. Sin embargo, con su vida ordinaria, realizó algo extraordinario a los ojos de Dios.

Dios ve el corazón (cf. 1 Sam 16,7) y en san José reconoció un corazón de padre, capaz de dar y generar vida en lo cotidiano. Las vocaciones tienden a esto: a generar y regenerar la vida cada día. El Señor quiere forjar corazones de padres, corazones de madres; corazones abiertos, capaces de grandes impulsos, generosos en la entrega, compasivos en el consuelo de la angustia y firmes en el fortalecimiento de la esperanza. Esto es lo que el sacerdocio y la vida consagrada necesitan, especialmente hoy, en tiempos marcados por la fragilidad y los sufrimientos causados también por la pandemia, que ha suscitado incertidumbre y miedo sobre el futuro y el mismo sentido de la vida. San José viene a nuestro encuentro con su mansedumbre, como santo de la puerta de al lado; al mismo tiempo, su fuerte testimonio puede orientarnos en el camino.

San José nos sugiere *tres palabras clave* para nuestra vocación. La primera es *sueño*. Todos en la vida sueñan con realizarse. Y es correcto que tengamos grandes expectativas, metas altas antes que objetivos efímeros -como el éxito, el dinero y la diversión-, que no son capaces de satisfacernos. De hecho, si pidiéramos a la gente que expresara en una sola palabra el sueño de su vida, no sería difícil imaginar la respuesta: "amor". Es el amor el que da sentido a la vida, porque revela su misterio. La vida, en efecto, sólo se *tiene* si se *da*, sólo se posee verdaderamente si se entrega plenamente. San José tiene mucho que decirnos a este respecto porque, a través de los sueños que Dios le inspiró, hizo de su existencia un don.

Los Evangelios narran cuatro sueños (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). Eran llamadas divinas, pero no fueron fáciles de acoger. Después de cada sueño, José tuvo que cambiar sus planes y arriesgarse, sacrificando sus propios proyectos para secundar los proyectos misteriosos de Dios. Él confió totalmente. Pero podemos preguntarnos: "¿Qué era un sueño nocturno para depositar en él tanta confianza?". Aunque en la antigüedad se le prestaba mucha atención, seguía siendo poco ante la realidad concreta de la vida. A pesar de todo, san José se dejó guiar por los sueños sin vacilar. ¿Por qué? Porque su corazón estaba orientado hacia Dios, ya estaba predispuesto hacia Él. A su vigilante "oído interno" sólo le era suficiente una pequeña señal para reconocer su voz. Esto también se aplica a nuestras llamadas. A Dios no le gusta revelarse de forma espectacular, forzando nuestra libertad. Él nos da a conocer sus planes con suavidad, no nos deslumbra con visiones impactantes, sino que se dirige a nuestra interioridad delicadamente, acercándose íntimamente a nosotros y hablándonos por medio de nuestros pensamientos y sentimientos. Y así, como hizo con san José, nos propone metas altas y sorprendentes.

Los sueños condujeron a José a aventuras que nunca habría imaginado. El primero desestabilizó su noviazgo, pero lo convirtió en padre del Mesías; el segundo lo hizo huir a Egipto, pero salvó la vida de su familia; el tercero anunciaba el regreso a su patria y el cuarto le hizo cambiar nuevamente sus planes llevándolo a Nazaret, el mismo lugar donde Jesús iba a comenzar la proclamación del Reino de Dios. En todas estas vicisitudes, la valentía de seguir la voluntad de Dios resultó victoriosa. Así pasa en la vocación: la llamada divina siempre impulsa a salir, a entregarse, a ir más allá. No hay fe sin riesgo. Sólo abandonándose confiadamente a la gracia, dejando de lado los propios planes y comodidades se dice verdaderamente "sí" a Dios. Y cada "sí" da frutos, porque se adhiere a un plan más grande, del que sólo vislumbramos detalles, pero que el Artista divino conoce y lleva adelante, para hacer de cada vida una obra maestra. En este sentido, san José representa un icono ejemplar de la acogida de los proyectos de Dios. Pero su acogida es activa, nunca renuncia ni se rinde, "no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte" (Carta ap. *Patris corde*, 4). Que él ayude a todos, especialmente a los jóvenes en discernimiento, a realizar los sueños que Dios tiene para ellos; que inspire la iniciativa valiente para decir "sí" al Señor, que siempre sorprende y nunca decepciona.

La segunda palabra que marca el itinerario de san José y de su vocación es *servicio*. Se desprende de los Evangelios que vivió enteramente para los demás y nunca para sí mismo. El santo Pueblo de Dios lo llama *esposo castísimo*, revelando así su capacidad de amar sin retener nada para sí. Liberando el amor de su afán de posesión, se abrió a un servicio aún más fecundo, su cuidado amoroso se ha extendido a lo largo de las generaciones y su protección solícita lo ha convertido en patrono de la Iglesia. También es patrono de la buena muerte, él que supo encarnar el sentido oblativo de la vida. Sin embargo, su servicio y sus sacrificios sólo fueron posibles porque estaban sostenidos por un amor más grande: "Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración" (*ibíd.*, 7).

Para san José el servicio, expresión concreta del don de sí mismo, no fue sólo un ideal elevado, sino que se convirtió en regla de vida cotidiana. Él se esforzó

por encontrar y adaptar un lugar para que naciera Jesús, hizo lo posible por defenderlo de la furia de Herodes organizando un viaje repentino a Egipto, se apresuró a regresar a Jerusalén para buscar a Jesús cuando se había perdido y mantuvo a su familia con el fruto de su trabajo, incluso en tierra extranjera. En definitiva, se adaptó a las diversas circunstancias con la actitud de quien no se desanima si la vida no va como él quiere, con la *disponibilidad* de quien *vive para servir*. Con este espíritu, José emprendió los numerosos y a menudo inesperados viajes de su vida: de Nazaret a Belén para el censo, después a Egipto y de nuevo a Nazaret, y cada año a Jerusalén, con buena disposición para enfrentarse en cada ocasión a situaciones nuevas, sin quejarse de lo que ocurría, dispuesto a echar una mano para arreglar las cosas. Se podría decir que era la *mano tendida* del Padre celestial hacia su Hijo en la tierra. Por eso, no puede más que ser un modelo para todas las vocaciones, que están llamadas a ser las *manos diligentes del Padre* para sus hijos e hijas.

Me gusta pensar entonces en san José, el custodio de Jesús y de la Iglesia, como *custodio de las vocaciones*. Su *atención en la vigilancia* procede, en efecto, de su disponibilidad para servir. "Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre" (Mt 2,14), dice el Evangelio, señalando su premura y dedicación a la familia. No perdió tiempo en analizar lo que no funcionaba bien, para no quitárselo a quien tenía a su cargo. Este cuidado atento y solícito es el signo de una vocación realizada, es el testimonio de una vida tocada por el amor de Dios. ¡Qué hermoso ejemplo de vida cristiana damos cuando no perseguimos obstinadamente nuestras propias ambiciones y no nos dejamos paralizar por nuestras nostalgias, sino que nos ocupamos de lo que el Señor nos confía por medio de la Iglesia! Así, Dios derrama sobre nosotros su Espíritu, su creatividad; y hace maravillas, como en José.

Además de la llamada de Dios -que cumple nuestros *sueños* más grandes- y de nuestra respuesta -que se concreta en el *servicio* disponible y el cuidado atento-, hay un tercer aspecto que atraviesa la vida de san José y la vocación cristiana, marcando el ritmo de lo cotidiano: la *fidelidad*. José es el "hombre justo" (Mt 1,19), que en el silencio laborioso de cada día persevera en su adhesión a Dios y a sus planes. En un momento especialmente difícil se pone a "considerar todas las cosas" (cf. v. 20). Medita, reflexiona, no se deja dominar por la prisa, no cede a la tentación de tomar decisiones precipitadas, no sigue sus instintos y no vive sin perspectivas. Cultiva todo con paciencia. Sabe que la existencia se construye sólo con la continua adhesión a las grandes opciones. Esto corresponde a la laboriosidad serena y constante con la que desempeñó el humilde oficio de carpintero (cf. Mt 13,55), por

el que no inspiró las crónicas de la época, sino la vida cotidiana de todo padre, de todo trabajador y de todo cristiano a lo largo de los siglos. Porque la vocación, como la vida, sólo madura por medio de la fidelidad de cada día.

¿Cómo se alimenta esta fidelidad? A la luz de la fidelidad de Dios. Las primeras palabras que san José escuchó en sueños fueron una invitación a no tener miedo, porque Dios es fiel a sus promesas: "José, hijo de David, no temas" (Mt 1,20). No temas: son las palabras que el Señor te dirige también a ti, querida hermana, y a ti, querido hermano, cuando, aun en medio de incertidumbres y vacilaciones, sientes que ya no puedes postergar el deseo de entregarle tu vida. Son las palabras que te repite cuando, allí donde te encuentres, quizás en medio de pruebas e incomprensiones, luchas cada día por cumplir su voluntad. Son las palabras que redescubres cuando, a lo largo del camino de la llamada, vuelves a tu primer amor. Son las palabras que, como un estribillo, acompañan a quien dice sí a Dios con su vida como san José, en la fidelidad de cada día.

Esta fidelidad es el secreto de la alegría. En la casa de Nazaret, dice un himno litúrgico, había "una alegría límpida". Era la alegría cotidiana y transparente de la sencillez, la alegría que siente quien custodia lo que es importante: la cercanía fiel a Dios y al prójimo. ¡Qué hermoso sería si la misma atmósfera sencilla y radiante, sobria y esperanzadora, impregnara nuestros seminarios, nuestros institutos religiosos, nuestras casas parroquiales! Es la alegría que deseo para ustedes, hermanos y hermanas que generosamente han hecho de Dios el *sueño* de sus vidas, para *servirlo* en los hermanos y en las hermanas que les han sido confiados, mediante una *fidelidad* que es ya en sí misma un testimonio, en una época marcada por opciones pasajeras y emociones que se desvanecen sin dejar alegría. Que san José, custodio de las vocaciones, los acompañe con corazón de padre.

Roma, San Juan de Letrán, 19 de marzo de 2021, Solemnidad de San José.

Francisco

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO
AL CONGRESO MUJER EXCEPCIONAL
SOBRE STA. TERESA DE JESÚS

COMUNICADO DEL PAPA FRANCISCO
A LA DIÓCESIS DE ÁVILA

Saludo a los participantes del congreso universitario con el que se conmemora el quincuagésimo aniversario de la proclamación de santa Teresa de Jesús como Doctora de la Iglesia.

La expresión «mujer excepcional», que da el título a vuestro encuentro, la utilizó san Pablo VI[1]. Estamos ante una persona que se destacó en muchas dimensiones. Sin embargo, conviene no olvidar que su reconocida relevancia en estas dimensiones no es más que la consecuencia de lo que para ella era importante: su encuentro con el Señor, su «determinada determinación», así dice ella, de

[1] *Homilía en la Proclamación de Santa Teresa de Jesús como Doctora de la Iglesia* (27 septiembre 1970).

perseverar en la unión con Él por la oración[2], su firme propósito de realizar la misión que le había sido encomendada por el Señor, al que se ofrece con sencillez diciendo, con ese lenguaje simple y hasta uno diría, hasta de campesina: «Vuestra soy, para Vos nací, / ¿qué mandáis hacer de mí?»[3]. Teresa de Jesús es excepcional, ante todo, porque es santa. Su docilidad al Espíritu la une a Cristo y queda «toda abrasada en el amor de Dios»[4]. Con palabras bellas expresa su experiencia diciendo: «Ya toda me entregué y di, / y de tal suerte he trocado, / que es mi Amado para mí, / y yo soy para mi Amado»[5]. Jesús había enseñado que «de lo que rebosa el corazón habla la boca» (Lc 6,45). La audacia, la creatividad y la excelencia de santa Teresa como reformadora son el fruto de la presencia interior del Señor.

Decimos que no estamos viviendo una época de cambios, sino un cambio de época[6]. Y en este sentido, nuestros días tienen bastantes similitudes con los del siglo XVI en que vivió la Santa. Como entonces, también ahora los cristianos estamos llamados a que, a través de nosotros, la fuerza del Espíritu Santo siga renovando la faz de la tierra (cf. Sal 104,30 Vlg), en la certeza de que en el último término son los santos quienes permiten que el mundo avance aproximándose a su meta definitiva.

Es bueno recordar la llamada universal a la santidad de la que habló el **Concilio Vaticano II** (cf. LG 39-42). «Todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. Esta santidad favorece, también en la sociedad terrena, un estilo de vida más humano. Para alcanzar esta perfección, los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente hasta la gloria y al servicio del prójimo» -así el número 40 de la *Lumen Gentium*-. La santidad no es sólo para algunos «especialistas de lo divino», sino que es la vocación de todos los

[2] Cf. *Camino de Perfección* (Códice de Valladolid), 21,2.

[3] *Poesías*, 5 (la numeración está citada según la edición de Editorial de Espiritualidad, Madrid 1994⁴).

[4] Cf. *Vida*, 29,13.

[5] *Poesías*, 2.

[6] Cf. *Discurso a la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas* (21 diciembre 2019).

creyentes. La unión con Cristo, que los místicos como santa Teresa experimentan de forma especial por pura gracia, la recibimos a través del Bautismo. Los santos nos estimulan y nos motivan, pero no están para que tratemos literalmente de copiarlos, la santidad no se copia, porque hasta eso podría alejarnos del camino único y diferente que el Señor tiene para cada uno de nosotros. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino[7], cada uno de nosotros tiene su camino de santidad, de encuentro con el Señor.

De hecho, la misma santa Teresa advierte a sus monjas, que la oración no es para experimentar cosas extraordinarias, sino para unirnos a Cristo. Y el signo de que esta unión es real son las obras de caridad. «Para esto es la oración, hijas mías -dice en *Las Moradas*-; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras»[8]. Ya antes, en ese mismo libro, había advertido: «cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece que no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden el camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor; y si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella... esta es la verdadera unión con su voluntad»[9]. También en *Las Moradas* dice esto. En definitiva, «lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, no la cantidad de datos, conocimientos acumulados»[10], otras cosas por el estilo.

Santa Teresa nos enseña que el camino que la hizo una mujer excepcional y una persona de referencia a través de los siglos, el camino de la oración, está abierto a todos los que humildemente se abren a la acción del Espíritu en sus vidas, y que la señal de que estamos avanzando en ese camino es ser cada vez más humildes, más solícitos a las necesidades de nuestros hermanos, mejores hijos del Pueblo santo de Dios. Tal camino no se abre a los que se tienen a sí mismos por puros y perfectos, los cátaros de todos los siglos, sino a los que, conscientes de sus pecados, descubren

[7] Cf. *Gaudete et exsultate*, 11.

[8] *Moradas* VII, 4,6.

[9] *Moradas* V, 3,11.

[10] *Gaudete et exsultate*, 37.

la hermosura de la misericordia de Dios, que acoge a todos, redime a todos, y a todos llama a su amistad. Es interesante cómo la conciencia del propio ser pecador es lo que abre la puerta al camino de santidad. Santa Teresa, que se tenía a sí misma por muy «ruin y miserable», así se define, reconoce que la bondad de Dios «es mayor que todos los males que podamos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud... Acuérdense de sus palabras y miren lo que ha hecho conmigo -dice ella-, que primero me cansé de ofenderle, que Su Majestad dejó de perdonarme». Nos cansamos nosotros primero de ofender a Dios, de andar por caminos raros, que Dios de perdonarnos. Él nunca se cansa de perdonar. Nosotros nos cansamos de pedir perdón, y ahí está el peligro. «Nunca se cansa de dar el Señor, ni se pueden agotar sus misericordias. No nos cansemos nosotros de recibir»[11] abriendo el corazón con humildad. Uno de sus pasajes preferidos de la Escritura era el primer versículo del Salmo 89 del que hizo, en cierto sentido, lema de su vida: «cantaré eternamente las misericordias del Señor». Ese “misericordiar” de Dios.

La oración hizo de santa Teresa una mujer excepcional, una mujer creativa e innovadora. Desde la oración descubrió el ideal de fraternidad que quiso hacer realidad en los conventos fundados por ella: «aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar»[12]. Y cuando yo veo las “peleítas” en algún convento, dentro de un convento, o las “peleítas” entre conventos, “que si yo soy de aquí”, “que yo soy de allá”, “que si interpreto así”, “que si acepto esto de la Iglesia, que si no lo acepto”. Las pobres monjas se olvidaron de la fundadora, de lo que les enseñó. En la oración ella se supo tratada como esposa y amiga por Cristo resucitado. A través de la oración se abrió a la esperanza. Y con este pensamiento quiero terminar este saludo. Vivimos nosotros, como la doctora de la Iglesia, tiempos recios, tiempos nada fáciles que necesitan amigos fieles de Dios, amigos fuertes[13]. La gran tentación es ceder a la desilusión, a la resignación, al funesto e infundado presagio de que todo va a salir mal. Ese pesimismo infecundo, ese pesimismo de personas incapaces de dar vida. Algunas personas, asustadas por estos pensamientos, tienden a encerrarse, a refugiarse en pequeñas cosas. Recuerdo el ejemplo de un convento, donde todas sus monjas estaban refugiadas en pequeñas cosas. El convento se llamaba de santa... No voy a decir

[11] *Vida*, 19,15.

[12] *Camino de perfección* (Códice de Valladolid), 4,7.

[13] Cf. *Vida*, 15,5.

de quién, y estaba en tal ciudad, pero lo llamaban el “Convento cosita, cosita, cosita”, porque todas estaban encerradas en pequeñas cosas, como refugio, en proyectos egoístas que no edifican la comunidad, más bien la destruyen. En cambio, la oración nos abre, nos permite gustar que Dios es grande, que está más allá del horizonte, que Dios es bueno, que nos ama y que la historia no se le ha escapado de sus manos. Puede que transitemos por cañadas oscuras (cf. Sal 23,4), no les tengan miedo si está el Señor con ustedes, pero Él no deja de caminar a nuestro lado y de conducirnos a la meta que todos anhelamos: la vida eterna. Podemos tener ánimo para hacer cosas grandes, porque sabemos que estamos favorecidos de Dios[14]. Y junto a Él, somos capaces de alcanzar cualquier reto, porque en realidad sólo su compañía es la que desea nuestro corazón y la que nos otorga la plenitud y el gozo de los que hemos sido creados. Esto lo resumió la Santa en una conocida oración que les invito a rezar con frecuencia:

Nada te turbe,
nada te espante;
todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Sólo Dios basta.

Que Jesús los bendiga, y la Virgen y san José los acompañen. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

[14] Cf. *Vida*, 10,6: «es imposible, conforme a nuestra naturaleza -a mi parecer- tener ánimo para cosas grandes quien no entiende estar favorecido de Dios».

CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE "MOTU PROPRIO"

DEL SUMO PONTÍFICE FRANCISCO

QUE ESTABLECE MODIFICACIONES
EN MATERIA DE COMPETENCIA
DE LOS ÓRGANOS JUDICIALES DEL ESTADO
DE LA CIUDAD DEL VATICANO

Según la Constitución conciliar *Lumen gentium*, en la Iglesia todos están llamados a la santidad y han alcanzado idéntica fe por la justicia de Dios; de hecho, "existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo" (n. 32). La Constitución *Gaudium et Spes* afirma también que "todos los hombres ... tienen la misma naturaleza y el mismo origen. Y porque, redimidos por Cristo, disfrutan de la misma vocación y de idéntico destino" (n. 29). Este principio está plenamente

reconocido en el Código de Derecho Canónico de 1983, que establece en el *canon 208*: "se da entre todos los fieles una verdadera igualdad en cuanto a la dignidad y acción [...]".

La conciencia de estos valores y principios, progresivamente madurada en la comunidad eclesial, solicita hoy una conformidad cada vez más adecuada con ellos también en el ordenamiento vaticano.

En este sentido, en el *reciente discurso de apertura del Año Judicial* quise recordar "la necesidad prioritaria de que -también mediante los oportunos cambios normativos- en el actual sistema procesal aflore la igualdad de todos los miembros de la Iglesia y su igual dignidad y posición, sin privilegios que se remontan a otros tiempos que ya no están en consonancia con las responsabilidades que le corresponden a cada uno en la *aedificatio Ecclesiae*. Esto requiere solidez en la fe y coherencia en el comportamiento y las acciones".

Partiendo de estas consideraciones, y sin perjuicio de cuanto se dispone en el derecho universal para algunos casos específicos expresamente indicados, se advierte hoy la necesidad de proceder a algunas ulteriores modificaciones del ordenamiento judicial del Estado de la Ciudad del Vaticano, también para garantizar a todos un juicio articulado de grado múltiple en línea con la dinámica seguida por la experiencia jurídica más avanzada a nivel internacional.

Dicho esto, con esta Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio*, decreto que:

1. En la Ley sobre el ordenamiento judicial de 16 de marzo de 2020, n. CCCLI, en el art. 6, se añade el siguiente párrafo después del párrafo 3: "4. En los causas que afecten a los Eminentísimos Cardenales y los Excelentísimos Obispos, fuera de los casos previstos en el canon 1405 § 1, el tribunal juzga previo asenso del Sumo Pontífice";

2. En la Ley sobre el ordenamiento judicial de 16 de marzo de 2020, n. CCCLI se deroga el art. 24.

Así lo decreto y establezco, sin perjuicio de cualquier disposición en contrario.

Establezco que esta Carta Apostólica en forma de Motu Proprio sea promulgada mediante su publicación en L'Osservatore Romano y entre en vigor al día siguiente.

Dado en Roma, desde el Palacio Apostólico, el 30 de abril del año 2021, noveno de mi Pontificado.

Francisco

CARTA APOSTÓLICA
EN FORMA DE "MOTU PROPRIO"

DEL SUMO PONTÍFICE FRANCISCO

POR LA QUE SE ESTABLECEN DISPOSICIONES
SOBRE LA TRANSPARENCIA
EN LA GESTIÓN DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

La fidelidad en las cosas de poca importancia está relacionada, según la Escritura, con la fidelidad en las cosas importantes. Así como ser deshonesto en las cosas de poca importancia está relacionado con ser deshonesto en las cosas de importancia (cf. Lc 16,10).

La Santa Sede, al adherirse a la Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción (Convención de Mérida), ha decidido adecuarse a las mejores prácticas para prevenir y combatir la corrupción en sus diversas formas. Ya con la **Carta Apostólica en forma de Motu Proprio del 19 de mayo de 2020**, titulada "Normas

sobre la transparencia, el control y la competencia en los contratos públicos de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano", se establecieron medidas fundamentales para combatir la corrupción en el ámbito de los contratos públicos. La corrupción, sin embargo, puede manifestarse de diferentes maneras y formas incluso en sectores distintos al de las contrataciones, y por ello las normas y mejores prácticas a nivel internacional prevén obligaciones particulares de transparencia para las personas que ocupan puestos clave en el sector público con el fin de prevenir y combatir, en todos los sectores, los conflictos de intereses, las prácticas clientelistas y la corrupción en general.

Considerando que todos los que prestan sus servicios en los Dicasterios de la Curia Romana, en las instituciones vinculadas a la Santa Sede o que se remiten a ella, y en las administraciones de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano, tienen la particular responsabilidad de concretar la fidelidad de la que habla el Evangelio, actuando según el principio de transparencia y en ausencia de cualquier conflicto de intereses, establezco lo siguiente:

§1 En el Reglamento General de la Curia Romana, después del artículo 13, se inserta el siguiente artículo «*Artículo 13bis*.

§1 Los sujetos encuadrados o que vayan a ser encuadrados en los niveles funcionales C, C1, C2 y C3, incluidos los cardenales jefes de Dicasterio o responsables de Entes así como los que tengan funciones de administración jurisdiccional activa o de control y vigilancia mencionadas en el § 2, incluidos los sujetos mencionados en los artículos 10, 11 y 13§1 del presente Reglamento y 20 del Reglamento para el personal directivo laico de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano, deben firmar en el momento de la incorporación al cargo o a la función y cada dos años una declaración en la que atestiguan:

a) que no han recibido condenas definitivas por delitos dolosos en el Estado de la Ciudad del Vaticano o en el extranjero y que no se han beneficiado en relación con los mismos de indulto, amnistía, perdón y otras medidas similares o han sido absueltos de los mismos por prescripción.

b) que no están sujetos a procedimientos penales pendientes o, en la medida en que el declarante tenga conocimiento de ello, a investigaciones por

delitos de participación en una organización delictiva; corrupción; fraude; terrorismo o relacionadas con actividades terroristas; blanqueo de capitales procedentes de actividades delictivas; explotación de menores, formas de tráfico o explotación de seres humanos, evasión o elusión fiscal.

c) que no poseen, ni siquiera a través de terceros, dinero en efectivo o inversiones, incluidas las participaciones o intereses de cualquier tipo en empresas y negocios, en países incluidos en la lista de jurisdicciones con alto riesgo de blanqueo de capitales o de financiación del terrorismo, identificados según procedimiento de la Autoridad de Vigilancia e Información Financiera, salvo que el declarante o sus familiares hasta el tercer grado de parentesco residan en dichos países o hayan establecido su domicilio en ellos por demostradas razones familiares, laborales o de estudios.

d) que todos los bienes muebles e inmuebles de propiedad o incluso solamente en posesión del declarante, o las compensaciones de cualquier tipo recibidas por el declarante, en la medida en que el declarante tenga conocimiento de ello, proceden de actividades lícitas y no constituyen el producto o el beneficio de un delito.

e) que no tiene, hasta donde sabe el declarante, participaciones o intereses de ningún tipo en sociedades o empresas que operan con fines y en sectores contrarios a la Doctrina Social de la Iglesia.

f) que no posee, ni siquiera a través de terceros, dinero en efectivo o inversiones, incluidas acciones o participaciones de cualquier tipo en sociedades y empresas, en países incluidos en la lista de jurisdicciones no cooperativas a efectos fiscales identificadas según procedimiento de la Secretaría de Economía, salvo que el declarante o sus familiares hasta el tercer grado de parentesco sean residentes en dichos países o hayan establecido su domicilio en los mismos por razones familiares, de trabajo o de estudio y se haya declarado dicha disponibilidad ante las autoridades fiscales competentes.

§2 Se entienden como funciones administrativas activas aquellas que comportan la participación en los procedimientos que determinan la asunción

de compromisos económicos de cualquier tipo por parte del Ente. Las funciones jurisdiccionales a las que se refiere el apartado 1 son únicamente las de carácter judicial. El apartado 1 no se aplicará al personal de asistencia de los organismos de control y vigilancia. Con procedimiento de la Oficina del Auditor General en calidad de autoridad anticorrupción, se identificarán los cargos y puestos a los que se aplican las obligaciones de declaración previstas en este párrafo.

§3 La declaración mencionada en el apartado 1 será conservada por la Secretaría de Economía en el expediente personal del declarante. Se enviará una copia de la misma, en lo que compete, a la Secretaría de Estado.

§4 Cuando tenga motivos razonables, la Secretaría para la Economía, valiéndose de las estructuras habilitadas a tal efecto en la Santa Sede o en el Estado de la Ciudad del Vaticano, podrá efectuar controles sobre la veracidad de las declaraciones presentadas.

§5 Sin perjuicio de los casos de responsabilidad penal, la falta de declaración o la declaración falsa o no veraz constituye una falta disciplinaria grave en el sentido del artículo 76, §1, n. 2) y da derecho a la Santa Sede a reclamar los daños sufridos eventualmente».

§2 En el artículo 40, párrafo 1, del Reglamento General de la Curia Romana, después de la letra m) se inserta la siguiente letra: «n) aceptar o solicitar, para sí mismo o para personas distintas del Ente en que se presta servicio, por razón o con ocasión del propio cargo, dádivas, regalos u otros bienes cuyo valor sea superior a cuarenta euros».

§3 La Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano, los Tribunales del Estado de la Ciudad del Vaticano y los Entes incluidos en la lista a la que se refiere el art. 1§1 del Estatuto del Consejo de Economía, para los que no está prevista la aplicación del Reglamento General de la Curia Romana, deberán modificar sus reglamentos de personal en conformidad con lo previsto en los párrafos 1 y 2 dentro de los noventa días siguientes a la entrada en vigor del presente Motu Proprio.

Dispongo que lo establecido tenga efecto inmediato, pleno y estable, derogando también todas las disposiciones incompatibles, y que esta Carta Apostólica en forma de Motu Proprio sea publicada en *L'Osservatore Romano* del 29 de abril de 2021 y posteriormente en las *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 26 de abril de 2021, noveno del Pontificado.

Francisco

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.